FACETAS

Vol. 7 1974 No. 2

LA POBLACION Y EL DESARROLLO

Robert S. McNamara
UNA CARRERA CONTRA EL TIEMPO

James P. Grant y William Rich
LA JUSTICIA SOCIAL Y EL TAMAÑO DE LA FAMILIA

Roy E. Brown y Joe D. Wray
NUTRICION Y TASAS DE NATALIDAD

Roger Revelle
¿TENIA RAZON MALTHUS?

Peter F. Drucker
PROBLEMAS ADMINISTRATIVOS

Alistair Cooke
LOS GOLFIMANOS

Grace y Fred M. Hechinger
UN ESTUDIO INTERNACIONAL DE ESCUELAS

William Rubin
EL ARTE DE JACKSON POLLOCK

MUSICA MODERNA: DOS PUNTOS DE VISTA

Oscar Mandel
UNA CRITICA DE LA CACOFONIA

Joan Peyser
MAS ALLA DE LA TONALIDAD

FACETAS ES UNA PUBLICACION TRIMESTRAL DE CRITICA Y ANALISIS DE TEMAS INTELECTUALES Y CULTURALES DE INTERES ACTUAL EN LOS ESTADOS UNIDOS. LAS OPINIONES EXPRESADAS EN SUS PAGINAS SON LAS DE LOS AUTORES, Y NO NECESARIAMENTE REFLEJAN EL PUNTO DE VISTA O LA POLITICA DEL GOBIERNO NORTEAMERICANO.

Director: Nathan Glick
Director Asociado: Jacob Sloan
Director Adjunto: Robert D. Jones
Director de Arte: Joseph D. Hockersmith
Asistente Editorial: Katherine Montgomery
Oficina Editorial: Agencia de Información de los E.U.A., 1776 Pennsylvania Avenue, N.W., Washington, D.C., 20547

Nota sobre derechos: El material tomado de otras publicaciones no puede reproducirse sin permiso. Toda solicitud de reproducción deberá dirigirse directamente a tales publicaciones, o al Servicio de Información de la Embajada de los E.U.A. para su trámite.

FACETAS

1974

Vol. 7 No. 2

sección especial: **LA POBLACION Y EL DESARROLLO**

Robert S. McNamara	3	**Una Carrera Contra el Tiempo**
James P. Grant y William Rich	14	**La Justicia Social y el Tamaño de la Familia**
George B. Baldwin	24	**Política Demográfica en Países Desarrollados**
E. James Lieberman	32	**La Familia de un Solo Hijo**
Roy E. Brown y Joe D. Wray	38	**Nutrición y Tasas de Natalidad**
Roger Revelle	44	**¿Tenía Razón Malthus?**

* * *

William Rubin	49	**El Arte de Jackson Pollock**
Peter F. Drucker	62	**Administración de Instituciones Complejas**

La Música Moderna: Dos Puntos de Vista

Oscar Mandel	74	**1. Una Crítica de la Cacofonía**
Joan Peyser	83	**2. Más Allá de la Tonalidad**
Grace y Fred M. Hechinger	88	**Un Estudio Internacional de Escuelas**
Alistair Cooke	95	**Los Golfimanos**
Timothy Foote	100	**W. H. Auden, Filósofo de la Ansiedad**

LIBROS

Edmund Fuller	105	**Las Grandes Abstracciones que ha Habido en el Mundo**
Michael Harrington	108	**Un Marxista Italiano**
Michael Kammen	110	**Revoluciones Pequeñas y Rápidas**
John E. Pfeiffer	112	**Juventud y Prehistoria**
Chad Walsh	114	**Los Peligros de la Tecnología**

NOTA AL LECTOR

La Organización de las Naciones Unidas ha designado 1974 como "Año Demográfico Mundial" para enfocar la atención general sobre uno de los problemas internacionales más urgentes y desconcertantes.

Parte de la dificultad proviene de la inusitada división de la responsabilidad en cualquier intento de hacer bajar la tasa de crecimiento de la población. Las agencias internacionales pueden ofrecer investigación y apoyo técnico; los gobiernos nacionales pueden definir políticas e iniciar programas; pero, en fin, hombre y mujer serán quienes decidan cuándo y cuántos hijos han de tener. Si bien los programas oficiales de planeación familiar pueden influir en esas decisiones, otros factores –costumbres, emociones, nutrición, reformas sociales y económicas– pueden ser tan importantes o aún más.

Los artículos de nuestra sección especial indican las complicaciones de este problema. Aparte de los factores que acabamos de mencionar, está el inquietante rezago temporal entre una disminución de la tasa de natalidad y una baja comparable de la tasa de crecimiento de la población. Es decir que aun en el caso de que un país redujera ahora la natalidad al ritmo indispensable para que nunca falten progenitores, se necesitarían muchos decenios para que la población llegara efectivamente a un nivel estable. Para el lego, el argumento está escondido entre los misterios de las estadísticas demográficas, aunque aparentemente tenga que ver con el elevado número de mujeres todavía en edad de concebir.

Sin embargo, las implicaciones son claras. Excluyendo catástrofes como guerras, hambres y pestes, las soluciones a un peligroso crecimiento demográfico serán lentas, en el mejor de los casos. Por lo consiguiente, hay que pensar y planear ahora, si queremos obtener resultados a tiempo de evitar futuras tragedias.

* * *

Uno de los aspectos consoladores de la condición humana es que, a pesar de desastres actuales y presagios de un cataclismo futuro, el impulso hacia el arte y el juego se sostiene indómito. Así, pues, para contrarrestar los sombríos tonos de la controversia demográfica, varios de los artículos de este número están dedicados a la pintura, la música y el golf, terrenos donde imaginación y habilidad se combinan para hacer la vida más agradable, vibrante y soportable, aunque no necesariamente más armoniosa, pues en arte y deportes las opiniones difieren mucho, y a menudo acaloradamente, como lo ponen en claro los que colaboran en esta sección.

N. G.

sección especial:

La Población y el Desarrollo

UNA CARRERA CONTRA EL TIEMPO

Por Robert S. McNamara

Desde 1968, como Presidente del Banco Mundial, Robert S. McNamara ha centrado su atención en los problemas del desarrollo económico. Bajo su dirección, el Banco Mundial estableció un departamento para el estudio de los problemas demográficos, que ayuda a impulsar programas de planeación familiar en países en desarrollo. Varias veces ha hablado de la acción recíproca fundametal que hay entre población y desarrollo, sosteniendo que el desbocado crecimiento de la población es el "mayor obstáculo" para el progreso económico y social del mundo en desarrollo. Este artículo ha sido elaborado, con la anuencia del Sr. McNamara, con base en algunas de sus declaraciones sobre el tema.

El Sr. McNamara fue Secretario de la Defensa de los Estados Unidos de 1961 a 1968. Antes de unirse a las fuerzas armadas, durante la Segunda Guerra Mundial, dio cátedra de Administración de Empresas en la Universidad Harvard. Cuando el Presidente John F. Kennedy lo nombró miembro de su gabinete, presidía la Ford Motor Company. Es autor del libro *The Essence of Security* (La esencia de la seguridad).

El problema del excesivo crecimiento de la población, según algunas opiniones, es la cuestión más delicada y difícil de nuestro tiempo, y tal vez de todos los tiempos. Además, es tema que despierta nuestras emociones, un tema controvertible, sutil e inmensamente complejo. Por otra parte, como provoca reacciones muy exageradas y una tan amplia diversidad de opiniones, hay una comprensible tendencia a soslayarlo y ocuparse de cuestiones menos complicadas, con la esperanza de que, de algún modo, se esfume.

Pero el problema no desaparece; lo que pueden desaparecer son las oportunidades de encontrar soluciones de tipo racional y humanitario; y si dejamos pasar el tiempo, las oportunidades pueden desaparecer por el peso de los acontecimientos. Pero no debemos permitir que esto llegue a suceder, porque si el problema de la explosión demográfica no se maneja de manera razonable, indudablemente tendrá que desatarse en algún momento y eso se traduciría en sufrimiento, violencia y crueldad.

En otras palabras: el mayor de los obstáculos al progreso económico y social de casi todo el mundo subdesarrollado es el desenfre-

nado crecimiento demográfico. Una vez enunciado lo anterior, permítaseme destacar nítidamente lo siguiente: la solución al conflicto producido por el desenfrenado crecimiento demográfico de ninguna manera puede sustituir a las formas más tradicionales de asistencia para el desarrollo, es decir, de asistencia para la construcción de la infraestructura económica, para la agricultura, para la industrialización, para la educación y para el progreso de la tecnología.

El mundo subdesarrollado necesita inversiones de capital para desarrollar una amplia gama de proyectos productivos y nada sería más pernicioso que permitir que esos proyectos fracasaran al quedar sepultados, finalmente, por la marejada del crecimiento demográfico. Entonces, lo más sensato sin duda es intentar descifrar las complejidades que tanto enredan esta crítica cuestión.

Perspectivas abrumadoras

Para empezar podemos referirnos escuetamente a las dimensiones demográficas. El aumento de la población estriba simplemente en que nace más gente de la que muere. Durante la mayor parte de la historia, estos dos factores habían manifestado un equilibrio relativo; pero en el curso del último siglo se han desequilibrado seriamente. Durante el primer siglo de la era cristiana la población del mundo ascendía a 250 millones y fue necesario que pasaran 16 siglos para que se duplicara esa cifra. En la actualidad, los 3.000 millones de habitantes del planeta se duplicarán en 35 años y, por tanto, cada ocho años la población del mundo aumentará en 1.000 millones de habitantes.

La proyección de los totales después del año 2000 ya no corresponde tanto al campo de las estadísticas como al de la imaginación. Si un niño que nace hoy llegara a vivir 70 años, compartiría la Tierra con 15.000 millones de seres humanos, y su nieto, con 60.000 millones. Dentro de seis siglos y medio habrá un ser humano de pie en cada 30 cm cuadrados del planeta.

Naturalmente, dichas proyecciones son hipotéticas y no se convertirán en realidad porque los acontecimientos se encargarán de impedirlo. Esto ni puede ponerse en duda siquiera. No sabemos con certeza cuáles serán esos acontecimientos, pero podrían ser: el hambre, el caos político o bien la planeación del crecimiento de la población. Independientemente de lo que llegue a ocurrir en el año 2000, lo que está sucediendo en la actualidad es bastante grave para impulsarnos a actuar.

El crecimiento medio de la población mundial es ahora del dos por ciento. Muchos de los países en desarrollo soportan el peso de una tasa de 3,5 por ciento, o más. Con una tasa de crecimiento del uno por ciento, la población se duplicará en 70 años; si es del dos por ciento,se duplicará en 35 años; y si es del 3,5 por ciento, en sólo 20 años.

Ahora bien, si rechazamos como soluciones para tan explosiva situación el hambre y el caos político, entonces a una nación sólo le quedan tres formas esenciales de planear deliberadamente la dismi-

nución de su tasa de crecimiento demográfico: aumentar la tasa de mortalidad; elevar la de emigración; y reducir la de natalidad.

Nadie está a favor de la primera opción. Por el contrario, la tasa de mortalidad se está abatiendo en todas las regiones en desarrollo bajo el impacto de los programas de salubridad pública. Hasta los adelantos médicos más sencillos, como la implantación de medidas sanitarias, erradicación del paludismo y vacunación en gran escala –entre otras cosas– han tenido como resultado un rápido y bien recibido descenso de la mortalidad. Las reducidas tasas de mortalidad que Europa se propuso alcanzar hace más o menos 150 años, se han obtenido en las regiones en desarrollo en menos de la quinta parte del tiempo que se necesitaba en otras épocas.

La segunda opción es por completo inadecuada. El aumento de la emigración, en cualquier escala que pudiera considerarse significativa, no es una medida práctica. Los países que se preocupan por la aglomeración que en el futuro imperará en sus territorios no están dispuestos, como es natural, a contribuir a que aumente mediante la aceptación de un número ilimitado de extranjeros. Sin embargo, lo más importante consiste en que el continuo crecimiento de la población ya es tan grande, desde el punto de vista mundial, que esa solución ha dejado de considerarse como tal, desde el punto de vista de la realidad.

La tercera y única opción válida es la reducción prudente y racional de la tasa de natalidad. Esta alternativa no es sencilla, pero sí factible y, sobre todo, necesaria, porque resultan inaceptables las consecuencias que sobrevendrían si persistieran los actuales indicadores de crecimiento de la población.

El destino de la niñez

La primera consecuencia se puede observar en los rostros demacrados de los hombres hambrientos. En este preciso momento, la mitad de la humanidad pasa hambre. Hoy hay menos comida en el mundo que hace 30 años, cuando en casi todos los países imperaba una grave depresión económica. Miles de seres morirán de inanición hoy, como mueren todos los días, simplemente por falta de sustento o porque su alimentación es tan inadecuada que sus organismos no pueden defenderse de las enfermedades, que en otras condiciones se evitarían fácilmente.

Sin embargo, los que mueren son posiblemente los más afortunados, porque millones más de criaturas que sufren de desnutrición se ven condenadas a languidecer, atrofiadas física y mentalmente.

El cerebro humano alcanza el 10 por ciento de su desarrollo estructural durante los primeros cuatro años de vida. Sabemos ahora que durante ese crítico período de crecimiento el cerebro es sumamente vulnerable a las deficiencias nutritivas, mismas que pueden provocar un deterioro hasta de un 25 por ciento en la capacidad mental normal. Un deterioro del 10 por ciento basta para provocar serios impedimentos en la vida productiva.

Lo que resulta especialmente trágico dentro de este panorama es que cuando estos niños mentalmente dañados alcanzan la edad adulta propenden a repetir toda esta deprimente secuencia en sus propias familias.

Perpetúan la deficiencia mental, no mediante procesos genéticos, sino simplemente porque, al igual que sus padres, no están intelectualmente capacitados para comprender la situación y, por tanto, evitar que sus hijos sufran por las mismas carencias de elementos nutritivos esenciales que ellos han padecido.

Así, el hambre y la desnutrición van forjando una cadena de condiciones que desgraciadamente empujan la actividad humana hacia una espiral en constante descenso por la que se pierden inestimables cualidades, como son la agilidad mental, la vitalidad, la energía, la capacidad de aprender, el deseo de triunfar y la voluntad de trabajar para lograrlo.

Pero los efectos corrosivos de la explosión demográfica sobre la calidad de la vida no se limitan a la escasez de alimentos. Las actuales tasas de natalidad en todo el mundo en desarrollo están invalidando seriamente los esfuerzos encaminados hacia el desarrollo, y es imperativo que se conozcan las causas. La huidiza razón estriba en que los gobiernos de estos países tienen que dedicar una desmesurada proporción de los limitados recursos nacionales a sostener el nivel de vida, en lugar de destinarlos a inversiones productivas.

Todo niño que llega al mundo no solamente debe ser alimentado. También hay que suministrarle ropa, vivienda, asistencia médica y, cuando menos, una instrucción elemental. Todo esto requiere de capial nuevo, un capital que ya no se puede invertir en otros sectores donde las necesidades son aún más ingentes. Durante los primeros 15 años de vida, más o menos, los hijos no son económicamente productivos; son, ante todo, consumidores.

Hay que construir más escuelas cada día y proporcionar a los niños un mayor número de maestros, aparte del necesario establecimiento de instalaciones vocacionales. No obstante tales sacrificios, la instrucción pública tiene por fuerza que bajar, tanto en términos de calidad como de cantidad. Simplemente no puede mantener el paso con las crecientes olas de niños. Así, cuando aquellas masas de niños, deficientemente instruidos o tal vez analfabetas, lleguen a la edad propia para integrarse en la corriente de producción económica, se verán sumergidas en la desesperación del desempleo. En muchos de los barrios miserables, del 50 al 60 por ciento de los adolescentes carece de trabajo.

Pero no sólo existe el problema de estos jóvenes incapacitados para desempeñar los empleos disponibles, sino también el hecho de que el número de empleos de importancia se reduce considerablemente en comparación con la población que los necesita, porque el gobierno no ha sido capaz de realizar inversiones adecuadas en las necesarias fuentes de trabajo; y esto ha sucedido nada más porque se carece de ese capital tan necesario que se consume en la marejada cada vez más gigantesca de los nuevos nacimientos.

Este es el grave problema a que siempre se enfrentan los países en desarrollo, agobiados por el peso de las elevadas tasas de natalidad que han soportado durante tanto tiempo.

El recurso del aborto

Pero esto que ocurre al nivel nacional se repite con mayor intensidad al nivel familiar. Millones de parejas procuran evitar los embarazos no deseados; y cuando carecen de asistencia comprensiva y legal para resolver sus problemas, con frecuencia recurren a soluciones desesperadas e ilícitas.

Las estadísticas indican que el aborto es uno de los métodos más comunes para limitar la fertilidad, a pesar de que en muchas sociedades es ilegal, antiético, costoso y peligroso, desde el punto de vista médico. Se dice que en cinco países de Europa Occidental hay tantos abortos clandestinos como partos normales; y se calcula que en la India cada mes 250.000 mujeres se someten a operaciones ilegales para abortar. La tasa de abortos ilegales de Iberoamérica figura entre las más elevadas del mundo. Se informa de un país en el que hay tres abortos por cada niño que nace, y que en otro país, dos de cada cinco defunciones de embarazadas son causadas por abortos ilegales. Además, hay indicios de que la tasa de abortos ilegales en Iberoamérica está aumentando y que entre las embarazadas se están popularizando múltiples modos de abortar.

La trágica verdad es que el aborto ilegal es endémico en muchos lugares del mundo; y que prevalece de manera especial en las regiones donde no se ofrece una asistencia adecuada y sistemática para la planeación de la familia. La conclusión es evidente: donde las autoridades no ayudan a los padres a evitar los nacimientos indeseables, a menudo los padres resuelven el problema solos, así sea a costa de su conciencia o de la salud (e incluso la vida) de la mujer.

¿A más gente, más riqueza?

He podido percatarme de que el problema de la planeación demográfica es increíblemente complejo. Crea espinosos dilemas morales y, además, está envuelto en una especie de mitología tenebrosa que nubla el asunto. Este conjunto de mitos oscurece la esencia del problema y, lo que es peor, opone obstáculos a cualquier acción constructiva.

Para empezar, está muy generalizada la suposición de que, en alguna forma, "más gente significa más riqueza". Como todos los argumentos falsos, esta tesis encierra un engañoso sustrato de plausibilidad. Con la temprana aparición del nacionalismo en Occidente –y el reciente surgimiento de países independientes en Africa y Asia– el rápido crecimiento de la población se ha considerado un símbolo de vigor nacional. Según se creía,tendía los cimientos para establecer instituciones militares más poderosas; un mercado interno económicamente ventajoso; una fuente de mano de obra ba-

rata, y, en general, suficiente prestigio político para ocupar un sitio en el concierto de las naciones.

Sin embargo, en el mundo subdesarrollado de hoy, casi todas esas suposiciones son falsas. Como el acelerado crecimiento de la población tiende a retardar considerablemente el aumento del ingreso per cápita, las naciones en desarrollo pronto descubren que el fenómeno de la fertilidad debilita su vigor económico en vez de reforzarlo. El esperado mercado interno se convierte en una masa de indigentes descontentos, que carecen de poder adquisitivo, pero que tienen en abundancia todas las frustraciones que pueden sufrir los presuntos consumidores cuyas necesidades no es posible satisfacer.

En esos países, la "mano de obra barata" no es en realidad tan barata, porque el sólido crecimiento económico requiere del progreso tecnológico y éste, a su vez, exige niveles de adiestramiento más elevados que los que pueden ofrecer los insuficientes recursos gubernamentales. Aun cuando haya trabajadores que perciban salarios más bajos que los de los trabajadores de otros países, su eficiencia y productividad son tan bajas que, con frecuencia, los artículos de fabricación nacional no pueden competir en el mercado de la exportación, porque sus precios son más altos.

Hasta la excusa de que conviene aumentar la población para contar con una poderosa fuerza militar, es discutible, no solamente porque la expansión de las fuerzas militares con el tiempo traerá como consecuencia una expansión de las fuerzas militares de los vecinos, sino, también, porque los modernos ejércitos de defensa requieren de una proporción cada vez mayor de reclutas instruidos en lugar de simples masas de soldados ignorantes.

En lo que se refiere al prestigio militar, las naciones atrapadas en el catastrófico crecimiento demográfico no refuerzan su posición en el concierto de las naciones. Por el contrario, tienen que aceptar el hecho de que su posición se debilita inevitablemente cuando los optimistas proyectos de progreso se transforman inevitablemente en políticas de confrontación y extremismo.

El mito de las tierras deshabitadas

Igualmente engañoso que el concepto de que "a más gente, más riqueza" es el argumento de que los países que cuentan con grandes extensiones de tierras deshabitadas no tienen necesidad de pensar en las tasas de natalidad porque cuentan con mucho espacio para su expansión.

El argumento es tan hueco como falaz, debido al hecho patente de que, por sí solas, las grandes extensiones no justifican una elevada tasa de crecimiento demográfico. Para que esas extensiones lleguen a convertirse en regiones habitadas por grandes núcleos humanos es necesario dotarlas de un extenso surtido de fuertes inversiones oficiales para construcción de carreteras, viviendas e instalaciones sanitarias y fomento agrícola e industrial.

El verdadero argumento económico es precisamente el opuesto.

Las grandes extensiones de tierra no requieren en realidad grandes cantidades de habitantes, sino grandes cantidades de fondos para ser invertidos en el desarrollo; y precisamente el exceso de habitantes dentro de una economía en desarrollo es lo que dificulta la acumulación de capital. Con respecto a esta cuestión, el Ministro de Finanzas de Ghana expresó su opinión en 1970, cuando su país inició el primer programa nacional de planeación familiar emprendido en Africa Occidental:

> Hay algunos que comparten la peligrosa ilusión de que las grandes extensiones de tierras subdesarrolladas invalidan las razones para regular el crecimiento demográfico en Ghana. Olvidan el hecho de que, invariablemente, la tierra sigue sin explotarse por falta del capital y la capacidad técnica que se requieren para su desarrollo . . . La actual tasa de crecimiento de la población representa un aumento de 5.000 personas por semana; en otras palabras, esto significa que estamos aumentando a un ritmo mayor que el de nuestra capacidad para construir escuelas y educar a la juventud, levantar hospitales para satisfacer las necesidades de asistencia médica de la población y desarrollar nuestra economía para dar ocupación a más de 140.000 personas que anualmente ingresan en las filas de la fuerza de trabajo. Nuestra tasa de crecimiento demográfico constituye una grave amenaza para nuestra capacidad, tanto individual como oficial, para satisfacer las justas necesidades de nuestro pueblo.

Una comparación errónea

Hay otro mito más popular que consiste en pensar que los programas oficiales de planeación familar son completamente innecesarios en un país en desarrollo porque el propio proceso de desarrollo automáticamente trae una disminución en las tasas de natalidad. La experiencia de Europa se cita como prueba convincente de esta teoría.

Pero la evidencia no es tal en realidad, porque la teoría es totalmente inaplicable a las condiciones que prevalecen en el mundo subdesarrollado. No pueden compararse las circunstancias entre las primeras etapas de la modernización de Europa con lo que hoy está sucediendo en el mundo en desarrollo.

El hecho histórico estriba en que las condiciones reinantes en Europa durante su período de desarrollo inicial era más propicias a una reducción del ritmo de crecimiento demográfico. Las tasas de natalidad eran mucho más bajas que las de los países hoy en desarrollo; las tasas de mortalidad todavía no se habían abatido tan radicalmente, y cuando las medidas sanitarias lograron reducir el número de defunciones, ya se había establecido la necesaria estructura de la industrialización. Además, en la Europa de siglo XIX –a diferencia de lo que ahora ocurre en los países en desarrollo– la gente no se casaba tan joven y el grado de alfabetización era mucho más elevado, factor éste siempre de gran importancia en el índice del crecimiento demográfico.

A pesar de todas esas ventajas, fue necesario que pasaran casi 70 años antes de que Europa lograra reducir las tasas de natalidad hasta los niveles actuales. En los países en desarrollo la tasa media actual es de 40 a 45 nacimientos por cada mil habitantes.

En la Europa contemporánea, la tasa es de 17 a 20 por mil, y para que los países en desarrollo la igualaran sería necesario reducir el número de nacimientos en aproximadamente 50 millones al año. El suponer que el solo progreso económico, sin la ayuda de una bien organizada planeación familiar, pudiera alcanzar esa meta dentro de un plazo razonable, es totalmente absurdo.

Indudablemente, aun contando con programas de planeación familiar, es imposible esperar resultados tan halagüeños como esos en menos de dos o tres decenios. Lo que sí es posible, y además imperativo, es el establecimiento de programas de planeación familar, de tal magnitud, que eviten la desintegración económica y política de los países donde el progreso social se ve seriamente restringido por una congestión de nacimientos superfluos.

Motivos para planear las familias

Por supuesto, ningún gobierno logrará convencer a su pueblo para que adopte programas de planeación familiar si los propios padres realmente no los desean. Pero con frecuencia la gente sí lo desea, mucho más de lo que sus gobernantes creen. La gente, en particular la gente pobre e ignorante, puede no entender las técnicas de la planeación familiar. En su mayor parte, sus conocimientos sobre biología humana son muy vagos y su limitada comprensión se confunde bastante debido a informaciones burdas y equivocadas. Por otra parte, es absurdo el concepto de que los programas para limitar las familias son siniestras confabulaciones para obligar a los padres a hacer algo que en realidad no desean. La prevalencia del aborto provocado debería bastar para disipar esa ficción. Las parejas no siempre saben que existen formas menos radicales y peligrosas de limitar sus familias, pero hay pruebas abrumadoras de que sí les gustaría conocerlas.

Todos aceptamos el principio de que los propios padres deben decidir en última instancia cuántos hijos desean procrear. Consideramos que es una intolerable invasión de los derechos familiares el hecho de que el Estado implante disposiciones obligatorias para poner en práctica políticas encaminadas a regular la natalidad.

Lo cierto es que millones de criaturas nacen sin que sus progenitores lo deseen; por tanto, en estos casos no se ha decidido racional y libremente traer otro hijo al mundo; y si hemos de respetar el derecho de toda pareja a decidir tales cuestiones –derecho que sin duda le corresponde– entonces debemos permitir que los padres reciban la educación y asistencia necesarias para ejercerlo.

Además, a nadie se le debe impedir que actúe debidamente, so pretexto de que la asistencia para planeación familiar que el mundo occidental de raza blanca ofrece a los pueblos de color de las regiones en desarrollo es en realidad una conjura subrepticia para conservar el ascendiente racial de los blancos. La falacia del mito puede demostrarse en el terreno puramente demográfico y en muchos otros. Los grupos humanos de otras razas superan numéricamente a los de

raza blanca de manera abrumadora. Siempre ha sido así y siempre será así. Y ningún programa de planeación familiar podría alterar este hecho matemático.

Pero otra contestación más pertinente sería que si el mundo de los blancos en realidad deseara conspirar contra los pueblos de otras razas, una de las formas más efectivas de hacerlo sería que las naciones desarrolladas negaran a las otras naciones cualquier tipo de asistencia para controlar el crecimiento de su población, ya que el futuro del mundo formado por otras razas está directamente relacionado con su propio desarrollo económico y éste, a su vez, tal como lo hemos examinado, depende de su capacidad para abatir las tasas de natalidad hasta un nivel que permita aumentar considerablemente el ingreso per cápita.

¿Es posible evitar el hambre?

Hay otro mito que obstruye el camino de la acción. Algunos creen que hemos dejado pasar la hora de una acción decisiva y que es inevitable un hambre mayor porque el aumento de la población supera las existencias disponibles. Sin embargo, ello no es inevitable. Tengo el firme convencimiento de que todavía hay tiempo para revertir la situación, siempre y cuando sepamos aprovecharlo. Este es el tiempo que nos han regalado los creadores de una revolución tecnológica agrícola fincada en nuevas semillas, cepas híbridas, fertilizantes y uso intensificado de recursos naturales.

Esta "revolución verde" ha dado ya sus frutos. Ha aumentado la producción de granos alimenticios (principalmente trigo y arroz) en más de un 100 por ciento en algunas de las regiones del sureste de Asia, y ofrece aumentar la producción en media tonelada más por acre (4,047 metros cuadrados) en Asia entera. También han aumentado las extensiones sembradas con nuevas semillas de 200 acres en 1965 a 20 millones en 1968; y se calcula que esta cifra ascenderá a 82 millones en 1973. Sin embargo, todo esto es únicamente un pequeño porcentaje de la superficie del mundo en la que se puede cultivar arroz y trigo. Si pudiéramos acelerar la revolución agrícola mediante la adecuada asistencia técnica y financiera a los países en desarrollo y lograr que esa ayuda se administrara de una manera apropiada, podríamos esperar que durante los próximos dos decenios las existencias mundiales de alimentos aumentasen a un ritmo más acelerado que el de la población.

El espectro del hambre puede ser conjurado. Pero antes que un confortante optimismo sicológico, necesitamos contar con un sentido autéticamente realista, enérgico, creador. Sin embargo, abrigo la esperanza de que, mediante la aplicación de la nueva tecnología, aumente de manera sensacional la tasa de producción agrícola y que así logremos ganar dos decenios –el período mínimo requerido para hacer frente al problema de la explosión demográfica– a fin de reducirlo a proporciones que permitan su adecuado manejo.

El papel de las naciones desarrolladas

¿En qué forma pueden ponerse en práctica estos necesarios proyectos?

Para empezar, las naciones desarrolladas deben prestar todo el apoyo posible a los países que hayan establecido programas de planeación familiar. Muchos lo han hecho. Los gobiernos de la India, Paquistán, Corea, Taiwán, Hong Kong y Singapur han fijado programas y metas para reducir los niveles de crecimiento de la población y, además, han logrado alcanzar progresos ya mensurables.

Ceilán, Malasia, Turquía, Túnez, la República Arabe Unida, Marruecos, Kenia, Ghana, Chile y otras 10 naciones, cuando menos, están proporcionando apoyo gubernamental a programas de planeación familiar; sin embargo, todavía necesitan considerable asistencia técnica y financiera para reducir las tasas de natalidad en una forma verdaderamente significativa.

Además, muchos gobiernos están considerando la posibilidad de implantar programas de planeación familiar. Hay otros países cuyos mandatarios perciben oscuramente el peligroso problema del aumento de la población y que están dispuestos a considerar la cuestión. Los países desarrollados pueden también ayudar discretamente a estas naciones a realizar estudios demográficos y sociales que revelen la realidad y señalen la importancia del tema y las desventajas derivadas del retraso.

Los países tecnológicamente adelantados pueden hacer una de las contribuciones más relevantes iniciando un nuevo orden de intensificación de las investigaciones en el campo de la biología y de la reproducción.

Todavía nos encontramos en una etapa inicial en lo que se refiere al conocimiento de las complejidades de la concepción; por tanto, apenas estamos adquiriendo los conocimientos necesarios para lograr que la planeación familiar actúe en los países en desarrollo como un instrumento verdaderamente útil, en escala importante.

Además, los esfuerzos de la investigación deben rabasar el campo de la biología. La demografía es una ciencia que aún se encuentra en sus albores. Tal vez ni la mitad de los nacimientos que se producen en el mundo lleguen siquiera a registrarse, y como los cálculos brutos de las tasas de natalidad de manera inevitable resultan bastante rebajados en relación con la realidad, es necesario recopilar datos más precisos en las regiones donde el problema del crecimiento demográfico se presenta con más intensidad.

De manera similar urge poner en práctica amplios programas de investigación de los aspectos socioculturales de la planeación familiar. Evidentemente son de mayor importancia los programas integrales de planeación familiar que el simple control de la natalidad. Hay grandes diferencias de país a país en las actitudes,las motivaciones y las preferencias y, como es natural, las investigaciones relacionadas con estos aspectos esenciales deberán realizarse localmente. Las naciones desarrolladas necesitan brindar un gene-

roso respaldo financiero para realizar ese tipo de estudios e investigaciones donde lo deseen.

Pero por encima de todo esto, existe la urgente necesidad de despertar la conciencia de todos los países en relación con el problema de la población, según su propio criterio. Las naciones desarrolladas pueden señalar los hechos demográficos relevantes, explicar las realidades económicas y advertir las consecuencias de los aplazamientos. También pueden y deben informar, pero no pueden ni deben presionar.

¿Cuáles son las opciones?

Los programas que se han puesto en práctica ya están empezando a dar frutos en áreas limitadas. Sin embargo, no se ha logrado reducir la tasa de natalidad en los países subdesarrollados, al menos en cantidad como para afectar los totales de la población mundial. Esto significa que los programas de planeación familiar tendrán que aplicarse en gran escala. Programas semejantes se han implantado con éxito en el transcurso de este siglo –por ejemplo, en el campo de la salud pública– y a pesar de grandes e ineludibles obstáculos, no existe una razón insuperable para no implantar una campaña que regule el aumento de la población. Sin embargo, el tiempo no se detiene y debemos comprender en toda su magnitud el hecho de que el problema de la población *debe* ser resuelto, en una o en otra forma. ¿Comó lo resolveremos? ¿Con el hambre, los motines, las insurrecciones y la violencia a la que pueden entregarse los hombres desesperados, impulsados por el hambre? ¿Con guerras de expansión y agresión? ¿O de una manera racional y sensata, acorde con la dignidad de los seres humanos?

LA JUSTICIA SOCIAL Y EL TAMAÑO DE LA FAMILIA

Por James P. Grant y William Rich

James P. Grant

William Rich

Los países en desarrollo que deseen estabilizar su población, dicen estos dos autores, no pueden depender únicamente de los programas de planeación familiar.

En su opinión, estos programas son efectivos sólo si se aplican junto con reformas sociales y adelantos económicos que ofrezcan verdaderas esperanzas para lograr una vida mejor. Este artículo es un resumen del simposio titulado *How Many People?* (¿Cuánta gente?) publicado por la *Foreign Policy Association* (Asociación para la política exterior).

James P. Grant preside el *Overseas Development Council* (Consejo para el Desarrollo Internacional), una organización independiente de investigación cuya misión es acrecentar los conocimientos de los Estados Unidos sobre los problemas que encaran los países en desarrollo. Anteriormente fungió como administrador adjunto de la Agencia para el Desarrollo Internacional (AID) y como director de programas de dicha organización en Turquía y Ceilán. William Rich fue miembro asociado del Consejo para el Desarrollo Internacional y ahora se encuentra en la escuela de Derecho de la Universidad Stanford.

Hay un creciente consenso en el sentido de que las naciones en desarrollo se beneficiarían si lograran reducir la tasa de crecimiento demográfico, con la mira de estabilizar el nivel de población. ¿Cómo podría alcanzarse este objetivo de la mejor manera posible? En nuestra opinión, los servicios de planeación familiar, aunque esenciales, no bastan. Lo que se necesita es una combinación de ellos con un desarrollo económico y una distribución más equitativa de los frutos del progreso económico y social. Las últimas evidencias sugieren que ambos programas son necesarios y muy probablemente "aliados" indispensables, que actúan reforzándose mutuamente.

Esta conclusión encierra implicaciones de largo alcance para toda persona preocupada por la necesidad de contener la explosión demográfica y estabilizar la población cuanto antes. En muchos países en desarrollo esto significa que los eficaces programas de reforma agraria pueden ser tan importantes como los sólidos programas de planeación familiar para lograr una reducción de los nacimientos en las zonas rurales. Para los habitantes de países desarrollados –como los Estados Unidos, que desean contribuir a reducir la tasa de la natalidad tanto en los países en desarrollo como en el suyo–, el apoyo a los

© 1973 por la Foreign Policy Association, Inc.

programas de asistencia económica encaminados a estimular el desarrollo pueden tener más importancia que el apoyo a programas de planeación familiar.

Se han dedicado muchos escritos y estudios científicos a los efectos fatales del acelerado crecimiento de la población en la economía de la humanidad. La explosión demográfica es la razón principal de que –a pesar de reciente alza del producto nacional, sin paralelo histórico– en los países en desarrollo el ascenso de los ingresos per cápita haya sido mínimo, el desempleo haya aumentado, los niveles de analfabetismo y enfermedad no hayan descendido; de que el abismo que separa a la mitad paupérrima de la población de las personas relativamente acomodadas se haya ensanchado y que los problemas de la contaminación ambiental se hayan agravado.

Un problema de motivación

Mucho menos atención se ha prestado a las consecuencias de los diferentes modelos de desarrollo económico sobre las tasas de nacimientos. Los demógrafos saben desde hace mucho tiempo que cuando el desarrollo económico es vigoroso, como en el caso de Europa y los Estados Unidos, las elevadas tasas de natalidad bajan rápidamente. Pero como esa reducción de alumbramientos se produjo en un lapso de más de 50 años, cuando el nivel de ingresos era relativamente alto, este modelo tiene poca validez en la mayoría de los países en desarrollo.

Asimismo, los demógrafos reconocen, por lo general, que la pobreza muy difundida implica la prevalencia de elevadas tasas de nacimientos, por la razón obvia de que las familias que carecen de empleos adecuados y asistencia médica tienen un porvenir muy incierto y solamente cuentan con el patrimonio que constituyen sus propios hijos. A pesar de la considerable baja de los indicadores de mortalidad durante los dos decenios anteriores, muchos habitantes de los países pobres todavía creen, y posiblemente con razón, que conviene tener muchos hijos, no solamente por motivos económicos y sociales inmediatos sino, también, porque existe el riesgo constante de que sus descendientes no logren llegar a la edad adulta. Por lo tanto, las elevadas tasas de nacimientos, contribuyen a complicar los problemas sociales.

Es por eso que el problema básico reside en encontrar la forma en que una vasta mayoría de esas familias pueda romper tal círculo vicioso. Convencidos de que las dificultades sociales y económicas se agudizan cuando el crecimiento demográfico continúa sin trabas, muchos países en desarrollo han empezado a implantar programas de planeación familiar a fin de limitar el tamaño de las familias. Sin embargo, persiste un inquietante problema: que tales programas han sido aceptados en su mayor parte por familias más o menos acomodadas, o que ya tienen demasiados hijos y por mujeres cuya salud es delicada. Salvo que la *mayoría* de las familias reconozcan que es necesario tener menos hijos, fallarán los esfuerzos por estabilizar

el nivel demográfico. Por lo tanto, si los países en desarrollo desean esquivar la amenaza del acelerado crecimiento demográfico se debe dotar a más familias no sólo de los medios adecuados para limitar los nacimientos, sino también, de los motivos para hacerlo.

Durante mucho tiempo se pensó que la experiencia que tuvieron Europa y los Estados Unidos el siglo pasado –una reducción general de tasas de crecimiento precedida de un creciente aumento de salarios– podría servir de ejemplo a otros países, a falta de programas de planeación familiar. Sin embargo, hay indicios notables de que en un número cada vez mayor de países pobres, así como en algunas regiones de otros países, las tasas de nacimiento han disminuido de manera considerable *a pesar* de que el ingreso per cápita es relativamente bajo y *a pesar* de que no se han implantado programas de planeación familiar o de que éstos se establecieron hace muy poco tiempo.

En un examen preliminar de sociedades tan diferentes como las de China, Barbados, Sri Lanka, Uruguay, Taiwán, la región india de Punjab, Cuba y Corea del Sur, se advierte un denominador común. En todos estos lugares una gran parte del pueblo ha logrado tener acceso a los modernos servicios sociales y económicos en los campos de instrucción, sanidad, y a los sistemas de empleo y crédito, en mayor medida que en la mayoría de los países pobres y, comparativamente, en mayor medida que casi todos los países occidentales durante sus períodos de desarrollo. Generalmente, en esos países no sólo se abatieron de manera considerable las tasas de nacimientos *antes* de que se introdujeran importantes programas de planeación familiar, sino que en apariencia tales programas han tenido más éxito en los países que han considerado de alta prioridad sus programas de desarrollo, distribución equitativa del ingreso y servicios sociales.

Estrategia del desarrollo

Hay muchas razones por las cuales las tasas de nacimiento reflejan los mejoramientos realizados en el campo de la asistencia social. La difusión de la educación contribuye al aumento del interés en reducir el tamaño de la familia. La educación y la alfabetización facilitan el acceso a la información y a las técnicas que tienen relación con el control de la natalidad. Otro aspecto muy importante es el relativo a los cambios de principios que experimentan las personas culturalmente preparadas cuando empiezan a objetar las prácticas y los conceptos tradicionales de sus antepasados y su actitud frente a la planeación familiar. La correlación entre la familia chica y la educación de la mujer es significativamente alta, ya que cuando la mujer conquista un status social independiente se vuelve mucho más activa fuera del hogar y como resultado reduce el tamaño de su familia. El alargar la educación también tiende a retardar el matrimonio. Asimismo, se extiende el período durante el cual los hijos dependen de la ayuda paterna. En la medida que la educación sea

más accesible –a pesar del gasto que cause– muchos padres deberán decidir tener menos hijos, pero instruidos; o más hijos, pero incultos.

Aun cuando es cierto que los servicios médicos, combinados con un mejoramiento de los sistemas de nutrición, sanidad y educación, han contribuido a reducir las tasas de mortalidad, también lo es el que la extensión de los servicios médicos contribuye a reducir las tasas de nacimientos, aunque con más lentitud. Las familias quizá no estén dispuestas a limitar su proliferación, a menos de que estén seguras de tener un alto nivel de supervivencia. Por ejemplo, en muchos lugares de la India donde factores sociales económicos y religiosos virtualmente hacen necesario contar, cuando menos, con un hijo a la muerte del padre, las familias deben procrear un número aproximado de seis criaturas para tener una relativa seguridad de que sobrevivirá un varón. En tales condiciones, el mejoramiento de los factores que determinan la supervivencia de los niños es una precondición necesaria para que se acepten allá programas de planeación familiar.

La disponibilidad de empleos es otro de los factores que influye directamente en el aumento de las tasas de nacimientos. El trabajo de tiempo completo con mucha frecuencia es la clave para tener otras oportunidades de mejorar el nivel de vida. Cuando sólo hay trabajos marginales –como el de vendedor callejero o el de bracero temporal– los padres pueden considerar indispensable procrear tantos hijos como sea posible para que ayuden a sostener el hogar. Por la otra parte, si las mujeres pueden encontrar trabajo, es más probable que decidan postergar los embarazos o tener solamente uno o dos hijos. La intención de enviar a los hijos a la escuela en vez de ponerlos a trabajar puede ser un motivo para limitar la familia.

El factor que más podría contribuir a crear un medio ambiente propicio para la reducción del tamaño de las familias, consiste en la existencia de intereses y satisfacciones más allá de la unidad familiar. A una pareja que vive en la pobreza, porque carece de empleos permanentes bien remunerados, sin aspiraciones económicas y sociales o sin la idea de que puede contribuir al progreso de la sociedad, tal vez le parezca que el tener y criar hijos es una de las experiencias más satisfactorias de su vida. Esto no quiere decir que los hombres y las mujeres que han comprendido que existe la posibilidad de mejorar su propio nivel de vida y el de la comunidad, consideren que por eso deja de ser importante la experiencia vital de ser padres. Sin embargo, tales caminos hacia la satisfacción intelectual del ser humano bien pueden aumentar los motivos para reducir el tamaño de las familias.

Esta breve descripción de algunos de los factores asociados con la fertilidad nos permite comprender la magnitud de las complejas interacciones de los factores socioeconómicos con las tasas de nacimientos. Toda familia enfrenta sus particulares alternativas sociales y económicas, así como a una amplia gama de decisiones relacionadas con la fertilidad. En esta etapa ciertamente no es posible definir en términos matemáticos precisos la relación entre el desa-

rrollo y el crecimiento de la población. Sin embargo, la investigación ha permitido identificar los factores que intervienen en ella.

Niveles de educación y sistemas sanitarios

Un examen de la relación entre el nivel de la educación y el de la fertilidad sirve para ilustrar este enfoque. En la mayoría de los países en desarrollo, casi toda la población tiene poca o ninguna instrucción, y el promedio de alumbramientos es elevado. La reducción de la familia entre los grupos de personas relativamente más cultas no puede afectar considerablemente la tasa de crecimiento de la población porque hace tiempo que en ese pequeño segmento se registra un número de nacimientos por familia inferior a la tasa media. Un factor correlativo es el de la estrategia educativa general que sigue un país. Corea del Sur, por ejemplo, destina el 52 por ciento de su presupuesto de educación a las escuelas elementales y solamente el 14 por ciento a las universidades. En cambio, Brasil destina el 29 por ciento de dichos fondos a la enseñanza elemental y el 40 a la universiaria. Estas diferencias pueden explicar, cuando menos en parte, la razón por la cual la tasa de nacimientos en Corea del Sur se redujo del tres por ciento en 1958 al dos por ciento en 1971, mientras en Brasil, en ese mismo período, la tasa de nacimientos se redujo del tres por ciento al 2,8.

Solamente cuando una gran parte de la población nacional tiene acceso a los servicios económicos y sociales modernos –como educación, sanidad, fuentes de trabajo para mujeres y crédito para la aplicación de modernas técnicas agrícolas– se puede esperar una reducción en el tamaño de las familias. En países cuyos programas de desarrollo han hecho una distribución relativamente más equitativa de los servicios sanitarios y educativos, repartido tierras, otorgado créditos y otro tipo de oportunidades para obtener ingresos, el efecto acumulativo al parecer consiste en que el nivel de vida de la mitad más pobre de la población aumenta en mayor medida que en los países donde el producto nacional bruto es semejante o superior, pero donde los modelos de distribución de ingresos son deficientes. Esta situación ha contribuido a que algunos países con ingresos bajos hayan logrado reducir las tasas de nacimientos a niveles que no pudieron ser alcanzados en muchos países hasta que su ingreso nacional per cápita no registró un ascenso.

Las diferentes formas de suministrar servicios sociales tienen gran importancia para determinar si los programas de desarrollo han tenido un impacto considerable en el sector mayoritario de la población con ingresos bajos y una elevada tasa de nacimientos.

La comparación de los programas de asistencia higiénica de Sri Lanka y Turquía demuestra que existen acusadas diferencias en el suministro de los servicios médicos. Por ejemplo, tanto en Sri Lanka como en Turquía se destinan aproximadamente las mismas proporciones de fondos públicos per cápita a la asistencia médica. Sin embargo, en Sri Lanka se da preferencia al adiestramiento de auxilia-

res médicos, que ofrecen asistencia sanitaria moderna a toda la población urbana y rural, y esto ha dado lugar a que durante los dos últimos decenios aumentara el nivel de sanidad nacional en forma notable. Por otra parte, en Turquía se ha intentado copiar los sistemas de sanidad occidentales, y mientras que las familias acomodadas de las ciudades tuvieron un rápido acceso a los servicios de los hospitales modernos con médicos bien preparados, en la mayoría de las áreas rurales más de 10.000 habitantes dependen de la atención de un médico y existen pocos recursos para proporcionar servicios sanitarios elementales. La tasa de mortalidad infantil ha conservado un nivel que sobrepasa en un 200 por ciento al de Sri Lanka, y las probabilidades de longevidad son muy inferiores en Turquía, no obstante que en este país el ingreso per cápita es mucho mayor y su tasa de nacimientos sigue siendo muy alta.

Justicia social y fertilidad

En el campo de la agricultura, diferentes estrategias pueden ser igualmente determinantes para aumentar el rendimiento y, a la vez, tener consecuencias sociales muy distintas. Muchos países en desarrollo han disfrutado de los beneficios de la revolución verde, notable conquista agrícola que ha dado como resultado el aumento notable en la producción de granos. Sin embargo, las grandes cosechas de trigo de algunos países han contribuido relativamente poco a aliviar la pobreza que impera en el medio rural porque los propietarios de las grandes plantaciones –que explotan de manera intensiva porque cuentan con capital para inversiones y suficiente agua para el riego– son en realidad los que han recibido, en mayor medida, los beneficios de las nuevas semillas. En un país latinoamericano, el número de campesinos sin tierra aumentó en un 43 por ciento en un período de 10 años, mientras el número de días trabajados anualmente disminuyó de 194 a 100.

En Taiwán, la reforma agraria ha decretado una limitación estricta de 7,5 acres (tres hectáreas) para cada parcela. El tamaño medio de las granjas es de aproximadamente 2,2 acres (0,89 h). En ese país funciona también un extenso sistema de cooperativas agrícolas para obtener crédito, mercados y nueva tecnología. Gracias a esto, los pequeños arroceros han aprovechado la nueva tecnología, duplicado su producción durante los últimos 20 años y empleado a un número mayor de campesinos.

Un país que distribuye bienes y servicios sobre bases equitativas puede mejorar en amplia escala el nivel de vida de los habitantes relativamente pobres, aun cuando el total de sus recursos no sea muy grande. Conforme a este sistema, en Taiwán los ingresos promedio están relativamente bien distribuidos, los servicios médicos se han extendido a la totalidad de las áreas rurales y la enseñanza primaria es accesible a casi todo el pueblo. Es interesante advertir que la tasa de nacimientos en Taiwán descendió de 46 por mil en 1952, a 37 por mil en 1963, cuando se introdujo un vigoroso programa de

planeación familiar. A partir de ese año continuó abatiéndose hasta llegar a 26 por mil en 1970. En los países en donde no se ha logrado hacer un enfoque tan amplio como aquél, la disminución de nacimientos ha sido menos notable. La acusada desigualdad en la distribución del ingreso y los servicios sociales; las restricciones religiosas y la falta de apoyo gubernamental para los programas de planeación familiar han contribuido a mantener las elevadas tasas de crecimiento demográfico.

La experiencia obtenida en años recientes indica claramente que los medios para promover un desarrollo más equitativo, tan eficaces para motivar a los padres a reducir el tamaño de sus familias, no tienen por qué practicarse a expensas del desarrollo mismo. En realidad, aquellas estrategias de desarrollo que propugnan por la justicia social y hacen posible que el trabajo de obreros y campesinos los beneficie directamente, pueden acelerar el crecimiento. Si bien es contraria a muchas concepciones actuales, aquella conclusión no es por fuerza sorprendente. Si el 20 por ciento de la masa trabajadora rural de un país permanece ociosa, una estrategia agrícola de trabajo intensivo, que permita dar ocupación a todos los desempleados, deberá tener como resultado un aumento en la producción. Por otra parte, el suministro de servicios educativos y sanitarios básicos para los campesinos favorece en términos generales la producción y hace que aumente el interés de los padres campesinos en reducir el tamaño de sus familias.

La tesis desarrollo-motivación-fertilidad

Considero conveniente mencionar las objeciones que han surgido en contra de esta tesis. Por ejemplo, que las elevadas tasas de crecimiento de la población continúan subiendo en dramática forma en Iberoamérica a pesar de que los ingresos per cápita se han elevado de manera relativa; y que en algunos lugares del Asia Oriental se ha registrado un notable descenso en la tasa de nacimiento, aunque los ingresos per cápita siguen siendo muy bajos. Esta situación ha impulsado a muchos a afirmar que el catolicismo es la causa principal de lo primero; y de lo segundo, los atributos culturales de la civilización china.

Evidentemente, los factores religiosos y culturales han tenido un cierto impacto en las actitudes de los padres en relación con el tamaño de sus familias. Sin embargo, debe recordarse que varios programas políticos similares han causado efectos más o menos comparables en diferentes estructuras religiosas y culturales. Así, desde hace mucho tiempo se ha reducido la tasa de nacimientos en Francia, donde predomina la religión católica; pero en la región norte de Yugoslavia –región relativamente próspera, habitada por católicos– la tasa de nacimientos es bastante más reducida que en la región sur, habitada por mahometanos pobres. Con relación a la supuesta tendencia cultural de China a reducir el tamaño de las familias, debe señalarse que las mejoras implantadas en el campo de la educación,

la sanidad, ingresos y empleos aparentemente han surtido un efecto entre los singaleses de Sri Lanka, indios y tamiles de Singapur, negros de Barbados, los cubanos y los uruguayos de Iberoamérica y los punjabis de la India, semejante al causado en los chinos del Asia Oriental. Es necesario seguir investigando a fondo la repercusión de los factores culturales y religiosos en las tasas de nacimientos. Sin embargo, ya no cabe duda alguna de que una mayor disponibilidad de empleos, ingresos y servicios sociales afecta significativamente la actitud de los padres en relación con el tamaño de la familia, prácticamente en todas las sociedades.

El papel de los países desarrollados

Aun cuando la mayor parte de las iniciativas elementales y las decisiones, relacionadas tanto con la pobreza como con el crecimiento demográfico, deben venir de las naciones pobres, las políticas de las naciones ricas del mundo pueden influir en el progreso de los países pobres a través de la continua evolución del triángulo formado por el desarrollo, la motivación y la fertilidad.

Los ricos pueden desempeñar un papel extremadamente útil en la investigación y la asistencia. Un ejemplo notable de lo que puede lograrse con la asistencia lo dio la secuela de esfuerzos externos que culminaron con la revolución verde: la temprana identificación de la crisis de alimentos a mediados de la década de 1960, seguida por la labor que desempeñaron las fundaciones Ford y Rockefeller para desarrollar nuevas semillas de alto rendimiento agrícola, además del subsecuente e importante apoyo financiero de la Agencia para el Desarrollo Internacional (AID) de los Estados Unidos, así como de otras organizaciones que facilitaron la introducción masiva de nuevas semillas y la correspondiente tecnología en un gran número de países. Sin lugar a dudas, la asistencia externa representó un papel sobresaliente en la realización de la revolución verde.

Los países desarrollados han hecho ya una preciosa contribución en el campo de los problemas demográficos. Se ha elaborado una enorme cantidad de valiosos trabajos para mejorar las técnicas de control de la natalidad y destacar el problema de la población; se ha proporcionado considerable apoyo financiero para programas de planeación familiar a los países pobres que han solicitado asistencia exterior; y las posibilidades –y la justificación– de que se incremente la ayuda financiera a tales programas parecen excelentes.

Sin embargo, a fin de controlar eficazmente la explosión demográfica mundial, los países desarrollados deben realizar esfuerzos aún más vigorosos en otros dos frentes fundamentales. En primer lugar, es necesario aumentar considerablemente los traspasos de recursos de los países ricos a los pobres para ayudar a éstos a acelerar el desarrollo. No es fortuito que, con la excepción de China, la mayoría de los éxitos que, según se afirma, han tenido los programas de planeación familiar se han registrado en las sociedades que han recibido amplios recursos del exterior. Pero también se precisan

cambios fundamentales en la forma en que los países ricos se relacionan con los pobres para que haya un aumento de traspaso de recursos, como el que se necesita, en la década de 1970. Adicionales inyecciones de divisas extranjeras deben provenir del comercio, la investigación, la asistencia y, de ser posible, de nuevas fuentes globales, como las materias primas provenientes del mar, así como del intercambio internacional que realiza el Fondo Monetario Internacional a través del mecanismo de Derecho Especial de Giro.

Segundo, los países desarrollados deben tratar de asegurarse de que los traspasos de recursos se realicen de manera tal que faciliten, no que impidan una mejor distribución de servicios y modelos de empleo en los países menos desarrollados. Cuando así se les pida, los países ricos pueden ayudar a estructurar instituciones que colaboren de manera eficaz en la distribución del ingreso. La reforma agraria, las instituciones de crédito y las cooperativas son elementos que forman parte de este enfoque. Debe ofrecerse un apoyo positivo a los programas que auxilien a mujeres y hombres a llegar cuando menos al nivel primario de instrucción y gozar de los servicios médicos rudimentarios.

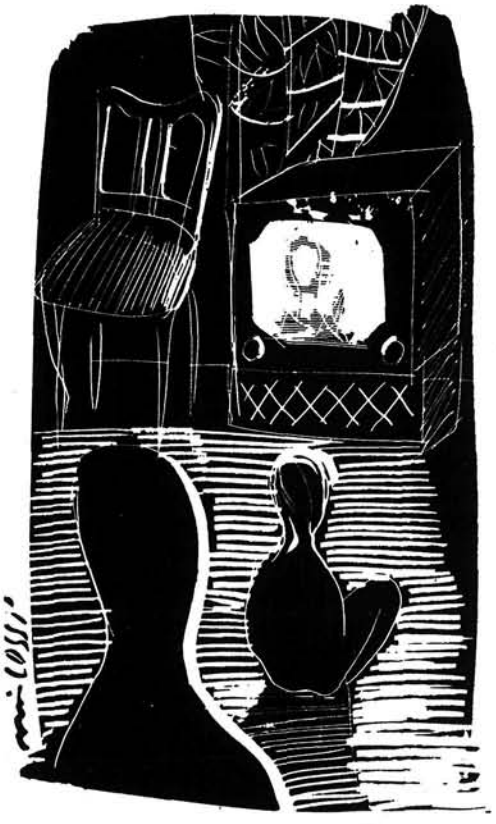
Se debe evitar la simple trasplantación de métodos sanitarios y educativos occidentales, y favorecer el desarrollo de programas apropiados a las condiciones locales. Para crear sistemas higiénicos y educativos en todos los países, pobres y ricos, debe iniciarse una cuidadosa y sistemática revisión de algunos de los programas que han demostrado su bondad en diferentes sectores y que se han aplicado en países con ideologías tan distintas como Sri Lanka, Taiwán y China.

"Más allá de la planeación familiar"

Para que los países en desarrollo logren esquivar la amenaza que constituye el acelerado crecimiento demográfico, un mayor número de familias debe adquirir un verdadero motivo para limitar los nacimientos. No es suficiente que cuenten con métodos mejorados para lograrlo. Esto quiere decir que los planificadores de la economía deben poner más atención en la influencia que las diferentes estrategias de desarrollo tienen sobre las tasas de nacimientos. No menos importante es que aquellas personas interesadas en resolver los problemas de la población deben buscar remedios contra la crisis del crecimiento demográfico que sobrepasen el alcance, bastante limitado, de los programas de planeación familiar. Las políticas que hacen llegar la sanidad, la educación y los empleos bien remunerados a los grupos de bajos ingresos pueden contribuir también a reducir el aumento de la población, acelerar el desarrollo económico y sentar así bases sólidas en la elaboración de nuevos programas de desarrollo para el futuro. Estos programas, combinados con los de planeación familiar, bien sustentados y acertadamente aplicados, pueden hacer posible la estabilización de la población de los países, mucho más que aplicando por separado cada una de las políticas.

Aunque se encontrarán formas más efectivas de limitar el número de nacimientos –como los anticonceptivos perfeccionados, de posible adquisición en el mercado– se deben atacar otros problemas relacionados con el desarrollo. Aunque la mejor distribución de las oportunidades para alcanzar un nivel de vida más elevado se ha considerado como método adecuado para reducir el crecimiento demográfico, es probable que contribuya igualmente a reducir las deficiencias nutritivas, los problemas de sanidad y el desempleo.

Esta relación complementaria no se reduce únicamente a la casualidad; también es clave tanto para adoptar políticas adecuadas, como para poner a disposición los recursos financieros necesarios para llevar a la práctica este tipo de políticas. Todavía queda mucho por aprender acerca de las relaciones directas entre la distribución de las oportunidades y la reducción global de la tasa de nacimientos. Mientras, contamos con suficientes evidencias para comprender cuál debe ser la dirección básica de esos programas y la forma de ponerlos en práctica, ya que son esenciales para elevar el nivel de vida de toda la humanidad. "El crecimiento con justicia social bien puede ser la clave indispensable para la reducción y final estabilización del crecimiento demográfico".



POLITICA DEMOGRAFICA EN PAISES DESARROLLADOS

Por George B. Baldwin

Los estudios sobre política demográfica se han enfocado principalmente hacia las corrientes que ésta sigue en países en desarrollo donde elevados índices de natalidad causan serias calamidades económicas. Ahora, un nuevo e importante estudio dirige su rayo de luz hacia países desarrollados que han logrado índices bajos de natalidad. Tomando como base esa información, el Sr. Baldwin propone algunos intentos de respuesta a la siguiente pregunta: ¿Qué pueden aprender de la experiencia de los países desarrollados los países en desarrollo que se interesan en reducir las proporciones de su aumento de población?

George B. Baldwin es subdirector del Departamento de Trabajos sobre Población y Nutrición del Banco Mundial. Anteriormente fue profesor de Economía en varias universidades estadounidenses y trabajó en la agencia de planificación nacional de Irán como especialista en problemas de educación y mano de obra. Es autor de *Industrial Growth in South India* (Progreso industrial en el sur de la India) y *Planning and Development in Iran* (Planeación y desarrollo en Irán). Este artículo está extractado de su obra *Finance and Development* (Las finanzas y el desarrollo).

Mil novecientos setenta y cuatro es el Año de la Población Mundial y muchos de nosotros nos veremos totalmente inmersos en un curso de demografía popular nutrido por un diluvio de publicaciones, discursos y conferencias. A fin de año tal vez estemos un poco hartos del tema; pero, esperamos, más ilustrados y con mayor dedicación. Pero, ¿"dedicación" a qué? Entre otras cosas, a la causa de reducir la fecundidad en los países menos desarrollados, para que puedan semejarse a los países más avanzados desde el punto de vista demográfico.

Sin embargo, antes de aspirar a esa meta, vale la pena saber algo más sobre las actuales políticas de población de los países industrializados. Para quienes deseen saber más acerca de esto –con rapidez, en forma adecuada y de fuentes autorizadas– la compañía editora McGraw-Hill ha publicado un volumen informativo de ensayos titulado *Population Policy in Developed Countries* (Política de población en países desarrollados), bajo la dirección de Bernard Berelson, conocido científico que presidió el Consejo de Población. Hay capítulos escritos por expertos nacionales de 25 países, 14 de los cuales tienen una población de 20 millones o más, a los que se añaden 11 naciones menores de especial interés. La materia que abarca es prácticamente una exposición completa: más de 1.000 millones de

habitantes, entre los que se cuenta un 95 por ciento de la población de países cuyos ingresos per cápita ascienden a 1.000 dólares o más.

El Dr. Berelson nos recuerda que un país desarrollado está "industrializado, es más saludable, tiene un nivel de educación más alto, mejores condiciones de vida, más 'modernizado' " y, casualmente, "se distingue por un índice de fecundidad más bajo". Los 25 países tienen "un patrón demográfico común: índices bajos de aumento de población y algunas de las tasas de natalidad y mortandad más bajas del mundo, en comparación con los países en desarrollo". Aunque los índices totales de fecundidad, al menos en una tercera parte de esos países, están en el nivel exacto de sustitución de la población actual –o por debajo de él– no significa que el aumento de población en esas naciones haya descendido a cero o a menos de cero. Sin embargo, en siete u ocho países la población se estabilizará en una o dos décadas, salvo que las últimas corrientes en materia de fecundidad se inviertan o sean anuladas por fenómenos de inmigración.

Definición de "política demográfica"

Política demográfica puede significar muchas cosas. Una definición de criterio estrecho limitaría el concepto a "programas adoptados explícitamente por los gobiernos en razón de sus (supuestas) consecuencias demográficas". Una definición amplia no sólo incluiría estas medidas explícitas sino todo método gubernamental adoptado para cualquier otro propósito, pero que de hecho influya en factores tales como: volumen total de población, nacimientos, muertes, movimientos migratorios, distribución geográfica y composición de la población. Ninguna de las dos definiciones es satisfactoria porque "la de criterio estrecho, referente a la intención explícita, soslaya las principales consecuencias demográficas de la acción gubernamental". En tanto que la definición más amplia "corre el riesgo de incluir prácticamente toda acción oficial".

El Dr. Berelson y sus colegas han tratado de seguir una ruta intermedia de carácter pragmático al ocuparse: 1) de políticas adoptadas con la intención de influir directamente en los fenómenos demográficos; 2) políticas adoptadas primordialmente por otras razones, pero teniendo en cuenta los factores demográficos, y 3) políticas adoptadas sin ninguna intención demográfica explícita, pero cuyas consecuencias en ese campo son significativas.

En el último capítulo, Berelson destaca varios temas importantes que surgen de los informes de los 25 países. Todos ellos, advierte, se han esforzado por reducir el índice de mortalidad, y con mucho éxito. (Por ejemplo, todavía en 1900, la mortalidad infantil en el Reino Unido era aproximadamente de 150 en mil, superior en 30 puntos al actual índice de Egipto.) En unos cuantos países ("sólo unos cuantos") *hay* preocupación debido al aumento excesivo de la población: por ejemplo, en los Estados Unidos, Inglaterra y Holanda. Pero allí la preocupación por reducir la fecundidad tiene una base diferente

a la de los países en desarrollo, los motivos son de carácter medioambiental –como la contaminación y el agotamiento de los recursos naturales– y no la merma que la explosión demográfica causa en el desarrollo económico. Sin embargo, hay países desarrollados que desean propugnar la multiplicación del género, más bien que limitarla; tal es el caso de Japón, Argentina, Francia, España, Israel, Grecia y Rumania. En ningún sitio se manifiesta con fuerza ese sentimiento, pero su existencia es inequívoca.

Considerando a los 25 países a un tiempo, Berelson concluye que "la población no es uno de los problemas de máxima trascendencia en estas naciones, si se exceptúan quizá unas cuantas que tratan de aumentar la fecundidad". Los elaborados programas de asistencia a familias numerosas que, en pro de la natalidad, se siguen en muchos países europeos, al parecer no influyen en la fecundidad. Para los enemigos de la natalidad, la falta de políticas más enérgicas para limitar el aumento de la población tal vez no sea del todo perjudicial: la mejor política por muchos conceptos muy bien puede ser el dejar las cosas tranquilas, pues los acontecimientos parecen seguir el curso que mejor les plazca; aun sin disposiciones gubernamentales.

Entre los expertos que tratan de desacelerar el crecimiento de la población en los países menos desarrollados, la actitud predominante es de desaliento al comprobar la poca efectividad de las medidas tendientes a facilitar el uso de anticonceptivos por medio de la difusión de redes higiénicas y empresas de promociones comerciales. Estos servicios directos de planeación familiar son relativamente claros y sencillos, y deben ser suministrados.

Pero la debilidad de esas actividades, *en sí mismas*, para reducir clara y considerablemente la fecundidad ha agudizado mucho el interés en proyectos piloto destinados a hacer que la gente *desee* tener menos hijos y, por lo mismo, a fomentar la demanda de servicios de control natal. Muchas de las intervenciones que "salen de los límites de la planeación familiar", y que los programadores piensan que deberían probarse en países en desarrollo, comprenden procedimientos ya experimentados en países más avanzados. La pregunta obvia que surge al llegar a este punto es la siguiente: "¿Qué puede enseñarnos la experiencia de los países desarrollados acerca de lo que da buen o mal resultado cuando se quiere producir determinados efectos demográficos en los países menos desarrollados?"

Lecciones ambiguas

La respuesta (que Berelson no da en forma explícita) es bastante clara y muy sorprendente: si los países menos desarrollados quieren saber qué medidas específicas podrían aplicar para hacer que la gente desee menos hijos, ese aprendizaje es algo que no sacarán de la experiencia de las naciones más ricas que ya han hecho la transición demográfica a índices inferiores de natalidad y de mortalidad. Efectivamente, los países desarrollados han llegado al punto demográfico en que se encuentran, en gran parte sin ayuda de planes guber-

namentales contrarios a la natalidad, y con frecuencia a pesar de disposiciones oficiales muy conservadoras con relación al suministro de servicios anticonceptivos. Aun en las regiones donde el gobierno ha tratado de contrarrestar la conducta que sigue el pueblo para reducir la fecundidad, su intervención a favor de un mayor número de nacimientos casi no ha surtido efecto.

Sin embargo, sería un error concluir que los países en desarrollo no deberían molestarse en tratar de idear intervenciones sociales sólo porque es tan difícil precisar las causas concretas de la baja fecundidad en los países desarrollados. Cada país en desarrollo tendrá que experimentar en este campo, basándose en sus propias circunstancias. Sin embargo, aunque no ofrezca respuestas claras, la experiencia de los países desarrollados podría servir para llegar a una mayor comprensión del problema y suministrar cierta perspectiva histórica. En las observaciones que siguen, basadas en capítulos del libro de Berelson sobre determinados países, he tratado de insistir en los puntos que me parecen más pertinentes con relación a las preocupaciones de los países en desarrollo.

Reino Unido

No se ha adoptado una política oficial en materia de población, pero se ha visto mucho interés público y gubernamental en los problemas demográficos, desde mediados de la década de 1960. En 1966, el presidente de la Asociación Británica para el Adelanto de la Ciencia sostuvo que Inglaterra debería tener una población de aproximadamente 40 millones, casi 13 millones menos de los que tenía entonces. En 1969 un 90 por ciento de los biólogos ingleses que asistían a un simposio especial también opinó que el número de ciudadanos británicos ya excedía el nivel óptimo de población para el país. Sin embargo, otros pensadores con igual autoridad no tardaron en expresar opiniones contrarias.

En general, las actividades del Parlamento han revelado mayor interés en disminuir o reducir la población que el mostrado por los expertos responsables de la planificación de la ampliación futura de los servicios públicos. Las encuestas de la opinión pública demuestran que más de dos terceras partes de la población en general piensan que el problema del volumen de población es "serio" o incluso "muy serio", lo cual hace pensar que la opinión pública va un paso adelante del gobierno. El hecho de que éste todavía no haya actuado presupone que su "política" es aceptar como tolerable el actual promedio de crecimiento (0,5 por ciento).

Las decisiones en materia de política demográfica resultarían más fáciles, hasta cierto punto, si se pudieran hacer pronósticos a largo plazo más o menos exactos. En sus cálculos anuales, a partir de 1955, el Actuario del Gobierno ha calculado, con ligeras variantes, que la población total para el año 1990 flutuará entre 53 millones (la población actual) y 67 millones, según las suposiciones que se hagan con respecto a la fertilidad, los movimientos migratorios internacionales

y los índices de mortalidad. Es mucho mayor la incertidumbre que rodea a la fertilidad futura que la que envuelve a los movimientos migratorios internacionales y a la mortalidad. Pero el aumento de población a largo plazo y el problema del "volumen óptimo" parecen interesar al gobierno británico mucho menos que la inmigración (recientemente puesta bajo un reglamento mucho más severo) y la distribución geográfica. Por lo que atañe a las posibilidades del control natal (incluido el aborto), la Gran Bretaña está entre los países más liberales del mundo. Desde 1972, la píldora y el dispositivo intrauterino (espiral) han sido puestos a la disposición del público, a bajo precio, por el Servicio Nacional de Salubridad.

Japón

La superficie de Japón es casi 50 por ciento mayor que la de Gran Bretaña, pero con una población que es casi el doble. Su último índice de crecimiento demográfico, a pesar de ser bajo, dobla al de las Islas Británicas (uno por ciento contra 0,5 por ciento), pero se ha discutido mucho menos la política demográfica nacional porque el tema allí es mucho más delicado. La política oficial es ligeramente favorable a la natalidad, a pesar de que en 1969 una comisión oficial fue la primera en recomendar para un país desarrollado un índice de cero aumento de población. Sin embargo, la actitud del gobierno en cuanto al suministro de servicios anticonceptivos y al aborto ha sido liberal, desde 1949, cuando se reformó la ley de abortos.

Una característica impresionante y muy conocida de las prácticas anticonceptivas japonesas es el mínimo uso de la píldora y del dispositivo intrauterino, que no se han aprobado para el uso general, si bien los médicos pueden prescribirlos por razones especiales. El preservativo de látex lo emplean aproximadamente tres cuartas partes de los matrimonios de menos de 50 años. Es decir, una cifra muy superior a la de la Gran Bretaña, donde el preservativo también es muy usado, pero tanto la píldora como el dispositivo intrauterino están aprobados y se utilizan mucho. En Japón lo mismo que en Gran Bretaña, el problema demográfico popular es la distribución geográfica, no el aumento.

Los Países Bajos

Holanda es otro país cuya densidad de población es muy grande, y sigue creciendo. Su aumento natural está apenas debajo del uno por ciento, pero durante la década pasada se vio incrementado por la inmigración, en una proporción comprendida entre el 10 y el 25 por ciento. Hubo un acentuado descenso de la fecundidad durante el decenio de 1960, especialmente (aunque el hecho sorprenda) en la región meridional católica del país. Las razones no son claras. Este es uno de los numerosos ejemplos de que aún no se tienen pruebas seguras de la influencia relativa de varios factores importantes que modifican la fecundidad. Considérese, por ejemplo, la función

que desempeña el dar empleo a las mujeres. Los Países Bajos sólo últimamente han manifestado tener una proporción muy inferior de mujeres en empleos pagados, en comparación con los demás países de Europa Occidental, y sin embargo, la fecundidad no ha sido mayor que en éstos. En cuanto al suministro de anticonceptivos, la política demográfica es liberal (píldoras y dispositivos intrauterinos se proporcionan gratuitamente, como parte de un Seguro Nacional de Salud). Pero la actitud oficial con respecto al aborto es mucho menos tolerante que en Japón o Gran Bretaña.

Finlandia y Suecia

A Escandinavia con frecuencia se la considera la región más "progresista" del mundo en materia de reproducción: lo que ella hace hoy, otros lo harán mañana. Finlandia y Suecia, con cuatro y ocho millones de habitantes, respectivamente, tal vez tienen los promedios de natalidad más bajos del mundo. Ninguna de las dos naciones tiene una política demográfica explícita, pero en ambas se practica ampliamente el control natal, y el gobierno regala los anticonceptivos (en Finlandia, desde 1972). En Suecia, el aborto está reglamentado con un criterio más conservador que en los Estados Unidos, Inglaterra o Europa Oriental. Finlandia adoptó en 1970 una política hasta cierto punto más liberal, y se triplicó el número de abortos legales. Ambos países imparten en sus escuelas cursos de educación sexual y de instrucción sobre vida familiar.

El rasgo más característico de ambos países es la falta de mayor interés público o gubernamental en los asuntos de población (si se exceptúan los asuntos migratorios). Prevalece la idea de que la política demográfica gubernamental y los servicios de control de la natalidad deben favorecer la libertad personal para decidir el tamaño de la familia, y no ponerse al servicio de metas nacionales. Sería interesante ver si esa apolítica actitud persistiría en el caso de que ambos países entraran en un período estable de auténtico decrecimiento de población.

Los Estados Unidos

Aunque la Comisión sobre Aumento de Población y Futuro de los Estados Unidos recomendó en un importante informe de 1972 un índice cero de incremento demográfico como objetivo, el gobierno ha hecho, prácticamente, caso omiso del informe, y el país no tiene una línea de conducta oficial al respecto. Sin embargo, se ha producido una revolución en las prácticas anticonceptivas durante los últimos dos o tres lustros (lo mismo que en materia de abortos, a partir de un fallo de la Suprema Corte dictado en 1973). En virtud de una ley de 1970, bien fundada, el gobierno federal extendió rápidamente los servicios de control natal a la gente pobre, tanto del campo como de la ciudad. Se ha calculado que un 80 por ciento de todos los matrimonios en edad reproductora estaban utilizando en 1970 uno o más de los

métodos "más efectivos" para prevenir el embarazo. Este hallazgo se aplicaba casi por igual a blancos y negros, católicos y no católicos.

Como resultado de esta revolución, en 1972 el nivel general de fertilidad descendió prácticamente hasta un plano de mera reposición. (Debido a otros factores, tales como mayor longevidad, todavía pasarán algunas décadas hasta llegar a una población estacionaria.) Al igual que en otros países desarrollados, la inmigración sigue desempeñando una función importante en el índice general de crecimiento demográfico. Como el proceder de los particulares parece estar alcanzando el objetivo de desacelerar el crecimiento de población tal vez no haya mucha necesidad de crear una política demográfica nacional.

Francia y Alemania Occidental

Francia tiene el índice de natalidad más alto de Europa Occidental; Alemania Federal, el más bajo. Aunque ambos países han pasado por etapas de interés en la "despoblación", esos sentimientos han perdurado más en Francia, si bien con poca fuerza. Realmente es notable el hecho de que en Alemania Occidental, donde el número de nacimientos fue inferior al de muertes en 1972, y donde el índice de reproducción ha descendido por debajo del nivel de mera sustitución, la preocupación es mínima o nula. Sin embargo, se ha despertado un nuevo interés oficial en promover la investigación demográfica: a principios de 1973 se creó un Instituto Federal para Estudios de Población. Los alemanes partidarios de estabilizar o reducir la población no presionan al gobierno para que adopte una política demográfica, ya que cualquier tentativa para definir una conducta determinada sería motivo de controversia y división.

Probablemente la mayor diferencia entre estas dos naciones radica en su actitud ante las medidas anticonceptivas. La conducta de Alemania ha sido mucho más tolerante, y se calcula que actualmente un 80 por ciento de las mujeres entre los 20 y los 45 años practican el control natal (es la misma proporción que se ha calculado para los Estados Unidos); sin embargo, los partidarios de la reforma en pro del aborto –al igual que en Francia– no han logrado tener éxito en su intento de dar a las leyes mayor liberalidad. En ambos países, la inmigración desempeña una función importante para conservar estable el bajo nivel de aumento demográfico. En Francia, la sola inmigración ha sido responsable, en los últimos años, de casi la mitad del aumento demográfico; mientras que en Alemania ha representado la totalidad del aumento.

La sustitución como meta

El Dr. Berelson es cauteloso en sus pronósticos sobre las líneas demográficas que seguirá en el futuro el mundo desarrollado. En este sentido, han habido demasiadas oscilaciones en el pasado para poder decir algo seguro del porvenir. Sin embargo, Berelson piensa

que lo probable es que cada día haya más gente que acepte como meta el nivel de sustitución: "En algunos países, elevar el nivel actual, hasta alcanzar el de sustitución; en otros, bajarlo hasta llegar a ese ideal". Semejante objetivo implica una población estacionaria en algún momento del futuro; y no se alcanzará sino varias décadas después que se haya llegado a la tasa de fecundidad adecuada. Aunque son pocos los orientadores de la opinión que desean que en su país la población se estabilice en niveles *inferiores* a la cifra actual, la mayoría de los partidarios de un aumento cero de población aceptan la idea de la estabilidad a niveles considerablemente más altos que los que prevalecen en la actualidad.

Berelson supone que la idea de una población estacionaria, en equilibrio con las reservas naturales, puede ir "divulgándose más, y siendo mejor recibida".

> El interés en los problemas relativos a la calidad de la población parece ir aumentando ahora que el ámbito de las preocupaciones cuantitativas da la sensación de haberse reducido. Hoy interesan los temas relativos a la distribución de la población, la amenidad y estética del espacio vital, la pureza del medio ambiente, la estructura de las edades de la población, y hasta las consideraciones de índole genética a largo plazo.

Para los países en desarrollo estas preocupaciones cualitativas no se transformarán regularmente en políticas de mayor interés hasta que el escueto problema de los números esté bajo control.

LA FAMILIA DE UN SOLO HIJO

Por E. James Lieberman

Las actitudes relacionadas con el tamaño de la familia tienen hondas raíces en las costumbres y en las condiciones económicas y sanitarias de una etapa agrícola anterior. Pero las nuevas circunstancias sociales y las crecientes posibilidades económicas, escribe el autor, están cambiando las actitudes tradicionales. Para muchas parejas, aduce, la familia con un solo hijo puede ser la solución más atinada. El Dr. Lieberman es un siquiatra que dirige el programa de salud mental de la American Public Health Association (Asociación Norteamericana de Salud Pública). Hemos tomado su artículo del *Development Forum* publicado por el Centro de Información Económica y Social de las Naciones Unidas.

El asunto de la población es la causa de que gente del mundo entero esté pensando en soluciones que otrora eran simplemente inadmisibles. La sola idea del control de la natalidad –es decir, el estímulo a la limitación voluntaria del tamaño de la familia– es altamente objetable en algunas partes del planeta, mientras que en otras ya es una política establecida. En ciertas áreas, los métodos técnicos de anticoncepción o el hablar del aborto son intolerables, mientras que en las demás han llegado a ser tema diario de conversación y debate. Debido al creciente conocimiento de lo limitado de los recursos del mundo, empieza a generalizarse la idea de que toda persona inteligente debería pensar en la necesidad de lograr, para el futuro, una población mundial estable.

El problema tiene muchas facetas: políticas, sociales, económicas y sicológicas. Aunque los nacimientos se redujesen en alguna forma, bien podría surgir la dificultad de tener que enfrentarnos a un mundo poblado por una nueva composición de edades: más viejos y menos jóvenes que ahora. Esto, de por sí, es objeto de muchos estudios y especulaciones. Pero los problemas más urgentes que debemos arrostrar en este "Año de la Población Mundial" son las maneras de estabilizar el creciente número de habitantes.

Una de las soluciones, quizá la más obvia, aunque por sus implicaciones emocionales la gente de muchas partes del mundo encuentra más difícil de aceptar, es la familia con un solo hijo. En todo el orbe los padres tienen la profunda convicción de que este tipo de familia es

una experiencia antinatural e inaceptable. Sin embargo, las familias sin vástagos, con hijos adoptivos o con un solo hijo son opciones viables que están de acuerdo con la conciencia del crecimiento demográfico, las presiones sobre el medio ecológico y el uso equitativo de los recursos de la Tierra. En la presente situación, cualquier reducción de la población mundial, o cualquier intento de estabilizarla, dependen de una aceptación más amplia de la familia con un solo hijo como norma social. Este artículo tiene por objeto desvanecer algunos de los mitos que obstruyen la selección racional, la libertad individual y el bienestar de la humanidad.

Mitos acerca del hijo único

"Ser unigénito es ya una enfermedad", escribía un renombrado sicólogo, allá por el año de 1900. Según todas las pruebas disponibles, tal aseveración es ahora una falacia. Probablemente también lo era entonces, pero tenía, y aún tiene, un gran apoyo popular. Las consecuencias de que dicha falacia se haya difundido ampliamente son perjudiciales tanto para las familias que se proliferan debido a la presión del mito como para la comunidad misma que debe absorber más niños en el momento en que menos se necesitan y desean. ¿Por qué es difícil que el mito desaparezca? Primero que nada, y hasta hace muy poco tiempo, porque el tener un solo hijo se consideraba un signo probable de defectos reproductivos o de poca fertilidad. Casi ninguna pareja habría admitido que deseaba tener sólo un hijo, estando físicamente capacitada para concebir más. Hace algunas generaciones, en los países industrializados, y más recientemente en los países en desarrollo, el alto índice de mortalidad infantil requería que, por regla general, una mujer diera a luz dos hijos por cada uno que sobrevivía. Este hecho, además de diversas normas culturales y religiosas, puso al hogar con un solo hijo más allá de la selección voluntaria. La mujer que podía tener más de un hijo y no lo hacía era acusada de depravación, irresponsabilidad social, o ambas cosas.

Un segundo factor es el testimonio de los mismos hijos únicos: "Fue espantoso ser hijo único; ¡estaba tan solo!" Estas expresiones se oyen de vez en cuando y bien pueden verse proyectadas en el hecho de que esas personas quieran tener un mayor número de hijos.

El tercer factor, versión moderna del primero, es la idea, basada en la sicología popular, de que, inevitablemente, al hijo único se lo echa a perder con mimos. Ese pensamiento no tiene ninguna base científica. Su base –puesto que existe– es puramente anecdótica. Es cierto que hay hijos únicos que son egocentristas, codiciosos y todo aquello que la gente cataloga como "mimado". Pero nadie se toma el trabajo de comparar la cantidad de niños, miembros de familias más numerosas, que tienen esas mismas características. (De igual manera, nadie cuenta a los unigénitos que gustan de haber crecido solos y reconocen los beneficios de ello.)

¿Cuáles son los efectos de ese mito que condena a la familia con un solo hijo? Cejas inquisitivas y preguntas tales como: "¿No tienes

otros hermanos?" O a los padres: "Ya es hora de tener un segundo hijo... El hijo único nunca aprende a compartir, tiene una idea falsa de la realidad de la vida..." Por escrito, estas consideraciones podrán parecer leves; pero, de viva voz, son muy duras. ¡Pregunte a aquellos que tienen un solo hijo y que no quieren tener otro! Algunos se salen por la tangente con respuestas vagas, como "más tarde", en lugar de repeler el ataque que se hace, así sea con cierta amabilidad, a su buen juicio y a su integridad. Algunos, sin embargo, lo solucionan procreando más hijos. He sido testigo de amargas conversaciones entre parejas jóvenes que se sienten obligadas a escoger entre tener dos hijos o no tener ninguno, porque sería malo para el hijo único criarse "solo". Se sienten aliviados, aunque incrédulos, al principio, al saber que todas las pruebas indican que existe un buen porvenir para el hijo único.

Estudios del tamaño de la familia

En una minuciosa investigación de análisis del impacto del tamaño de la familia y el espaciamiento de los hijos, publicada en *Rapid Population Growth* (Crecimiento demográfico rápido), el Dr. J. D. Wry dice:

> Los efectos que el crecido número de miembros de una familia tienen para el bienestar de los individuos –principalmente de los niños– son variados pero graves: enfermedades frecuentes, incluyendo la desnutrición, que en los niños es suficientemente grave como para aumentar las tasas de mortalidad; crecimiento y desarrollo intelectual menos apropiado; más enfermedades de los padres y definidas tensiones emocionales y económicas... Parece ser que el *amontonamiento* excesivo de hijos –demasiados hijos muy seguidos– en una familia con la madre joven tendrá a corto plazo los mismos efectos que los producidos más lentamente por un *número* excesivo de niños en familias más grandes.

Los estudios a que se refiere muestran una correlación directa entre el tamaño de la familia y un desarrollo y una salud óptimos, siendo esa correlación negativa: mientras menor sea el número de hijos, mejor será el resultado; y el mejor de los resultados será para el hijo único. (Por supuesto, esto constituye una generalización estadística, no absoluta.) Estudios más refinados dan respuesta a una objeción que debe surgir. La familia numerosa es asociada con la pobreza, un nivel socioeconómico más bajo y atención médica más deficiente. Cierto. Pero aun cuando dichos factores han sido dominados, el efecto ejercido por el tamaño de la familia es bastante significativo todavía.

La bien dirigida "Encuesta Mental Escocesa" (1947; publicada en 1953) reveló que, en promedio, el coeficiente intelectual de niños con cinco hermanos o más era de 91, o sea 22 puntos menos que el de los hijos únicos. En Candelaria, Colombia, Wry encontró que el 27 por ciento de los niños en edad preescolar tenían cinco hermanos o más y llegó a la conclusión de que en los países en desarrollo un gran porcentaje de los niños comienzan ahora la vida con una gran desventaja en cuanto al desarrollo de sus potencialidades.

No hay muchos estudios acerca de los hijos únicos y, con frecuencia, las categorías "unigénito" y "primogénito" se confunden. Puesto que el hijo único es, por definición, primogénito, y el primogénito, excepto en el caso de nacimiento múltiple, es hijo único por un cierto tiempo, la fusión de ambas categorías no falsea mucho el panorama. Luego, como los hijos únicos representan una parte tan pequeña de la población –probablemente menos del cinco por ciento– se tiene que hacer uso de una muestra muy extensa para llegar a conclusiones estadísticas. Sabemos, por ejemplo, que primogénitos y unigénitos tienden a obtener grandes logros. Están más avocados (en proporción a su número) a alcanzar altos grados ecadémicos, a seguir una profesión, a destacar en su carrera y a ser *más equilibrados.* Esto último reviste especial importancia ya que da respuesta a la objeción de que "ser inteligente y eminente no es lo mismo que ser feliz y equilibrado". En realidad los estudios indican que los unigénitos tienen menos probabilidades de necesitar consejo de un sicólogo, aunque se diga que los padres de un solo hijo son "sobreprotectores".

Se han hecho estudios en gran escala del tamaño de la familia, en Escocia, Inglaterra, Holanda, Sudáfrica y los Estados Unidos. En otras partes de mundo, el conocimiento de la importancia que tienen el tamaño de la familia y el espaciamiento de los hijos sobresale, sin mecesidad de citar complicadas estadísticas.

Esto lo demuestran, por ejemplo, la práctica común del aborto y las reglas de abstinencia o separación marital desde el nacimiento de una criatura hasta el destete.

Un distinto tipo de investigación es el relativo a las preferencias de las familias en cuanto al número de vástagos. Casi en todas partes el número ideal de hijos va de dos a cuatro. No hace mucho tiempo se tuvieron informes que indican un marcado cambio en las preferencias en los Estados Unidos. De un número casi insignificante de personas que decían que querían tener un solo hijo, o que no querían tener ninguno, la proporción entre los estudiantes de las universidades ha aumentado en un 15 por ciento o más. Si bien las familias muy pequeñas aún son las menos populares, el repentino aumento en popularidad es muy significativo. Sin duda en esto intervienen muchos factores, a saber: la propia experiencia familiar, normas culturales, factores económicos, oportunidades de educación y ocupación para la mujer y el reconocimiento de las presiones ecológicas y demográficas.

Empezando una Familia

Recientemente, en los Estados Unidos ha habido otro importante cambio relativo a la fertilidad, y es el hecho de que muchas jóvenes posponen el matrimonio y luego, la maternidad. La proporción de mujeres que permanecen solteras después de los 21 años ha aumentado en más de un tercio en unos cuantos años. Esto refleja varias cosas: mejores oportunidades de educación y de trabajo para la mujer; más aceptación social de la libertad femenina; fácil obtención

de anticonceptivos y aborto seguro y legal; escepticismo hacia el matrimonio y la paternidad tempranos; saber que hay que prepararse para la paternidad; y el reconocimiento de las presiones demográficas. El matrimonio y la paternidad tardíos no deben considerarse, por ningún concepto, como un rechazo a esas formas institucionales de primordial importancia. Todo lo contrario, el comportamiento de los jóvenes a este respecto muestra una mayor apreciación de la importancia de la familia que la demostrada por sus predecesores.

Hasta hace poco tiempo, el enfoque común de la planeación familiar era el de tener hijos hasta llegar al número deseado, y detenerse ahí. La nueva actitud reconoce la importancia de planear el primer embarazo. Desde los puntos de vista de la salud mental y el ajuste matrimonial, no ha habido dudas a este respecto: la transición hacia la paternidad es algo sumamente importante. Quizá lo más importante para los adultos jóvenes; y, sin embargo, hasta ahora ha estado ocurriendo por accidente en la mayoría de los casos. Desgraciadamente, la educación y los servicios relacionados con la planeación familiar todavía son deficientes, de tal manera que el aborto es el recurso de urgencia usado por las jóvenes. (La mayoría de las que abortan en los Estados Unidos son mujeres embarazadas por primera vez, solteras, que hasta después del aborto no reciben instrucción acerca de los anticonceptivos.)

Es hasta cierto punto paradójico que, aunque casi todas las parejas quieren tener un hijo, por lo menos, hasta hace poco, por regla general, el primer hijo no había sido "planeado". Retardando la paternidad, las parejas pueden tener una oportunidad de tomar una decisión sobre si quieren o no tener hijos, cuántos y cómo espaciarlos. Es indudable que aumentará la proporción de parejas sin hijos, así como la de aquellas que tendrán una sola criatura.

Implicaciones Económicas

En el mundo de hoy, como en el de mañana, el hijo único no está en desventaja; por el contrario, la criatura, varón o hembra, se verá favorecida. No es necesario dotar de un hermano al primogénito para enseñarlo a ser sociable. A las minorías étnicas que suponen que el número significa fuerza hay que decirles que el conflicto entre la cantidad y la calidad parece haberse agudizado con la modernización de la sociedad y con la creciente importancia del aporte, o apoyo, educativo y económico para cada niño. (Por supuesto, no está bien que un grupo diga a otro cuántos miembros debe tener cada una de sus familias. Esas son decisiones sumamente personales que deben tomarse con el consentimiento de los individuos involucrados.)

Recientemente los economistas se han planteado una pregunta: "¿Cuál es el valor de un niño?" Por supuesto, no se trata de un asunto puramente económico, pero es muy diferente observar a un matrimonio con un solo hijo en una era de baja mortalidad infantil, dispersión geográfica de familias numerosas y dependencia económica

(productividad negativa) a lo largo de la adolescencia, que a uno del pasado, cuando las tasas de mortalidad infantil eran altas, y los niños que sobrevivían trabajaban desde edad temprana y permanecían con sus padres indefinidamente.

Hay personas que temen que el unigénito muera o salga malo, y por ello juzgan necesario tener dos hijos, como medida de "seguridad". Conviene subrayar, sin embargo, que el tiempo de mayor riesgo es el principio de la vida, por lo cual los padres pueden tener mucha confianza en que su hijo sobrevivirá, después de dos o tres años.

Por supuesto, nadie puede garantizar el resultado con un determinado niño; pero, como ya hemos visto, las probabilidades de éxito son generalmente mayores para el hijo único. No es necesario decir que los padres tendrán que proporcionar a los unigénitos buenas oportunidades de congeniar con los demás, y que es muy posible que estén en condiciones de hacerlo. Deberán buscar un vecindario apropiado y un buen jardín de niños. A los que sientan la nostalgia de familias grandes habrá que hacerles notar que, con mucha frecuencia, los hermanos no son los mejores compañeros de juegos.

Resumiendo, no existe ninguna razón sólida para denigrar a las parejas que tienen un solo hijo. Hay muchas personas que serían buenos padres para un solo hijo y malos para más de uno, o que serían felices con un hijo y menos felices con más, o que harían una mayor contribución a la comunidad con un solo hijo que la que harían con más. Dejemos que cada pareja elija lo que juzgue más conveniente. Está probado que si a la gente se le da la información exacta y medios para decidir, hará elecciones congruentes con la estabilización de la población.

NUTRICION Y TASAS DE NATALIDAD

Por Roy E. Brown y Joe D. Wray

Los autores ponen en duda las difundidas creencias de que los últimos adelantos médicos han sido la causa principal de una decreciente tasa mundial de mortalidad y, por ende, de la presente "explosión demográfica". Más importante, alegan, es el mejoramiento de la alimentación infantil, la cual, de hecho, lleva a un descenso en las tasas de natalidad. Su artículo está tomado del cuaderno de enero pasado de *Natural History*.

Roy E. Brown es pediatra de planta del Hospital Monte Sinaí de Nueva York, y maestro de su departamento de servicio médico común. Practicaba como pediatra en varios países en desarrollo cuando percibió las relaciones que existen entre la desnutrición, el tamaño de la familia y las tasas de fecundidad. Joe E. Wray vive ahora en Tailandia, donde funge como asesor del programa de sanidad rural del hospital-escuela Ramathibodi, de Bangkok. Es miembro del personal de campo de ciencias biomédicas de la Fundación Rockefeller, especializado en educación pediátrica, nutrición infantil y planeación familiar.

La mayoría de la gente acepta el concepto de que la explosión demográfica se basa en una baja de los índices de mortalidad, no en un alza de los de natalidad. La literatura concerniente a los países en desarrollo está repleta de aseveraciones hechas por economistas, demógrafos, sociólogos, políticos y autoridades sanitarias, en el sentido de que al disminuir las tasas de mortalidad y aumentar el número de sobrevivientes, los servicios higiénicos son responsables de la crisis demográfica. Como resultado, los integrantes de la ciencia médica se interesan cada día más en la tecnología y la propalación masiva de conocimientos anticonceptivos.

Esto quizá no sirva. Los programas de planeación familiar sólo son efectivos si se acompañan con factores culturales, médicos y personales, siendo el más importante, según nuestro criterio, el de una nutrición apropiada durante la lactancia y la infancia.

¿Existe realmente una relación causal entre las disposiciones sanitarias públicas y el aumento de población? Al mejoramiento de las técnicas de inmunización, los antibióticos y las drogas contra la tuberculosis, a la erradicación del paludismo y el mejoramiento de la sanidad pública se atribuye el descenso en las tasas de mortalidad. Sin embargo, no hay muchas pruebas de ello. Si acaso, en muchas partes del mundo tales medidas de salud pública han aportado una mínima contribución.

A fines del siglo XVIII, por ejemplo, Inglaterra y Gales experimentaron un descenso en las tasas de mortalidad y un correspondiente aumento de población, un cambio que algunos historiadores han atribuido a adelantos médicos. Cierto, había hospitales más grandes,

Copyright © 1974, The American Museum of Natural History.

más clínicas y más practicantes. Pero, con excepción de la vacuna antivariolosa, los médicos del siglo XVIII no tenían, en el campo de la tecnología, mucho que ofrecer a sus pacientes.

Recientemente, después de un programa antipalúdico, en Ceilán (ahora Sri Lanka) se observó un dramático descenso en las tasas de mortalidad y de aumento en las de población. Sin embargo, la disminución de las tasas de mortalidad en Ceilán data de 1905 y muestra una acelerada tendencia a bajar a finales de la década de 1940, totalmente independiente de los programas para erradicar el paludismo. Peritos que han estudiado ese programa han llegado a la conclusión, basándose en pruebas existentes, de que el control del paludismo no es la única causa de la explosión demográfica en Ceilán.

Antibióticos, sanidad y desnutrición

¿Qué decir de los antibióticos? Ciertamente, se opina que el florecimiento de las llamadas drogas maravillosas ha representado un papel primordial en la baja de los niveles de mortalidad. La penicilina se usó por primera vez en 1944 y el uso de los antibióticos de amplio espectro se generalizó después de 1948. Sin embargo, en el mundo occidental las tasas de mortalidad han ido disminuyendo desde la década de 1950, y de 1920 a 1949 han mostrado un descenso del 35 por ciento más o menos, en los países en desarrollo, lo cual no indica relación causal alguna entre el descubrimiento de los antibióticos y el descenso de la mortalidad. De hecho, los antibióticos no se usan ahora mucho en los países en desarrollo debido a su costo y a la escasez de servicios médicos.

El mejoramiento de la sanidad se refleja claramente tanto en la morbilidad como en la mortalidad infantil. Desde 1968, sin embargo, la Organización Mundial de la Salud llegó a la conclusión de que "el 90 por ciento de la población del mundo en desarrollo no cuenta con agua potable apropiada", lo cual es una importante prueba de que dichas mejoras no han sido significativas en el descenso de las tasas de mortalidad globales.

¿Cómo explicar ese descenso? Quizá el más importante factor sea la elevación de los niveles de vida, especialmente el de la nutrición. Constantemente, advertimos que cuando en una determinada región las defunciones disminuyen y la población aumenta, ha habido un cambio en la calidad y disponibilidad de los alimentos. Conviene recordar que aunque un país pueda ser pobre y tenga miles de niños desnutridos, el común de la gente quizá esté mejor alimentado que hace 50 ó 100 años.

Contrariamente, en áreas donde las tasas de mortalidad infantil son todavía altas, la desnutrición está muy difundida. De los 60 millones de defunciones que se registran anualmente, 30 millones corresponden a niños menores de cinco años, y en la mitad aproximadamente de éstos, o sea 15 millones, la muerte es el resultado de una combinación de desnutrición e infecciones.

El mejoramiento de la alimentación general de un pueblo tiene una influencia más notable en la mortalidad infantil que la del aumento de médicos o, por implicación, el mejoramiento de los servicios de sanidad. El Dr. Harald Frederiksen estudió datos obtenidos en 21 países, generalmente bien desarrollados, entre 1950 y 1960. Descubrió que las tasas de mortalidad infantil disminuyeron notablemente al aumentar la ingestión de calorías y proteínas animales, mientras que la situación sólo mejoró un poco al aumentar el número de médicos.

Finalmente, un estudio realizado en dos pueblos de Guatemala, en un período de cinco años, mostró que una ligera mejoría en la nutrición de los niños en edad preescolar produjo un mejoramiento en la salud y la longevidad igual, o mejor, que el producido por una extensa y costosa atención médica y programas de salubridad pública que no incluyeron cambios en la alimentación de los niños.

Progreso nutricional y social

Una mejor nutrición sólo se puede obtener junto con otros cambios. En los países occidentales, desde hace dos siglos la nutrición ha ido mejorando y las tasas de mortalidad, descendiendo. Durante ese mismo período, aparece el principio de una administración gubernamental estable, reducción de hambres catastróficas, apoyo a la producción de alimentos y ampliación de redes de carreteras y vías férreas, lo cual permite una distribución más eficiente de los víveres.

Roy E. Brown, coautor de este artículo, trabajó como pediatra en varios países de Asia.

Al mismo tiempo, se desarrollaron programas de riego y aumentaron las vías de comunicación y comercio. Al expandirse la educación elemental, disminuyó el analfabetismo; no es de sorprender que los estudios recientes hayan demostrado que hay menos desnutrición entre los hijos de mujeres que saben leer y escribir.

La introducción de nuevos alimentos puede ser básica, y los cambios de alimentación han estado históricamente relacionados con los aumentos de población. Durante los 100 años que siguieron a la introducción de la papa blanca en Irlanda, la población de ese país casi se triplicó. En los países escandinavos, la reciente introducción de la harina enriquecida aminoró la mortalidad infantil, y la explosión demográfica que afectó a China en el siglo XVI estuvo relacionada con el extenso uso del maíz, la papa y el cacahuate.

Impacto de las tasas de natalidad

Pero si una mejor alimentación significa que sobrevivirán más niños, ¿no es posible que, en última instancia, el aumento de población ejerza presión para bajar los niveles de nutrición? Todo lo contrario; al declinar las tasas de mortalidad infantil, los padres reaccionan teniendo menos hijos y, en cambio, si las tasas de mortalidad infantil son altas, los padres se muestran menos interesados en la planeación de la familia.

En Bangladesh hay, de hecho, pruebas de una relación directa entre la muerte de un niño y la probabilidad de un nuevo nacimiento dentro de la familia durante el siguiente año. Un estudio efectuado en una comunidad egipcia demostró que las madres que han perdido un hijo, por lo menos, desean tener una familia más numerosa que las madres que no han perdido ningún vástago. También en Filipinas se ha podido comprobar que la fertilidad total es menor tanto entre parejas que no han perdido hijos como en comunidades cuyas tasas de mortalidad son inferiores.

La relación entre mortalidad y fertilidad ha sido llamada "transición demográfica". En Occidente, las tasas de mortalidad empezaron a descender lentamente en el siglo XIX y en la misma forma bajaron las tasas de natalidad. En un período de muchas décadas, los países occidentales sufrieron una transición que iba de altas tasas de nacimientos y muertes a las de poca mortalidad y de fertilidad, y de ahí que el crecimiento demográfico neto nunca llegara a ser excesivo. Sin embargo, en los países hoy en desarrollo, las tasas de mortalidad han disminuido rápidamente; pero las tasas de natalidad permanecen en altos niveles. Como resultado, no ha habido transición y tenemos la explosión demográfica.

Debe subrayarse que las tasas de fertilidad declinaron en Occidente desde antes que la tecnología de los anticonceptivos se aproximase siquiera a la conveniencia y efectividad que se requieren ahora; antes de que existieran los servicios de planeación familiar, cuando, de hecho, publicar cualquier información sobre anticonceptivos podía traer consigo el encarcelamiento. En tiempos en que no

se había oído hablar de políticas de población y muy poca gente se preocupaba por los efectos que, a la larga, tendría el crecimiento demográfico, las tasas de natalidad decrecían casi tan rápidamente como las de mortalidad.

Esto solo se puede interpretar como un indicio de que miles y miles de familias querían menos hijos y que, de algún modo, lo lograban. Su decisión fue tan eficaz que, como efecto colateral, disminuyeron los niveles nacionales de fertilidad. En vista de los métodos que entonces se tenían para la limitación, debió existir una poderosa y constante fuerza que motivó ese descenso de fertilidad en grandes grupos de población. Tales motivaciones deben haber surgido de situaciones de la vida diaria, de la conciencia de los problemas que se hacían sentir a nivel familiar, como es el "tener más bocas que alimentar".

Esto mismo es cierto en los países en desarrollo en muchos casos en que, después de descender la mortalidad, hubo una disminución de la fertilidad y no hubo programas específicos de planeación familiar. La gente actuaba por propia iniciativa, como sucedía originalmente en la transición demográfica. Además, el retraso en tiempo es más corto contado en años que en décadas.

En Singapur, después de la Segunda Guerra Mundial, al descender rápidamente las tasas de mortalidad infantil, las de natalidad no se quedaron atrás en su descenso. En la zona rural de Turquía, donde las tasas de mortalidad infantil declinaron repentinamente después de que se estableciera un amplio programa, las tasas de fertilidad permanecieron iguales por algún tiempo, para después descender, reduciendo así el crecimiento demográfico neto. Analizando los datos de Ceilán, Harald Frederiksen llegó a la conclusión de que

> hay una correlación tan notable entre las anteriores tasas de mortalidad y los presentes niveles de natalidad, que los bajos niveles de mortalidad merecen ser considerados un factor coadyuvante, si no es que requisito para una baja natalidad, tanto en los países en desarrollo como en los desarrollados.

Alimentación y supervivencia

No cabe duda de que un aumento en el tamaño de la familia está íntimamente relacionado con la morbilidad y, por ende, con la mortalidad, lo que, a su vez, mantiene un alto nivel de natalidad. Esto se ha comprobado entre los indios del Punjab, lo mismo que entre todas las clases sociales de Inglaterra. Si una familia es más grande, las limitaciones económicas son mayores, hay más hacinamiento y peores condiciones sanitarias. Los niños que pertenecen a familias numerosas tienen más probabilidades de ser desnutridos que aquellos que vienen de familias cortas. En los países en desarrollo, el trabajador ve aumentar muy poco su salario a medida que pasan los años, mientras que la familia puede crecer bastante. Tratan de compensar este desequilibrio gastando en alimentos una parte mayor de sus salarios; pero, de hecho, los gastos de alimentación per cápita descienden, y aumenta la desnutrición de los niños.

Además del tamaño de la familia, el espaciamiento de los hijos es muy importante. La mortalidad, tanto en los hijos como en las madres, es menor cuando hay un intervalo mayor entre los alumbramientos. Los constantes embarazos, acompañados de largos períodos de lactancia, dan como resultado la necesidad de proteínas de mejor calidad en la dieta materna. Como en muchos países en desarrollo esas necesidades no pueden suplirse, nos encontramos con el "síndrome de agotamiento materno" que contribuye al nacimiento de criaturas desmedradas, una lactancia pobre y, frecuentemente, muertes prematuras entre las mujeres.

Obviamente, si no existe una planeación familiar eficaz, la madre que tiene hijos a intervalos cortos está predispuesta a tener más. Mientras más criaturas haya en un hogar, mayor será el desgaste de energía de la madre, quien deberá poner toda su capacidad en juego a fin de cuidarlos como es debido.

El Dr. Benjamin Biel, de la Federación Internacional de Planeación Familiar, describe el "infanticidio inconsciente": una madre que cuida cada vez menos de los hijos sucesivos, con lo que la mortalidad infantil aumenta a la par que los nacimientos.

La continua y pesada carga de las enfermedades y de la muerte en algunas partes del mundo es un obstáculo para la rápida aceptación de los servicios de planeación familiar. Esperar que las personas que tienen que soportar altos niveles de morbilidad y mortalidad acepten rápidamente la planeación familiar, es olvidar la realidad de la vida.

Por esas razones, hasta que no se haya establecido mejor atención médica para los niños, no será fácil regular las tasas de natalidad. El desarrollo económico, tanto como la producción y distribución de más alimentos, reducirá la mortalidad, aunque no exista ningún tipo de asistencia médica. Dotado de una constante provisión de alimentos, cada individuo tendrá más alimento a su disposición, lo cual aumentará sus posibilidades de sobrevivir.

Mientras demógrafos y economistas traten de resolver los problemas demográficos haciendo hincapié exclusivamente en el control natal, el éxito en la limitación del crecimiento de la población será fugaz. Los programas conjuntos de nutrición, sanidad y servicios de salubridad pública deberán formar parte de todo programa nacional de planeación familiar.

Si queremos limitar el crecimiento demográfico, lo primero que tendremos que hacer será disminuir las tasas de mortalidad infantil. Cuando éstas permanecen en altos niveles, la fertilidad continúa siendo alta; pero cuando las tasas de mortalidad descienden visiblemente, la fertilidad disminuye en unos cuantos años. La mejor manera de disminuir las tasas de mortalidad estriba en elevar los niveles de nutrición. Por lo tanto, el mejor programa de control natal consiste, simplemente, en alimentar a los niños.

¿TENIA RAZON MALTHUS?

Por Roger Revelle

A lo largo de la historia –escribe este distinguido científico– la sociedad ha encontrado modos de eludir el inexorable "principio de la población" de Malthus, de que sólo el hambre, la guerra y la enfermedad pueden evitar que la humanidad acabe con las existencias de alimentos. Hoy, argumenta, tenemos conocimientos e incentivos para lograr equilibrio por medio de métodos más apacibles.

Roger Revelle es profesor de Política Demográfica y Director del Centro de Estudios de Población de la Universidad Harvard. Ha sido asesor de los gobiernos de los Estados Unidos y de la India. Es autor de *Survival Equation: Man's Resources and His Environment* (Ecuación de supervivencia: Los recursos del hombre y su medio) y –en combinación con Hans Landsberg– *America's Changing Environment* (El medio cambiante de los E.U.A.). Su artículo se publicó por primera vez en algunos diarios estadounidenses como parte de un programa experimental titulado "Cursos por Periódico", desarrollado por el servicio de extensión de la Universidad de California en San Diego.

El suceso más elemental de nuestros tiempos es el enorme crecimiento demográfico que ha tenido lugar en el mundo en los últimos 25 años. Hoy, en 1974, hay 1.000 millones de seres más que en 1947. Para 1985 habrá otros 1.000. Al principiar el siglo XXI es muy probable que la población de nuestro planeta llegue a los 6.000 ó 7.000 millones, cerca del doble de la actual.

Este crecimiento, en apariencia inexorable, ha revivido las ideas de un clérigo inglés del siglo XVIII, Tomás Roberto Malthus, que pensaba que la población siempre crecería hasta un nivel establecido por la provisión de alimentos disponible. "El hambre gigantesca e inevitable está al acecho tras el vicio y el dolor para limitar el número de la humanidad –dijo– porque la pasión entre los sexos es tan grande que los seres humanos producirán más y más hijos, hasta que no haya comida suficiente para todos". Estas fueron las palabras de Malthus en el *Principio de la Población,* y continúa:

> . . .el poder de la población es infinitamente mayor que el poder que tiene la Tierra para producir el sustento del hombre; por lo tanto, debe existir un poderoso y constante freno sobre la población, relacionado con la dificultad de sustento.

En nuestros tiempos, nuevos refinamientos se han añadido a las ideas de Malthus. Se ha dicho que los recursos naturales: metales,

Copyright © 1973 por la Junta de Gobierno de la Universidad de California.

energéticos, agua y tierra, son insuficientes para permitir que los habitantes que hoy tiene la Tierra –sin decir el número de personas que, ya predijimos, la habitarán en el año 2000– se acerquen siquiera al nivel de vida de los países ricos. Aunque pudieran, la contaminación y el deterioro del medio ambiente que causarían, harían inhabitable el planeta. Para finalizar, se arguye que el rápido crecimiento demográfico ya está causando en los países pobres condiciones de vida que cada vez serán peores.

Examinemos primero esta última aseveración. El hecho es que las condiciones de vida de la mayoría de los habitantes de los países pobres han mejorado, en forma moderada, durante los últimos 30 años. El presente crecimiento demográfico rápido ha sido causado, en primer lugar, por un notable descenso en las tasas de mortalidad (número anual de muertes por cada 1.000 habitantes). En muchos países, el número total de muertes, no sólo las tasas de mortalidad, es en la actualidad menor que hace 30 ó 40 años.

El promedio de vida de un recién nacido nativo de Bangladesh, en 1920, era de más o menos 22 años. El mismo que tenía un bebé en Roma, en tiempos de Augusto hace casi 2.000 años. En 1968 el promedio se elevó a 50 años. Este acentuado descenso de la mortalidad fue el resultado de la combinación de muchos factores: nuevos pozos en las aldeas, lo que proporcionó provisión de agua más pura; mejor nutrición; antibióticos disponibles, al igual que una reducción de casos de paludismo y viruela.

Ingresos y población

¿Qué pasa con las provisiones alimenticias? A pesar de que la producción global de alimentos aumentó notablemente en los países pobres entre 1935 y 1965, hubo un descenso en su producción *per capita*. Como resultado de las importaciones de alimentos realizadas después de la Segunda Guerra Mundial, su provisión de alimentos *per capita* se incrementó en aproximadamente cinco por ciento.

Con la llegada de la "Revolución Verde", desde 1965 ha ocurrido otro cambio: el uso común de fertilizantes químicos y las nuevas variedades de alto rendimiento de trigo y arroz. En la India, por ejemplo, la producción de alimentos *per capita* se ha incrementado en 13 por ciento en los últimos siete años. En 15 ó 20 años las economías globales han experimentado un rápido aumento a tasas que corresponden al doble de la producción total de los países menos desarrollados.

El número de bocas aumenta a gran velocidad y los ingresos *per capita* ascienden con menos rapidez que el producto nacional bruto. Aunque su población fuese constante, la brecha entre los ingresos de los países pobres y los ricos aumentaría en cantidades absolutas de un año a otro. El aumento anual del ingreso del estadounidense promedio es mayor que el ingreso total del hombre promedio en la India. Pero la situación es peor porque el aumento de la población es tres o cuatro veces mayor que en los países ricos.

Tanto en éste como en otros sentidos, el rápido crecimiento demográfico está deteniendo el progreso económico y social de los países pobres al aumentar la carga de los miserables y frustrar sus aspiraciones de progreso.

Pero –dicen los neomalthusianos– tales aspiraciones serían desesperadas a causa de lo inadecuado de los recursos para la industrialización. Si acaso se les industrializase sin duda se provocaría la contaminación, destructora de la vida. Para elevar a todos los habitantes del planeta a la altura del nivel del europeo promedio, debería triplicarse la cantidad total de metales, carbón y petróleo utilizada en un año para satisfacer las necesidades de la actual población del mundo; y sextuplicarse para la población esperada en el año 2000. En las necesidades mundiales, en lo que a metales se refiere, el aumento requerido en las tasas de consumo no parece problema muy difícil. Hemos aprendido a utilizar metales de graduación cada vez más baja y con energía suficiente podríamos extraer de las rocas comunes todos los necesarios. Pero, he allí el meollo: suficiente energía. Los E.U.A. ya enfrentan una crisis de energéticos a causa de la demanda de petróleo y gas natural en constante aumento, porque los estadounidenses han consumido gran parte de sus reservas. Muchos países pobres tienen reservas escasas de petróleo y carbón, insuficientes para sostener la industrialización. La humanidad está entrando en la "era atómica" a tiempo preciso para cubrir las necesidades de países ricos y pobres.

El uso de todo tipo de energía, incluso la atómica, trae consigo el peligro de la contaminación. Pero casi todos los tipos de contaminación pueden prevenirse mediante el uso de más energía para limpiar azufre, petróleo y carbón; recoger la ceniza de las chimeneas; distribuir el calor sobrante hacia donde no cause daño y eliminar los desechos radiactivos. La cantidad de energía que se requiere para reducir la contaminación es posible que no llegue al 10 por ciento de toda la utilizada.

Un constante descenso

Por lo consiguiente, la situación de la humanidad no es tan mala, a corto plazo. Pero el fantasma malthusiano aún acecha como pesadilla para el futuro lejano. Si las presentes tasas de crecimiento demográfico continúan así, para el próximo siglo la población de la Tierra llegaría a los 50.000 millones. Tarde o temprano el número de seres humanos tendería a nivelarse –resultado de un aumento en las tasas de mortalidad, acorde con las de natalidad y ocasionado por una extendida desnutrición– y el proceso sería terrible.

¿Cómo podremos conjurar al fantasma malthusiano? Ya se ha logrado, al menos temporalmente, en los países ricos. En los Estados Unidos las tasas de natalidad han sufrido un constante descenso en los últimos 10 años. En 1973 llegaron a un nivel de remplazo, o sea el número de nacimientos necesarios para que la población permanezca estacionaria. En los países socialistas de Europa Oriental,

entre los nucleos eslavos de la Unión Soviética, al norte de Italia, Japón y los países nórdicos han ocurrido cambios similares. Si continúan los presentes patrones de fertilidad, el número de personas se estacionará eventualmente o quizá decline.

En varios países en desarrollo, las tasas de nacimientos también están disminuyendo muy rápido, incluso en el más extenso de ellos, la República Popular China (aunque los informes procedentes de China son fragmentarios). Está mejor documentado un informe que indica clara disminución de la fertilidad en los países pequeños que están en las márgenes del Asia: Corea del Sur, Taiwán, Hong Kong, Singapur, las islas Riukiu y entre la población china de Malasia. Las tasas de nacimientos también disminuyen en Ceilán, Chile, Costa Rica, Guyana, Trinidad-Tobago, Albania; y algunas islas como Puerto Rico, Jamaica, Barbados y Fiji. En todos estos países se ha realizado un notable desarrollo socio-económico, basado en parte, al menos, en las inversiones de los países desarrollados. La mayoría de los pobres del mundo –que llegan a los 1.800 millones– viven en ocho grandes países: China, India, Bangladesh, Paquistán, Indonesia, Brasil, Nigeria y México. Con la incierta excepción de China, las tasas de nacimiento en esos países son todavía altas, de 38 a 40 por mil. Con las tasas actuales de crecimiento sus poblaciones se duplicarán en 20 ó 30 años. En cada uno de ellos, menos en Brasil, los gobiernos se han alarmado por el crecimiento demográfico y casi todos llevan a cabo programas educativos y de planeación familiar, en un esfuerzo para reducir las tasas de natalidad.

Limitando la fertilidad

El control de la natalidad no es algo nuevo. El *Principio de la Población* de Malthus asevera que el comportamiento humano obedece, de manera total, a fuerzas biológicas. Sin embargo, en la segunda edición de su ensayo, Malthus reconoce un *Principio de Abstinencia Moral* o *Freno Preventivo* del crecimiento demográfico. Desde la edad de piedra hasta nuestros días, muchas sociedades e individuos han ideado costumbres, creencias y tabúes que han controlado a la población humana en niveles muy por debajo de la fecundidad biológica. Sociedades que sobrevivieron a la edad de piedra, como la de los bosquimanos de Kung, moradores del desierto de Kalahari, en Sudáfrica, limitan rigurosamente el número de niños por medio del infanticidio, el aborto, varios métodos contraceptivos autóctonos y la sumisión a tabués sexuales. Es posible que el control de la fertilidad haya sido uno de los primeros inventos de la humanidad. Desde el punto de vista del bienestar humano, fue más importante que el descubrimiento del fuego.

La invención de la agricultura, hace alrededor de 8.000 años, marcó el fin de la edad de piedra. Un número 100 veces mayor de personas podía vivir en un espacio de más o menos 2.500 metros cuadrados de suelo cultivado, que las sociedades nómadas dedicadas a la caza y pesca. La revolución industrial y agrícola de los últimos

300 años, elevó de nuevo el número de gente que puede subsistir.

En ambos casos, los conglomerados humanos han crecido en proporción a las posibilidades del medio ambiente que ellos mismos han creado. Esto no quiere decir que la población siempre haya aumentado sin trabas sociales o individuales. Por ejemplo, existen muchas pruebas de que las sociedades islámicas controlaban la natalidad en la Edad Media. Se sabe que Irlanda ha mantenido su población casi constante desde la gran hambre de 1840, en parte por emigración, pero de manera principal mediante matrimonios tardíos y un alto nivel de solteros de ambos sexos.

Es evidente que los humanos son capaces de regular voluntariamente su fertilidad, cuando les parece conveniente hacerlo. Hoy, ese control parece esencial. Sin él, las probabilidades de cualquier mejoramiento futuro serían mínimas y el fantasma malthusiano se uniría a los cuatro Jinetes del Apocalipsis: peste, hambre, guerra y muerte, en un triunfante cabalgar por todo el orbe.

EL ARTE DE JACKSON POLLOCK

Por William Rubin

El estilo de "expresionismo abstracto" que dominó la pintura norteamericana vanguardista de la posguerra está inseparablemente vinculado con la obra de Jackson Pollock, el artista más ampliamente aclamado de su época. Pero el autor de este artículo advierte que tanto los admiradores como los detractores de Pollock han aceptado mitos engañosos acerca de sus pinturas. En este ensayo extractado de *The New York Times Magazine*, trata de poner las cosas en orden refutando esos mitos.

William Rubin, antes profesor de Historia del Arte en la escuela superior Sarah Lawrence, es actualmente el principal encargado de la conservación de pinturas y esculturas del Museo de Arte Moderno de Nueva York. Es autor de *Dada and Surrealist Art* (Arte dadaísta y surrealista) y de varias monografías sobre Picasso, Matta y Frank Stella.

Cuando empecé a dar clases, alrededor de 1950, en son de broma llamábamos a la introducción a la historia del arte "Pirámides a Picasso". Diez años más tarde el nombre había cambiado a "Pirámides a Pollock". A decir verdad, en 1950 difícilmente podía decirse que Picasso fuese el más "avanzado" (o el mejor) artista del mundo; como tampoco lo era Jackson Pollock para la fecha en que murió, en 1956. Pero en su período respectivo, eran los últimos pintores cuya obra parecía haber encarnado épocas enteras.

Esta dimensión "de época" no era sólo cuestión de calidad, pues ella sola no habría bastado para justificar la reputación de que Pollock goza hoy. Aunque en lo personal yo lo considero el mejor pintor que haya llegado a la madurez desde la Segunda Guerra Mundial, se podría decir lo mismo en este sentido de otros pintores hasta de las filas del movimiento expresionista abstracto, del que Pollock formaba parte. De hecho todavía hay unos cuantos críticos influyentes que consideran a Willem de Kooning superior como pintor a Pollock, opinión compartida en realidad por una mayoría en el mundo de los artistas durante las décadas de 1940 y 1950, cuando el expresionismo estaba en su apogeo.

La condición mítica de la obra de Pollock dependió más de su índole particular y su metodología que de su calidad. Además, por supuesto, dependió de la personalidad pública del hombre mismo, de la imagen de sí, que logró imponer. Todos estos factores se conjugaron para hacer de Jackson Pollock el símbolo tanto de la mayoría de edad de la pintura vanguardista de los E.U.A. como del carácter aventurero del

© 1974 por The New York Times Co. Reimpreso con autorización.

arte de la posguerra en general. Lo mismo que cuando se trata de Picasso, es necesario separar las pinturas de Pollock del mito que lo rodea si queremos formarnos una idea adecuada de la obra en sí, sobre todo de las clásicas pinturas de goteo o de "chorro" –como yo prefiero llamarlas– sobre las que, en gran parte, descansa su fama.

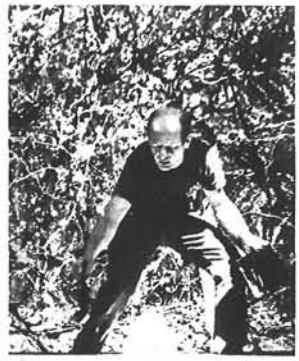
El mito del "cowboy"

Considérese, por ejemplo, la popular imagen de Pollock como una especie de explorador-colonizador o "cowboy", el artista "norteamericano" por excelencia. Algunos críticos lo han descrito como "el hombre salido del Oeste" que "hace girar lazos de color" en los amplios espacios abiertos de lienzos inmensos. Este mito que Pollock no estaba exento de fomentar al calzarse botas de vaquero cuando estaba en casa, era especialmente popular entre los críticos europeos, quienes consideran que el genio nacional estadounidense suele ser esa especie de Noble Salvaje, habitante de la "verdadera Norteamérica" que empieza en algún lugar al oeste del Mississippi.

En realidad hay cierta base para el mito del explorador. Pollock nació en Cody, Wyoming (pueblo natal de Buffalo Bill); y aunque su familia salió de allí el año de su nacimiento, en verdad pasó gran parte de su niñez en granjas de California y Arizona. Sin embargo, de los 12 a los 18 años vivió en o cerca de Los Angeles, y toda su vida adulta transcurrió en la Ciudad de Nueva York y en las cercanías de Long Island. Por eso pudo escribir: "La vida es más punzante, más exigente, más intensa y amplia en Nueva York que en el Oeste. Las influencias estimulantes son más numerosas y remuneradoras".

El mito del vaquero ha tendido a reforzar toda una serie de conceptos erróneos acerca de las pinturas de Pollock, entre ellos el de que la violencia es un rasgo central de su arte y, también, que fue pintor de lienzos enormes. Pero sus laberínticos cuadros "chorreados" no tienen relación alguna con vaqueros, lazos o tiroteo. Más bien expresan la energía, el flujo y la índole molecular de la vida neoyorquina; y en

Jackson Pollock trabajando con su técnica del "goteo" o "chorreado":
"Puedo controlar el deslizamiento de la pintura; no hay nada de accidental".



la medida en que recuerdan simultáneamente imágenes de paisajes (como en el caso de "Autumn Rhythm" y "Lavender Mist", por ejemplo), hacen pensar más en las vistas de luz y de mar de Long Island que en los panoramas de Oeste.

Además, Pollock distaba mucho del típico artista norteamericano. Su pintura depende más directamente de la tradición modernista europea y se relaciona con ella en forma más íntima (concretamente, con movimientos tales como impresionismo, cubismo y surrealismo) que la de algunos otros expresionistas abstractos. Indudablemente no es "norteamericana" ni en el sentido consciente característico de la pintura regionalista y del "Escenario estadounidense" de la década de 1930 ni en el del arte "pop" del decenio de 1960. En una ocasión él mismo observó: "La idea de una pintura norteamericana aislada me parece absurda, tanto como lo sería crear matemáticas o física exclusivamente norteamericanas".

El mito de la violencia

Las situaciones de violencia y rusticidad que muchos críticos aseguran encontrar en el arte maduro de Pollock ("hazañas de violencia increíble logradas con la pintura", escribió uno de ellos) fueron más allá del mito del vaquero para crear una imagen de Pollock como una especie de primitivo, como hombre y como pintor. A algunos críticos extranjeros este rasgo les pareció la característica nacional clave del artista. En las pinturas "chorreadas" de Pollock, escribió uno de ellos, "la violencia que se nutre de todo lo típicamente norteamericano . . . se vuelve obsesiva y desenfrenada".

Sin embargo, cuando se ven las pinturas sin ideas preconcebidas y sin prejuicios, se encuentra un arte refinado y de gran complejidad que dista mucho de responder a aquella imagen popular. En la primera parte de la obra de Pollock, la que pertenece al período 1940-1946 hay una cierta dosis de ansiedad y violencia expresionistas que en parte reflejan la incapacidad para crear, que sufría entonces, un vehículo idóneo para realizar plenamente su talento. Pero en las pinturas "chorreadas" de 1947-1950, con las que mejor se identifica, esas características dejan paso a un arte de suprema calidad lírica, coreográficamente flexible y rítmica. Estos Pollocks "clásicos" suelen distinguirse por una delicadeza casi rococó. Cualquier violencia que pueda advertirse en ellos es parte de una amplia escala de emociones a la que anima una proporción incomparablemente mayor de pasión, júbilo, exuberancia, éxtasis, deleite, gravedad, ternura, sufrimiento, gracia, fragilidad... hasta encanto.

¿Por qué entonces –podríamos preguntar– tanta gente se ha formado una impresión opuesta de estos cuadros? Me parece que hay varias explicaciones. Ante todo, el hecho de que la gente por lo general no mira las pinturas con cuidado. (Por ejemplo, el público considera "hermosas" las caras y posturas de las "ballerinas" de Degas, que en realidad son feas, violentas e incómodas, precisamente como él quiso que fueran.) Sin embargo, en el caso de Pollock

Gudmundur Erro, **Antecedentes de Pollock**, 1967: *Este pintor islandés, que trabaja en París, sitúa a Jackson Pollock en la gran tradición del arte moderno, desde el Expresionismo y el Fauvismo, hasta el Cubismo y el Surrealismo. La tela de Erro reproduce obras de "antecesores" como Van Gogh, Gauguin, Matisse, Grosz, Mondrian y Picasso.*

todavía hubo mayor confusión entre el hombre y sus obras. Cuando estaba en las garras de alcoholismo, que lo asedió durante casi toda su vida de adulto,fue capaz de una cierta violencia –en gran parte comportamiento antisocial, "ofensivo", al que se dio mucha publici-

dad hasta convertirlo en un aspecto del mito del hombre. Pero nunca pintó borracho. Y ya había dejado el alcohol por completo en las postrimerías del decenio de 1940, cuando ejecutó sus grandes obras clásicas.

La frecuente alusión a la violencia en el arte de Pollock debe, en fin, entenderse como una función del momento histórico; era la forma en que la gente expresaba el fuerte disgusto que producían *en ellos* los nuevos e inesperados métodos e imágenes del artista. La violencia que el público creía ver en sus pinturas procedía del reto fundamental con que estas obras contrariaban las ideas plenamente aceptadas de lo que constituía una pintura. En este sentido la situación era semejante a la que se produjo cuando surgió el impresionismo.

Al ver las comprometedoras y luminosas pinturas de Monet y Renoir debemos recordar que varios escritores serios de fines del siglo XIX describieron sus imágenes como "ollas de pintura arrojadas a la cara del público", y que los caricaturistas representaban a los artistas como locos.

El mito del tamaño

La asociación de la obra de Pollock con lo vasto del panorama norteamericano ha tendido a reforzar el erróneo concepto equivocado de que era, sobre todo, un pintor de lienzos enormes. Pollock efectivamente exploró un nuevo género de pintura grande, pero los cuadros monumentales fueron siempre una excepción en su producción. Sus pinturas de tamaño verdaderamente mural se pueden contar con los dedos de una mano. Su aparente ubicuidad se debe a que se les exhibió mucho y ahora se hallan en museos importantes.

Las pinturas monumentales difícilmente tienen algo de novedad. Los viejos maestros hicieron en tablas muchas grandes pinturas trasportables y retablos lo mismo que murales ideados para ambientes arquitectónicos especiales. Con respecto al arte del siglo XX, se piensa inmediatamente en la obra mural "Guernica", de Picasso, lo mismo que en murales de mexicanos, como Orozco, Siqueiros o en pintores del "Escenario norteamericano" de la década de 1930. Pero estos ejemplos modernos fueron como las grandes pinturas de los viejos maestros, en la medida en que eran imágenes *públicas* en todos sentidos. Estaban concebidas para acomodarse en ambientes arquitectónicos públicos, y ejecutadas para ser vistas desde lejos; sus temas, por lo general políticos, eran de índole envolvente, y sus proporciones y presentación estaban en armonía con ellos.

Sin embargo, desde sus principios, que coinciden con el impresionismo de fines de siglo XIX, la tradición modernista ha evitado ese tipo de valores orientándose, como lo hizo Pollock, hacia la experiencia privada del artista. Con pocas excepciones, hasta la Segunda Guerra Mundial las pinturas modernistas fueron cuadros de caballete, de tamaño modesto.

En aquel tiempo, las grandes pinturas de Pollock fueron más ex-

cepciones a la tradición modernista que a la historia del arte en conjunto. Pero lo verdaderamente insólito en ellas fue que, a pesar de sus dimensiones, conservaron una escala, un carácter y una ejecución íntimos, una "elocuencia" privada, congruente con las obras de caballete. Se sentían como expresiones "de persona a persona", concebidas para hogares más que para edificios públicos. En los departamentos, estos cuadros modifican todo el ambiente, el observador se ve obligado a establecer un contacto íntimo en el que sus matices sutiles se manifiestan. En los museos, cuyo ambiente neutral siempre implica una especie de transigencia, se pierde algo de esa intimidad. Y en los edificios públicos, los espacios inmensos y lo heterogéneo del público, hacen imposible esa comunicación privada que Pollock buscó.

La gran pintura explorada por Pollock constituyó, así, una nueva categoría, un producto híbrido que conservó la intimidad y la índole propia del cuadro de caballete, a pesar de su tamaño de mural. Como estas obras fueron totalmente abstractas y exentas de ilusiones de perspectiva, se distinguieron básicamente de "Guernica" y de la obra de los muralistas de la década de 1930. Por el hecho de suprimir el espacio para retroceder, las urdimbres de Pollock parecen desprenderse de la pared, dando así realce a la ilusión de su tamaño.

El mito de la "novedad absoluta"

A medida que el tiempo ha hecho más populares los cuadros de Pollock,también ha empañado, aunque sin restarle crédito, otro aspecto de su mito que un crítico llamó su "novedad absoluta". Conforme a esta teoría "de meteoro", Pollock vino de la nada –cuando menos, no de la tradición modernista– a desempeñar su función en la pintura moderna, y a "demoler", como dijo *Art News*, "toda una estructura de 2.000 años de estilo mundial". A Pollock se le vio como al artista que por sí solo había dado un vuelco a la historia del arte; la pintura moderna, desde Manet hasta el surrealismo, está vinculada en forma retroactiva al arte del pasado.

El hecho de que muchos de los admiradores de Pollock hayan sido víctimas de semejante hipérbole antihistórica se explica en parte como una reacción contra los ataques exagerados a su obra, ataques que de ninguna manera se circunscribían a la prensa popular. Pero así como ni Cézanne carece de raíces en el terreno del impresionismo, ni el cubismo deja de tenerlas en Cézanne, Pollock no puede tampoco dejar de relacionarse con la primera tradición de la pintura moderna. Efectivamente, como él mismo dijo, el avanzado arte pictórico de su tiempo "no salió de la nada; es parte de una larga tradición".

Al desvincular a Pollock del pasado, sus admiradores, incapaces de ver más allá de la novedad superficial de su pintura, reforzaron, sin quererlo, el punto de vista común sostenido por sus detractores durante los años cincuentas: que había creado algo que, si bien interesante, "no era pintura". Pero un aspecto de la grandeza de Pollock radica, precisamente, en *no* ser un advenedizo fugaz, en su

capacidad para edificar simultáneamente sobre fuentes tan diversas y al parecer tan irreconciliables como el impresionismo, el cubismo y el surrealismo, aun en sus obras más radicales. Lo mismo que en el caso de Cézanne, Matisse y otros grandes innovadores modernos, se puede defender a Pollock como pintor "conservador", en el mejor sentido de la palabra. Sin duda alguna su obra conservó, en una forma nueva y vital, aspectos de estilo modernistas anteriores que de por sí habían dejado de ser viables.

Al lector puede sorprenderle el oír que el impresionismo, el cubismo y el surrealismo se mencionen como fuentes de los cuadros "chorreados" de Pollock. Por estar todos esos antecedentes tan perfectamente combinados y tan plenamente asimilados en el lenguaje pictórico del artista en la época de su madurez, no se distinguen fácilmente en sus pinturas. Se requiere un criterio algo refinado sobre pintura moderna y una observación muy cuidadosa para discernir la respectiva influencia de aquellas escuelas. (No sucede lo mismo con las anteriores pinturas de Pollock, semifigurativas, "totémicas", de 1942-1946, en las que es fácil señalar la influencia de Picasso en particular y, en menor grado, de los mexicanos así como de Miró, Masson y otros.)

El impresionismo fue el punto de partida de la pintura modernista hacia lo que, en tiempo de Pollock, acabó por conocerse como composición "allover" (en toda la superficie). Esto le dio el precedente para atomizar la superficie de sus cuadros en una multiplicidad de acentos de contextura casi uniforme, que despiden una luz trémula y cintilante. Sin embargo, los elementos básicos de las composiciones de Pollock deben más, en forma inmediata, al último cubismo analítico y a sus extrapolaciones en los "más y menos" de Mondrian.

El mito de la pintura "accidental"

La influencia del surrealismo había sido considerable en la obra temprana de Pollock. Lo que quedó de aquélla en su estilo "chorreado" fue esencialmente el método conocido como "automatismo", un estilo de dibujo de improvisación excesivamente rápido, que se juzgó particularmente relacionado con impulsos e instintos inconscientes. Los surrealistas con frecuencia empezaban sus pinturas dejando que el lápiz o el pincel vagaran "en forma automática". A partir de estos trazos, hacían surgir gradualmente alguna forma de imagen que se pudiese reconocer y procedían luego, de manera consciente, a enriquecer el trabajo con un orden artístico. Efectivamente, en sus primeras pinturas, por ejemplo, en "Guardians of the Secret", Pollock llegó a una iconografía de figuras totémicas y simbólicas de una manera que no deja de estar relacionada.

En cambio, en sus cuadros "chorreados" su rápida improvisación fue mucho más allá de todo lo que el automatismo surrealista se había propuesto, conservándose a la vez totalmente abstracto. Pero a pesar de la absoluta ausencia de contornos, estos Pollocks estaban saturados de un estilo poético y visionario que los distinguía nota-

blemente de la abstracción más "racional" de los iniciadores europeos. Es como si las figuras simbólicas de su primer período hubieran pasado a estratos subterráneos, por debajo del nuevo material abstracto, y desde allí continuaran dando vida al espíritu de las pinturas.

El método "de chorro" empleado por Pollock daba al público y también a muchos críticos la sensación de producir una imagen que era esencialmente accidental y, por lo mismo, intrínsecamente carente de arte. En realidad, Pollock tenía un dominio extraordinario de su nuevo equipo de técnicas: vaciar, gotear, salpicar, dejar en el lienzo impresiones con la mano o con una vara o tablilla remojada en pintura, hasta lanzar chorros con jeringas de cocina. El mismo dijo: "Puedo hacer que la pintura corra hacia donde yo quiera. No hay accidente alguno". Sin embargo, una mirada superficial a un "chorrreado" de Pollock revela que esto no era del todo verdad en un nivel estrictamente operacional.

Hay numerosos puntos y charquitos que a todas luces no fueron resultados previstos. Ahora bien, tales detalles fueron accidentales sólo en el primer momento, porque para la etapa final de la obra ya se habían trasmutado en decisiones estéticas. Veamos cómo sucedía.

Pollock adoptó la técnica del vaciado para poder dibujar espontáneamente líneas extendidas, continuas, *en la pintura*, algo imposible de hacer con un pincel. Aunque vaciaba su diseño totalmente de acuerdo con su voluntad, tenía que aceptar el hecho de que su técnica incluía un margen de accidentes: puntos o charquitos inesperados. Tenía entonces ante sí tres caminos: Primero, si el accidente era desafortunado, lo único que le quedaba era simplemente cubrirlo. Segundo, si el accidente contenía sólo el germen de una posibilidad de algo que no había imaginado previamente podía edificar sobre él improvisando.

La estructura del cuadro cambiaría al incorporar orgánicamente el accidente en el contexto pictórico. Finalmente, Pollock podía sencillamente dejar allí la mancha accidental, por considerarla buena para la pintura, lo cual tiene tanto de decisión estética como el hecho de cubrirla. Así, pues, cualquiera que sea la medida en que los vestigios de un Pollock puedan no ser resultado de impulsos iniciales de su voluntad (y la mayoría en realidad lo son), el hecho es que a fin de cuentas no representan accidentes sino respuestas a éstos.

Imagen de la vida moderna

Sin embargo, alguien podría con justicia preguntar si la calidad de tales obras puede igualar la de los viejos maestros, cuyos cuadros estaban trazados con anticipación y exentos de semejante "proceso" accidental. La verdad es que no existe ninguna razón estética o filosófica para pensar que la incorporación de un accidente controlado obligaría a poner el arte de Pollock en desventaja, en una comparación con las escuelas antiguas. De hecho, grandes obras de muchos períodos pueden incluso absorber una módica cantidad de

accidentes genuinos (los estragos del tiempo, por ejemplo), sin perder nada de su grandeza. La idea de que una simple línea o mancha que aparezca en una obra maestra no puede cambiarse sin echar a perder el cuadro es una mojigatería de la historia del arte.

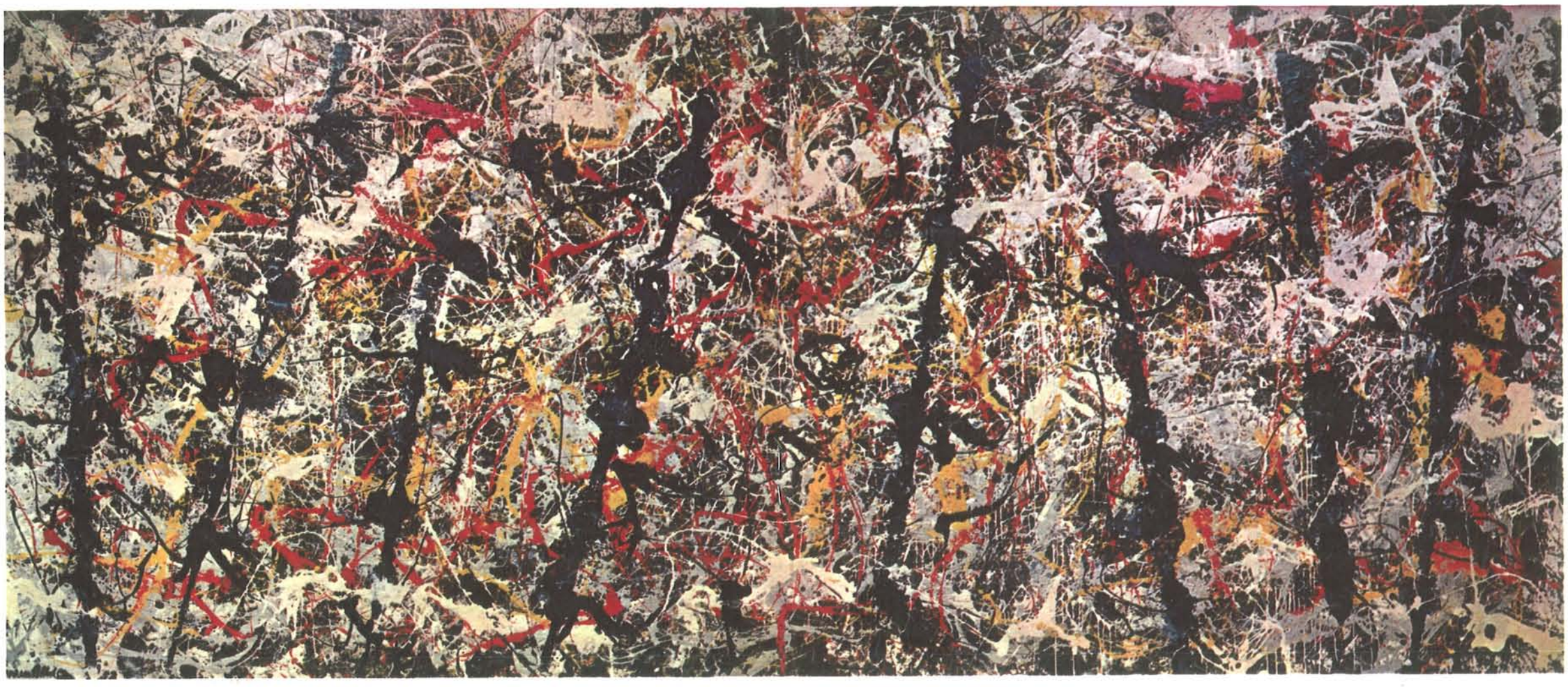
En realidad, el mérito de Pollock al enfrentarse al accidente, absorberlo y finalmente trascenderlo es precisamente la garantía de su singular importancia, supuesta la función enorme que desempeñan los acontecimientos impredecibles (coincidencias y colisiones inesperadas) en el desenlace final de muchas vidas modernas. Una vida contemporánea brillante lo mismo que un Pollock triunfal, resulta coherente gracias a decisiones que elevan al máximo grado las posibilidades favorables y reducen al mínimo los efectos desfavorables de un sinfín de aconteceres azarosos. Las obras bien planeadas y mejor ejecutadas de los maestros del Renacimiento reflejan el carácter más estratificado y formalmente ordenado de la vida del siglo XV. El orden improvisado de Pollock, que absorbe el máximo de la casualidad y del accidente compatibles con una estructura significativa es una "pintura" tan verdadera de nuestra vida –especialmente tal cual se vive en las grandes metrópolis– como los cuadros del Renacimiento florentino lo fueron de la vida de su tiempo. Pero, en ambos casos, las pinturas reflejan un orden ideal más que la situación real predominante, pues la vida en sí no puede tener la integridad, el equilibrio y la finalidad del arte.

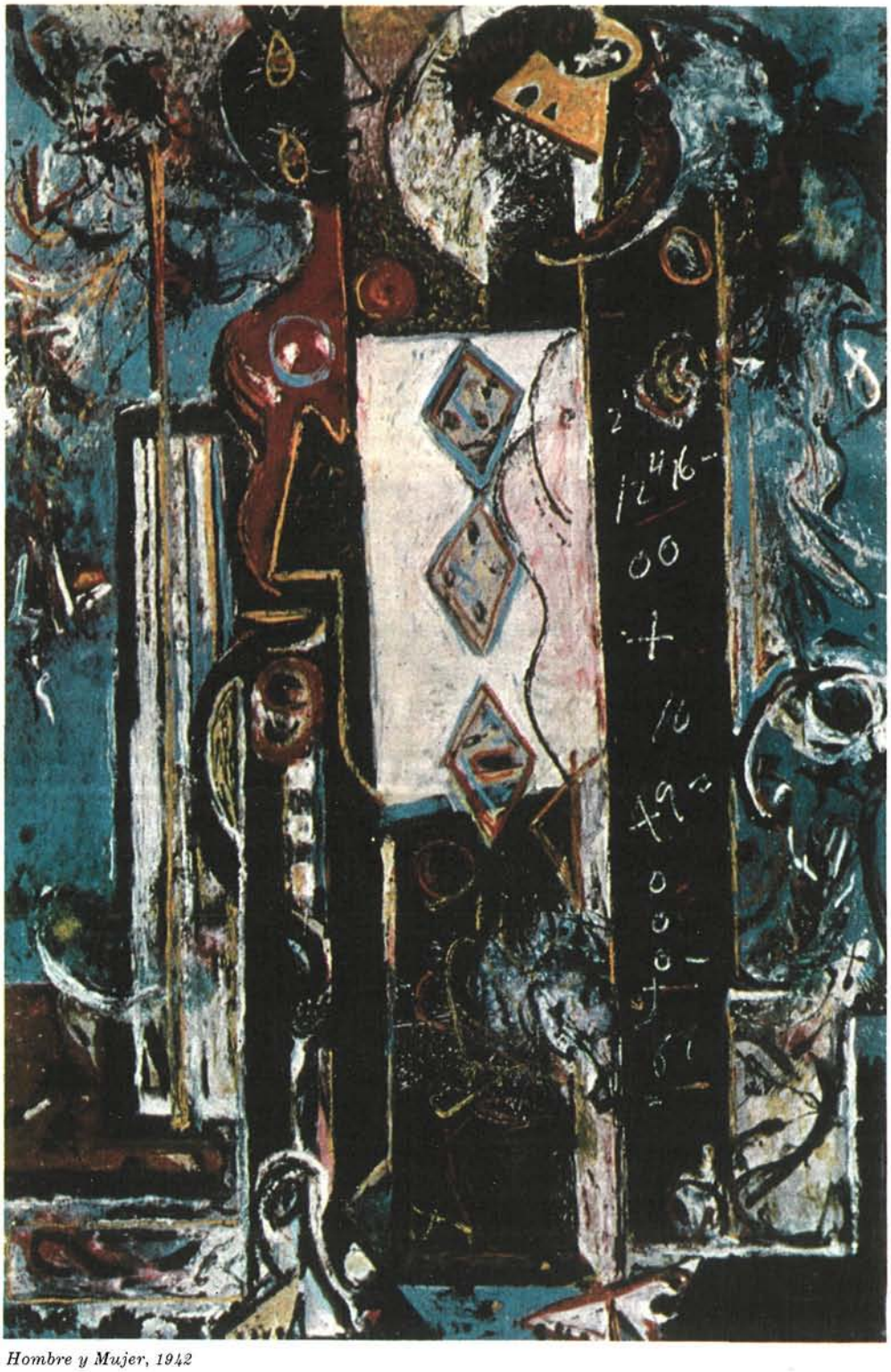
La influencia de Pollock

Si trascendemos la calidad intrínseca de Pollock y pasamos al tema de su influencia en el arte posterior, descubrimos otro mito que debemos desinflar. Contra una idea muy difundida aún en vida del artista, el efecto directo de sus pinturas "chorreadas" en sus con-

Ritmo de otoño, 1950

Mimbres Azules (abajo), uno de los grandes cuadros de Pollock, fue pintado en 1953, cuando el expresionismo abstracto estaba en su apogeo, siguiendo la técnica del "chorreado" que le valió renombre mundial. De esta tela se ha dicho que es "una de las grandes obras maestras del arte occidental", "una obra de magistrales proporciones. . . una recapitulación definitiva". Recientemente fue adquirida por la Galería Nacional de Australia en dos millones de dólares: el máximo precio pagado por una pintura contemporánea. Cuadro Argénteo, más pequeño (derecha), denota la influencia del surrealismo, método de improvisación que, supuestamente, era resultado de impulsos del inconsciente. Solían iniciarse estos cuadros con algunos trazos hechos al azar, sobre los que elaboraba luego el pintor para lograr un orden artístico.





Hombre y Mujer, 1942

temporáneos fue débil, si se exceptúa –hablando en términos muy amplios– el hecho de haber fomentado soluciones radicales. Los que principalmente sintieron su influencia fueron pintores como Morris Louis, Kenneth Noland, Frank Stella, Jules Olitski y Larry Poons, cuya obra tiene poca semejanza externa con la de Pollock. Estos artistas hurgaron por debajo de la superficie aparente de las pinturas "chorreadas", y abstrajeron de ellas unas ciertas ideas básicas, como la de la totalidad, la unidad sinóptica, la simetría y el carácter frontal; pero soslayaron la técnica de Pollock, o "aspecto".

Aun así, si añadimos a la influencia de la obra de Pollock su gran calidad y audacia, y combinamos tales factores con el colorido del hombre mismo, todavía quedamos lejos de una explicación cabal de las proporciones inmensas que ha cobrado el mito. Y en este punto sería ocioso pasar por alto la función de los precios insólitos que sus pinturas han alcanzado desde su muerte, acaecida en 1956, a los 44 años de edad, precios que han sido objeto de notoria publicidad. Considérese por ejemplo la reciente compra de "Blue Poles" por la pasmosa cantidad de dos millones de dólares, pagados por la Galería Nacional de Australia. En la historia del arte, tal vez ninguna pintura ha llegado a un valor monetario tan elevado en tan corto lapso.

El problema que el mito de Pollock presenta no es que lo mejor de su trabajo haya sido cotizado por encima de su verdadero valor sino que su *producción*, por lo regular, se acepta sin examen crítico previo. Pollock fue un pintor grande y noble, autor de numerosas piezas maestras únicas. Lo mismo que Mondrian, pero en dirección opuesta, demostró hasta dónde puede llegarse sin dejar de crear una pintura, en el sentido más rico, completo, profundo y tradicional. Pero no fue un Picasso o un Matisse. La carrera de Pollock fue demasiado breve, y el número de sus grandes lienzos demasiado reducido para semejante estatura.

Sin embargo, la inflación popular del mito se debe a algo más que el valor noticioso de los precios exorbitantes. Pienso que también se debe, en parte, a la persona. Por lo tanto tiene consecuencias espirituales. Tengo que reconocer que la mayoría de la gente que se exaltó al oír hablar de "Blue Poles" jamás había visto la pintura y probablemente ni siquiera otro Pollock. Pero no puedo dejar de pensar que muchas de esas personas tuvieron al menos la débil sensación de algo más importante, es decir, que una vez más el hombre había burlado la mortalidad.

La gran importancia que nuestra sociedad atribuye al arte parecería dar la razón a la tesis de André Malraux que sostiene que el arte ha suplantado a la religión como nuestra última línea de defensa contra la muerte. La historia tiende a conceder a los grandes artistas –desde Rembrandt hasta Picasso y Pollock– una inmortalidad más segura que la de la mayoría de los más relevantes príncipes, políticos y generales de su época. No me parece improbable que de ahora en adelante muchas generaciones, millones de hombres en todo el mundo, conocerán el nombre de Jackson Pollock.

ADMINISTRACION DE INSTITUCIONES COMPLEJAS

Por Peter F. Drucker

Peter F. Drucker es profesor de Ciencias Sociales en la Escuela de Graduados de Claremont, California, y un prominente consultor en administración que presta sus servicios a empresas y dependencias gubernamentales de Estados Unidos y el exterior. Entre sus libros se cuentan *Managing for Results* (Administrando para obtener resultados),*The Age of Discontinuity* (La era de la discontinuidad) y *Men, Ideas and Politics* (Hombres, ideas y política).

La administración de empresas todavía no es una ciencia, escribe el autor, pero la experiencia de los últimos 20 años sugiere una serie de directivas que, por lo menos, son más útiles que algunas de las doctrinas tradicionales en este terreno. Lo más importante, dice, es crear estructuras que liberen energías humanas que puedan realizar las tareas que requiere la institución. Su artículo está condensado de otro que apareció en *Harvard Business Review,* en el que adaptaba varios capítulos de su nuevo libro, *Management: Tasks, Responsibilities, Practices* (La administración de empresas: sus tareas, responsabilidades y prácticas), publicado por Harper and Row.

Las estructuras organizativas son cada vez más efímeras e inestables.

Las estructuras organizativas "clásicas" de los decenios de 1920 y 1930 que todavía sirven de ejemplo en los libros de texto se mantuvieron por décadas sin necesitar más que un retoque ocasional. American Telephone and Telegraph, General Motors, DuPont, Unilever y Sears, Roebuck mantuvieron los conceptos, estructuras y componentes básicos de sus organizaciones a través de varias generaciones de directores y de cambios importantes en el tamaño de sus empresas y en la amplitud de sus operaciones. Hoy, en cambio, no bien concluye una compañía un plan de reorganización completa cuando ya está iniciando otro nuevo.

La General Electric, por ejemplo, terminó alrededor de 1960 una tremenda renovación de su organización, después de casi 10 años de dura labor; y desde entonces ha reformado por lo menos dos veces sus estrategias generales y su estructura. Análogamente, la compañía Imperial Chemicals, de la Gran Bretaña, está restructurando un plan organizativo que escasamente tiene 10 años de aplicado. Y la

Copyright © 1974 por el Presidente y Miembros Numerarios de Harvard College. Reservados todos los derechos.

misma condición de inquietud e inestabilided están padeciendo las estructuras y los conceptos organizativos de los grandes bancos comerciales de los E.U.A., la IBM y las oficinas de gobierno de los Estados Unidos. Por ejemplo, la Secretaría de Salubridad, Educación y Previsión Social ha estado sujeta a una reorganización "definitiva" casi cada uno de los 20 años de su historia.

Hasta cierto grado, esta inestabilidad es el resultado de un patente exceso de organización. Las compañías están recurriendo a la reorganización como a una especie de medicina milagrosa, en vez de diagnosticar sus males. Cualquier observador puede ver docenas de casos en que se está aplicando desacertadamente un grado considerable de cirugía organizativa, y aun en escala masiva, para curar un problema de procedimiento de importancia bastante pequeña o –con mayor frecuencia todavía– para no hacer frente a decisiones tocantes al personal. Una estructura equivocada es una garantía de que no se actuará; produce fricciones y desengaños; hace resaltar cuestiones que no lo merecen y hace montañas de cosas triviales. Pero la "organización perfecta" es como la "perfecta salud": Su prueba son los males que no la aquejan y que, por tanto, no tiene que curar.

Aun cuando la cirugía organizativa innecesaria no fuera tan desbocada en nuestras instituciones, como se dice que son en nuestros hospitales las innecesarias apendicectomías, histerectomías y tonsilectomías, habría siempre una crisis de organización. Hace 20 años muchos gerentes aún tenían que aprender que el plan y la estructura de la organización merecen atención, pensamiento y mucho trabajo. Casi todo el mundo lo acepta hoy; en realidad, los estudios sobre la organización han sido una de las verdaderas "industrias en crecimiento" durante los últimos 20 años. Pero donde hace pocos años la teoría de la organización tenía "las respuestas", hoy todo es confusión.

La crisis es a la vez una crisis de la teoría y de la práctica organizativa. Irónicamente, lo que está pasando no es de ninguna manera lo que vienen prediciendo desde hace por lo menos 10 años algunos teóricos de la organización, como Chris Argyris, Warren Bennis, Douglas McGregor (y yo mismo): las presiones para implantar una organización menos rígida y más humanista, que dé más margen para la realización personal, casi no desempeñan ningún papel en la actual crisis organizativa. Más bien, las principales causas de la inestabilidad son los *cambios en las tareas objetivas*, en la clase de negocio e institución que hay que organizar. Esto es lo que está en la raíz de la crisis de la práctica organizativa.

Primeros modelos de estructuras funcionales

En lo que sigue voy a comparar modelos antiguos con nuevas realidades y a describir algunos nuevos principios de estructuración. Estos principios pueden adaptarse lo mismo a las tareas de la moderna administración que a las necesidades formales de todas las organizaciones, independientemente de sus propósitos. Al explorar

estas relaciones podemos distinguir un nuevo modo de evitar esa crisis organizativa que está afectando a tantos negocios e instituciones.

Dos veces en la corta historia de la administración de empresas se ha dado "respuesta definitiva" a los problemas de organización. La primera vez fue alrededor de 1910, cuando Henry Fayol, el industrial francés, pensó a fondo lo que a él le parecían ser las funciones universalmente válidas de una compañía manufacturera. (Estoy utilizando la palabra "función" en el sentido común administrativo, y no como la usaba Fayol, para describir la ocupación administrativa.) Obviamente, en ese tiempo la empresa manufacturera presentaba el único problema organizativo verdaderamente importante y digno de atención.

Luego, a principios de la década de 1920, Alfred P. Sloan, Jr. dio el siguiente paso al organizar la General Motors (GM). Halló "la respuesta" para organizar una gran compañía manufacturera multidivisional. El método de Sloan constituía las divisiones individuales sobre la base de la estructura funcional que Fayol había especificado para el caso de una compañía manufacturera, es decir, como ingeniería, fabricación, venta, etc. Pero fue más allá que Fayol en cuanto que organizó la compañía misma basándose en el concepto de la "descentralización federal", es decir, sobre la base de una autoridad descentralizada y control centralizado. Para 1945, más o menos, la estructura de la GM ya se había convertido, en todo el mundo, en el modelo de las mayores organizaciones comerciales.

Cuando encajan en las realidades a que se enfrentan los que diseñan y ponen en práctica estructuras organizativas actualmente, los modelos de Fayol y Sloan siguen siendo los mejores. La organización funcional de Fayol es todavía la mejor manera de estructurar una empresa pequeña, especialmente una pequeña compañía manufacturera. La descentralización federal de Sloan es todavía la mejor estructura para la gran compañía de producto único y único mercado, como la GM.

Conflicto con las realidades actuales

Pero una porción cada vez mayor de la realidad institucional que tiene que ser estructurada, y organizada, no "encaja". Aún más, los mismos supuestos en que se basaba el trabajo de Sloan, y el de Fayol, ya no son aplicables a los actuales problemas de organización. Por ejemplo, hay por lo menos seis aspectos en que la estructura de la GM ya no sirve de modelo para las necesidades organizativas actuales.

1. La General Motors es una compañía manufacturera. Hoy nos enfrentamos al desafío de organizar la gran institución *no* manufacturera. No sólo tenemos grandes empresas financieras y los grandes almacenes que venden al menudeo sino, también, empresas mundiales de transportes, comunicación y servicios a clientes. Estas últimas, aunque acaso produzcan algún artículo, ponen su máximo énfasis en servicios a otros, como es el caso con la mayoría de las

empresas de elaboración de datos. Están además –naturalmente– todas las instituciones de servicio que no son comerciales ni industriales, como hospitales, universidades y dependencias gubernamentales. Estas instituciones "*no* manufactureras" son cada vez más el verdadero centro de gravedad de cualquier economía desarrollada. Son las que emplean al mayor número de personas, y contribuyen –y reciben– la mayor parte del producto nacional bruto. Son las que hoy presentan los problemas organizativos fundamentales.

2. La General Motors es esencialmente una empresa de producto único, tecnología única y mercado único. Aun tomando en cuenta los ingresos de sus grandes subsidiarias financieras y aseguradoras, y fábricas de artefactos domésticos y locomotoras, cuatro quintos de sus entradas totales son producidas todavía por el automóvil. Los vehículos que fabrica la General Motors se diferencian en detalles como tamaño, potencia del motor y precio, pero esencialmente son uno e idéntico producto. Un gerente que haya tenido toda su experiencia, pongamos por caso, en la División Pontiac, difícilmente encontrará a la Chevrolet enteramente extraña... y aun la Opel de Alemania no le guardará muchas sorpresas.

En cambio, las empresas típicas de hoy son de productos múltiples, tecnología múltiple y múltiples mercados. Tal vez no sean consorcios, pero están diversificadas. Y su problema central es un problema que nunca tuvo la General Motors: organizar la complejidad y la diversidad.

Pero hay todavía una situación aún más difícil a la que no se puede aplicar la estructura de la GM: la gran empresa de producto y tecnología únicos, pero que, a diferencia de la GM, no se pueden subdividir en partes distintas pero comparables. Son típicas las empresas de "materiales", como acerías y plantas de aluminio. También están en esta categoría las grandes compañías de transportes, como los ferrocarriles, las líneas aéreas, y los grandes bancos comerciales. Estas empresas son demasiado grandes para una estructura funcional que dejaría de ser un esqueleto y se convertiría en camisa de fuerza. Además, no es posible descentralizarlas genuinamente; ninguna de las partes forma una auténtica "empresa" estando separada. Y, sin embargo, conforme pasamos de las tecnologías mecánicas a las de procesamiento, y de la fabricación de bienes a la producción de conocimientos y servicios, estas grandes empresas, complejas pero integradas, están cobrando más importancia que las compañías de múltiples divisiones de las décadas de 1920 y 1930.

El mercado internacional como foco

3. La General Motors todavía ve sus operaciones internacionales como organizativamente separadas y externas. Durante 50 años ha estado fabricando y vendiendo en el exterior, y actualmente alrededor de la cuarta parte de sus ventas se realizan fuera de América del Norte. Pero en su estructura organizativa, en los informes entre unas y otras partes, y sobre todo en su sistema de ascensos, la GM es

una compañía estadounidense con subsidiarias extranjeras. Más que inclinarse hacia una operación internacional –para no hablar de multinacional– lo que preocupa primordialmente a los directores supremos de la GM es el mercado, la economía, el movimiento laboral, el gobierno de los Estados Unidos, y así por el estilo. Esta estructura y perspectiva tradicional de los directores supremos de la GM podría explicar en gran parte por qué la GM no logró sacar el debido provecho de la rápida expansión y crecimiento de mercados de automotores tan importantes como el de Europa, donde de hecho ha estado bajando la proporción de la GM, o el del Brasil, donde la GM no previó el rápido crecimiento de un mercado de automóviles.

En contraste con la GM, durante los últimos 20 años muchas otras compañías se han vuelto multinacionales. Para estas compañías tienen igual o mayor importancia muchísimas culturas y muchos países, mercados y gobiernos.

4. Por ser la GM una compañía de un solo producto, una sola tecnología y un solo país, el manejo de la información no constituye ni un problema organizativo importante ni, por consiguiente, una gran preocupación. En la GM todos hablan el mismo lenguaje, sea ya que entendamos por lenguaje la jerga de la industria automotriz o el inglés de los Estados Unidos. Cualquiera entiende cabalmente lo que el otro está haciendo, o debería estar haciendo, aunque sólo sea porque, con toda probabilidad, él mismo ha hecho una tarea parecida.

Por lo tanto, la GM puede estar organizada de acuerdo con la lógica del mercado y con la lógica de la autoridad y la decisión. No necesita preocuparse demasiado –en su organización– de la lógica y el flujo de información.

En cambio, las compañías multiproductoras, multitecnológicas y multinacionales tienen que diseñar su estructura organizativa de manera que puedan manejar un enorme flujo de información. Como mínimo, tienen que asegurarse de que su estructura organizativa no viola la lógica de la información.

5. Cuatro de cada cinco empleados de la GM son obreros manuales de producción u oficinistas con tareas rutinarias. En otras palabras, la GM emplea la fuerza de trabajo de ayer, no la de hoy.

En cambio, el problema organizativo básico del día gira en torno al trabajo conectado con el conocimiento y en torno a trabajadores del conocimiento, que constituyen el elemento que está creciendo con más rapidez en todas las empresas; en las instituciones de servicio, son los empleados que forman el núcleo.

6. Finalmente, la General Motors ha sido una compañía "administrativa" más que "empresarial". La fuerza del método de Sloan radicaba en su capacidad para administrar, y administrar soberbiamente, lo que ya se tenía y se sabía.

El organizador de hoy tiene que arrostrar una creciente demanda de organizar el aspecto empresarial y el capítulo de innovación. Y tampoco para esta tarea ofrece ninguna guía el modelo de la General Motors.

Nuevos principios de estructuración

No sabemos ni cómo manejar estas nuevas realidades organizativas ni cómo satisfacer sus demandas estructurales. Sin embargo, la tarea organizadora no ha esperado. Para hacer frente a las nuevas realidades, en los últimos 20 años hemos estado improvisando soluciones estructurales *ad hoc* que complementen los modelos de Fayol y Sloan. Como resultado, el arquitecto de organizaciones cuenta hoy con cinco "principios de diseño", por así llamarlos, es decir, con cinco estructuras organizativas distintas. Los dos sistemas tradicionales ya mencionados han sido conocidos por muchos años como principios de diseño organizativo.

- La estructura funcional de Henri Fayol.
- La descentralización federal de Sloan.

Tres son nuevos, tan nuevos que, en realidad, no son conocidos ni mucho menos reconocidos universalmente como principios de diseño de organización:

- La organización por equipo.
- La descentralización simulada.
- La estructura de sistemas.

En la *organización por equipo* se forma un grupo –de ordinario bastante pequeño– para que realice una tarea determinada, más que por poseer una habilidad concreta o para que se ocupe de una etapa precisa del proceso del trabajo. En los últimos 20 años hemos aprendido que, pese a que tradicionalmente se consideró que el principio organizativo del equipo sólo era aplicable a las tareas de un equipo de trabajo de corta duración, transitorio y excepcional, este sistema se puede aplicar a algunas necesidades permanentes, en especial a las tareas del escalafón superior de la gerencia y a las de carácter innovador.

En una organización que sea demasiado grande para seguir organizada funcionalmente y que, al mismo tiempo, esté demasiado integrada para que pueda ser descentralizada de verdad, a menudo la *descentralización simulada* es la fórmula para organizarla. En este sistema se establece una función, o una etapa del proceso, o una sección, como si fuera una empresa distinta con auténtica responsabilidad por las pérdidas y las ganancias. Se tratan las ficciones contables, los precios de las transferencias y las asignaciones para gastos de operación como si fueran verdaderas transacciones comerciales. A pesar de todas sus dificultades y fricciones, la descentralización simulada quizá sea el diseño de organización que está creciendo más aprisa. Es el único que se adapta, aunque sea mediocremente, a las compañías de materiales, de computación, y de productos químicos y farmacéuticos, lo mismo que a los grandes bancos. También es el único principio de diseño de organizaciones que se adapta a instituciones de proporciones tan vastas como son universidades, hospitales y dependencias oficiales.

Finalmente, en la *estructura de sistemas* se combinan la organización por equipo y la descentralización simulada. El prototipo de este

principio de estructuración fue el programa de exploración lunar de la Administración Nacional de Aeronáutica y del Espacio (NASA), en el que colaboraron numerosas unidades autónomas –inmensos organismos estatales, investigadores independientes, empresas en busca de ganancias y grandes universidades– reunidas por las necesidades de la situación, más que por lógica, y que se mantuvieron unidas por una meta común y una conjunta dirección suprema. La poderosa compañía transnacional o multinacional, mezcla de muchas culturas, gobiernos, negocios y mercados, es la encarnación actual de una organización basada en el concepto de los sistemas.

Ninguno de los nuevos principios de diseño de organizaciones es fácil o carece de problemas. Comparados con los tradicionales métodos del funcionalismo y de la descentralización federal, son ciertamente tan dificultosos, complicados y vulnerables que muchos teóricos de la organización sostienen que no son de manera alguna principios, sino abominaciones. Y sin duda hay que utilizar los principios tradicionales siempre que se pueda; son infinitamente más fáciles. Sin embargo, tienen una aplicabilidad más limitada que los principios nuevos; y si se les utiliza mal, pueden causar problemas aún mayores.

Principales tareas de la administración

Una manera un tanto diversa de considerar las relaciones organizativas consiste en identificar las principales tareas de la administración. Hemos aprendido que, en un análisis muy general, el diseño de organizaciones tiene que estructurar e integrar simultáneamente tres clases distintas de trabajo: (1) la tarea de llevar la operación de la empresa, que es responsable de producir los resultados de la compañía actual; (2) la tarea de innovar, que crea la compañía de mañana; y (3) la tarea de la dirección suprema, que dirige, da la visión y establece el curso de las operaciones de hoy y de mañana. Ningún diseño de organización es adecuado para las tres labores; toda empresa necesita emplear simultáneamente varios principios de diseño para su organización.

Además, cada estructura organizativa tiene ciertas especificaciones formales que no tienen nada que ver con el propósito de la estructura, si bien son parte integral de ella. Así como se puede describir el cuerpo humano diciendo que tiene determinadas características, independientemente de la ocupación de su dueño, lo mismo se puede decir de una estructura organizativa. Los cuerpos tienen brazos y piernas, manos y pies, todos relacionados entre sí. Asimismo, las organizaciones están estructuradas para satisfacer la necesidad de:

- *Claridad*, en cuanto opuesta a sencillez. La catedral gótica no es un diseño sencillo, pero es clara la posición de una persona en su interior: sabemos dónde tenemos que colocarnos y a dónde tenemos que dirigirnos. Un moderno edificio para oficinas tiene un diseño sobremanera sencillo, pero es muy fácil perderse en su interior.

- *Economía* de esfuerzos para mantener el control y reducir al mínimo la fricción.
- *Orientación de las miras* hacia el producto, más que hacia el proceso; al resultado, más que al esfuerzo.
- *Comprensión* por parte de cada individuo de cuál es su tarea y cuál la de toda la empresa.
- *El tomar decisiones* que enfoquen los verdaderos problemas, mueve a la acción, y las decisiones deberán ejecutarse en el más bajo escalón administrativo posible.
- *Estabilidad,* en cuanto opuesta a rigidez, para sobrevivir a las perturbaciones, y *adaptabilidad* para aprender de ellas.
- *Perpetuación y auto-renovación,* principios que exigen que una institución sea capaz de producir sus dirigentes de mañana, sacándolos de su interior, y de ayudar a cada persona a desarrollarse continuamente. La estructura debe también estar abierta a nuevas ideas.

Equilibrio dinámico

A pesar de que toda institución, y en especial todo negocio, está estructurada de alguna manera en torno a todas estas dimensiones de la administración, ningún principio de diseño es propio para todas sus demandas y necesidades. Tampoco hay uno que satisfaga adecuadamente todas las especificaciones formales. El principio funcional, por ejemplo, tiene una gran claridad y elevada economía, y hace fácil entender cuál es la propia tarea. Pero aun en compañías pequeñas tiende a apartar la vista de los resultados y a dirigirla a los esfuerzos, a oscurecer los objetivos de la organización y fomentar así las decisiones de compromiso. Tiene gran estabilidad y poca adaptabilidad. Perpetúa y desarrolla las habilidades técnicas y funcionales de los administradores intermedios, pero se resiste a nuevas ideas e inhibe el desarrollo y la visión de los directores del estrato superior. Y, análogamente, cada uno de los otros cuatro principios se acomoda bien a algunas de las especificaciones formales de la organización, pero no sirve para otras.

Una conclusión que se desprende de esta discusión es que las estructuras oganizativas, o bien son puras, o bien son eficaces, pero que es improbable que sean ambas cosas. En realidad hasta la estructura más pura que conocemos, la GM de Alfred Sloan, de hecho era mixta. No se componía simplemente de divisiones descentralizadas, con una organización funcional dentro de cada división. Desde el principio tuvo también un grado apreciable de descentralización simulada. Por ejemplo, la división Fisher Body tenía la responsabilidad de todo lo referente a carrocerías, pero no de ningún producto final. Y la dirección suprema estaba estructurada claramente como un equipo, o más bien como varios equipos entrelazados.

Esto no quiere decir que las estructuras organizativas tengan necesariamente que ser rígidas o una mezcla confusa. La tremenda vitalidad de algunas de las estructuras más antiguas –como la de

Sears, Roebuck y la de la GM, por ejemplo– demuestra que se puede llegar a un equilibrio dinámico. Pero hay una consecuencia clara: que la estructura pura probablemente terminará con toscos parches y remiendos. (Posiblemente esta tendencia explique las dificultades que han estado experimentando la General Electric y la Imperial Chemicals, en sus intentos de implantar una descentralización pura.) Sobre todo, nuestras observaciones nos llevan a la conclusión de que el diseño de una organización consta de una serie de decisiones que aceptan un riesgo, más que de una búsqueda de "la mejor y única manera". Y hablando en general, teóricos y practicantes del arte organizativo todavía están por aprender esta lección.

Erección de la nueva estructura

Hay muchas lecciones importantes que se pueden sacar de las experiencias de los últimos 20 años. Algunas se refieren a nuevas ideas o conclusiones que aún no hemos reconocido, mientras que otras son un volver a pensar viejas ideas y relaciones que creíamos que habían quedado establecidas hace años.

La primera conclusión que podemos sacar es que Fayol y Sloan tenían razón: las buenas estructuras organizativas no se desarrollan espontáneamente. Las únicas cosas que se desenvuelven solas en una organización son el desorden, la fricción y el mal funcionamiento. Ni la estructura correcta (incluso la estructura "vivible") es algo intuitivo, como tampoco lo fueron los templos griegos ni las catedrales góticas. Las tradiciones pueden indicar dónde están los problemas y las fallas funcionales, pero son de poca ayuda para hallar soluciones. El diseño y la estructura de las organizaciones se deben pensar, analizar y enfocar sistemáticamente.

Segundo, hemos aprendido que diseñar la estructura de una organización no es el primer paso, sino el último. El primer paso consiste en identificar y ordenar las unidades estructurales de la organización, es decir, las tareas claves que tiene que abarcar la estructura final y que, a su vez, soporten el peso estructural del edificio final. Esto es, naturalmente, lo que hizo Fayol al diferenciar las funciones de las compañías manufactureras y al diseñarlas conforme a la tarea que habrían de realizar.

Sabemos ahora que las unidades estructurales son determinadas por la clase de contribución que hacen. Y sabemos que la clasificación tradicional de sus contribuciones, v.gr., el concepto de las dos secciones, personal administrativo y línea de producción, de la ortodoxa teoría organizativa norteamericana, sirve más de estorbo que de ayuda para comprender las cosas. El diseño de las unidades o tareas básicas forma, por así decirlo, la "fase de ingeniería" del diseño de organizaciones. Proporciona los materiales básicos. Y como todos los materiales, esos "ladrillos" o unidades estructurales tienen características concretas. Van en diferentes sitios y encajan de distintas maneras.

También hemos aprendido que "la estructura viene después de la

estrategia". La organización no es algo mecánico. No se hace ensamblando partes, ni se puede prefabricar. La organización es un elemento orgánico y peculiar de cada compañía o institución. Ahora comprendemos que la estructura es un medio para alcanzar los objetivos y metas de una institución. Y para que la estructura sea eficaz y sana, debemos comenzar con objetivos y estrategia.

Tal vez ésta sea la más fructuosa percepción nueva que tenemos en el campo de la organización. Puede parecer obvia, y lo es. Pero algunas de las peores equivocaciones en la estructuración de organizaciones se han cometido al imponer a una empresa viva el modelo automático de una organización ideal.

La estrategia –es decir, la respuesta a la pregunta: "¿Qué es nuestra empresa? ¿Qué debería ser? ¿Qué va a ser?"– determina el propósito de la estructura. Al hacerlo, determina las tareas o actividades clave de una empresa o institución de servicio. Estructura eficiente es el diseño organizativo que hace que las actividades clave funcionen y produzcan resultados.

Algunos de los conocimientos nuevos que nos permiten comprender mejor el diseño de organizaciones nos exigen olvidar viejas ideas. Algunas de las batallas más ruidosas y que más tiempo han quitado en la teoría y la práctica de la organización no son más que peleas contra molinos de viento. Plantean una dicotomía –o esta o la otra– cuando la respuesta correcta es "ambas, en proporciones variables, desde luego".

La primera de esas peleas con molinos de viento, que más valdría olvidar, versaba sobre si el diseño de ocupaciones, y la estructura de las organizaciones tenía que enfocarse sobre tareas o personas. La estructura y el diseño de los empleos deben enfocar las tareas. Pero lo que se le encargue a las personas tiene que cuadrarles a ellas y a las necesidades de la situación. No tiene ningún objeto confundir las dos cosas, como insiste en hacer la vieja y fastidiosa discusión del seudoproblema. El trabajo es siempre objetivo e impersonal; la tarea misma es siempre hecha por una persona.

Jerarquía o libertad de formas

En cierta relación con esta vieja controversia está la discusión sobre si una organización debe ser jerárquica o informal. La teoría tradicional de la organización sólo conoce una clase de estructura, aplicable por igual a los distintos elementos y al edificio completo. Es la llamada organización escalonada, es decir, la pirámide jerárquica de superior y subordinados.

Actualmente se está poniendo de moda otra teoría de la organización igualmente doctrinaria. Sostiene que forma y estructura son lo que nosotros queremos que sean: son, o deberían ser, formas libres. Todo –forma, tamaño y aparentemente las tareas– deriva de relaciones interpersonales. En realidad, se dice, el objeto de la estructura es hacer posible que cada persona "haga lo suyo".

Pero, sencillamente, no es cierto que una de esas formas repre-

sente una regimentación total y la otra una libertad absoluta. El grado de disciplina que se requiere en ambas es el mismo, sólo que lo distribuyen de manera diferente.

La jerarquía, contra lo que alegan sus críticos, no hace más poderosa a la persona que está en la cúspide de la pirámide. Por el contrario, el primer efecto de la organización jerárquica es proteger al subordinado de la autoridad arbitraria del superior. La organización jerárquica protege al subordinado al definir la esfera dentro de la cual éste tiene autoridad, una esfera en la que el superior no puede interferir. Protege al subordinado al hacer posible que diga: "Esta es *mi* tarea, la que *me* asignaron". La protección del subordinado también está en la base de la insistencia en que cada persona tenga un solo superior. De otra manera, el subordinado tenderá a encontrarse atrapado entre demandas, órdenes, intereses y lealtades en conflicto.

Al mismo tiempo, la organización jerárquica ofrece la máxima libertad individual. Mientras una persona cumpla con las obligaciones asignadas a su puesto, sean las que fueren, ha cumplido con su trabajo. No tiene ninguna responsabilidad ulterior.

Se oye hablar mucho estos días del derecho del individuo de "hacer lo suyo". Pero la única estructura organizativa en que esto es remotamente posible es la jerárquica. Es la que menos le exige al individuo que se subordine a los objetivos de la organización o que supedite sus actividades a las necesidades y exigencias de otros.

En cambio, los equipos exigen, sobre todo, que cada miembro ejercite una autodisciplina estricta. Cada uno tiene que hacer la tarea del equipo, no "lo suyo". Cada uno es responsable del trabajo del equipo y de su propio rendimiento. Lo único que no se permite en un equipo es que uno haga "lo suyo".

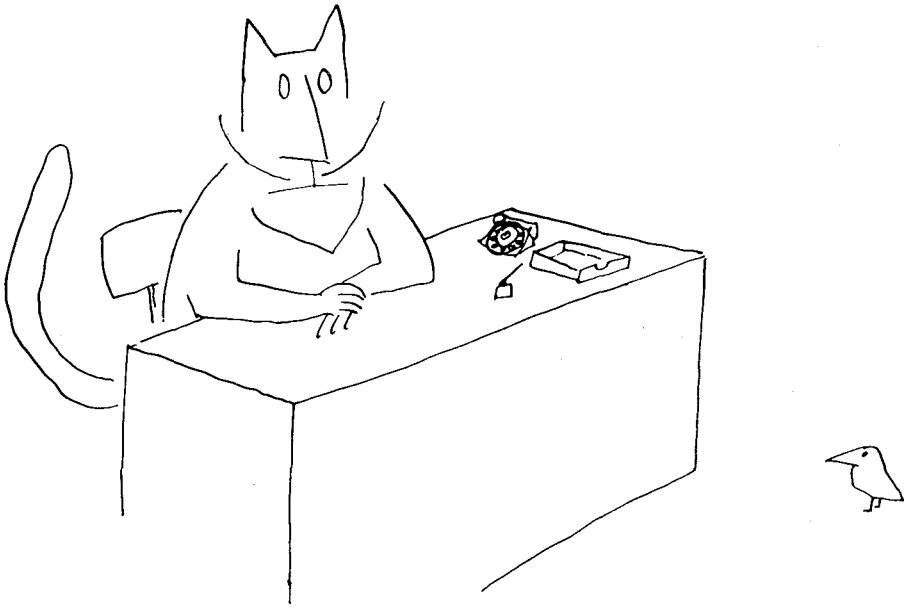
Los diseñadores de organizaciones (y aun los teóricos de la organización) van a tener que aprender que una sólida estructura organizativa necesita simultáneamente (a) una estructura jerárquica de autoridad y (b) capacidad para organizar grupos para tareas especiales, equipos de trabajo e individuos para laborar tanto permanente como temporalmente.

No hay una respuesta única

La teoría y la práctica de la organización siguen suponiendo que hay "una respuesta definitiva", al menos para una empresa o institución particular. Esta creencia constituye en sí una gran parte de la actual crisis organizativa. Lleva a estructuras doctrinarias que imponen una determinada estructura organizativa a todo el mundo y a todas las cosas; v.gr., a los elementos encargados de la operación e innovación; a las unidades de manufactura y servicio; a las compañías de un solo producto y muchos mercados. Y si alguna persona o algún proceso, por más insignificante que sea, parece estar fuera de lugar, se tiene que efectuar una reorganización total para ponerlo en el sitio que le corresponde.

Tal vez haya una respuesta correcta, pero si la hay, todavía la ignoramos. Incluso para ciertas empresas e instituciones, como una gran compañía aérea o dependencia gubernamental, lo único que tenemos es una multitud de enfoques igualmente insatisfactorios. Pero la tarea de organizar no nos va a esperar; necesariamente va a seguir siendo una preocupación central de los administradores. Por tanto, más vale que aprendan a entender los principios de diseño de organizaciones que ya existen. Tienen que aprender también las especificaciones formales de las empresas, y las relaciones entre las tareas que tiene una compañía y las estructuras disponibles.

Sin embargo, la verdadera lección de la crisis de organización es muy diferente. Esa lección es que la búsqueda tradicional de la única respuesta correcta –búsqueda emprendida con tanto empeño por los nuevos "herejes" de la forma libre como por los clasicistas más ortodoxos– persigue una presa equivocada. Concibe falsamente a la organización como algo que es por sí mismo, y no como medio para un fin. Pero ahora podemos ver que la liberación y movilización de las energías humanas, y no la simetría, armonía o congruencia, son el objeto de la organización. El rendimiento humano constituye a un tiempo su meta y su prueba.



Dibujo de Saul Steinberg. Copyright © 1956 por Saul Steinberg; tomado de The Labyrinth (El laberinto), (Harper & Row, Publishers, Inc.). Publicado originalmente en The New Yorker.

La Música moderna: Dos Puntos de Vista

1. UNA CRITICA DE LA CACOFONIA
Por Oscar Mandel

Según el autor, la música seria compuesta en el siglo XX tiene que ser declarada como un fracaso. Habiendo vuelto la espalda a la armonía y la tonalidad y, por tanto, a la belleza, ha perdido su tradicional auditorio, cuya abrumadora mayoría prefiere un Mozart y un Beethoven a un Schoenberg y a un Boulez. El profesor Mandel hace un llamado a los compositores contemporáneos para que reconsideren sus premisas y se tracen nuevos rumbos. Su artículo está tomado de *The South Atlantic Quarterly*.

Oscar Mandel imparte en el Instituto Tecnológico de California la cátedra de literatura y drama comparados. Entre los libros por él escritos figuran *A Definition of Tragedy* (Definición de la tragedia) y *The Theater of Don Juan* (El teatro de don Juan), amén de una versión inglesa de las *Siete comedias* de Marivaux.

¿Es posible aún, corrida ya la segunda mitad del siglo XX, atacar fundamentalmente la música disonante? ¿O se trata de un asunto ya muerto? En su reciente libro *The New Music*,(La nueva música), Joan Payser alaba "el aniquilamiento de la tonalidad", completado en los días de Arnold Schoenberg y Alban Berg, pero admite, con franqueza, que los compositores contemporáneos que siguen en sus obras esta nueva tradición, "se han alienado del público". La publicación de su libro hace pensar que la liquidación de *la belleza* en la música (porque, en última instancia, es de belleza de lo que se trata) sigue necesitando que la defiendan. De ser así, no todo está perdido. Aquellos de entre nosotros que nos hemos sentido a veces como tristes fósiles porque como tales nos vienen tratando desde hace 60 ó 70 años los conocedores y los profesionales, podemos volver a opinar, armarnos de coraje y demostrar que seguimos vivos. Veamos, pues, si podemos hablar a nuestros atonalistas con tal sensatez, que logremos predisponerlos a reconsiderar las bases de su vida musical.

¿Cuál es el porqué de la música?

Para empezar por el principio, conviene ponernos de acuerdo en cuanto al fin o propósito de la música. ¿Por qué existe la música en una "civilización avanzada"?

Copyright © 1973 por Duke University Press.

Yo digo que el propósito de la música es "renovar nuestro espíritu". He tomado esta modesta frase de la carátula del *Clavier-Übung* (estudio del piano) de Bach, fechado en 1735. Por mucho que he buscado y rebuscado entre toda clase de posibilidades, no he podido dar con propósito alguno capaz de competir con el de renovar nuestro espíritu. Si todavía creyésemos en Dios, podríamos decir, axiomáticamente, que la música existe para celebrar su Gloria. Pero incluso entonces, ¿cómo saber si el Señor se tendría por alabado o por insultado, salvo consultando primero nuestras propias sensaciones?

Pero, en ausencia de Dios, ¿qué otra cosa podemos proponer razonablemente? ¿Que el objeto de la música es crear en la mente del oyente o del compositor un conocimiento del mundo? Creo yo que sería muy difícil sostener esta teoría. No niego que la música instrumental pueda lograr *algo* en el mundo de los conceptos y visiones de la vida. Se puede, por medio de la música, provocar ideas (y sentimientos) de devoción, dolor, entusiasmo, burla, etcétera, pero ocurren aisladamente, al azar, flotando en la superficie, sin una integración lógica, y es imposible ordenarlos en una visión organizada del mundo. La música nos *recuerda* ideas, en tanto que la literatura las afirma. Cuando la música lleva texto, el compositor se vale ocasionalmente de sus instrumentos para, por así decirlo, lanzar alguna idea al texto. Si en el momento en que el texto expresa un pensamiento "noble" entra un grupo de flautas con suś trinos, la música expresa ironía: está negando las palabras. Esto, sin lugar a dudas, es un pensamiento. Pero ¿qué tan lejos nos lleva? Sólo unos cuantos pasos, y volvemos a la "fuerza emocional". La música crea emoción; y decir emoción equivale, en este caso, a placer.

No obstante, si se me responde que mis puntos de vista son erróneos, que la música atonal, por ejemplo, es un comentario de la vida moderna, una forma de captar y comprender la calidad de la moderna civilización, en tal caso, digo, me veo forzado a marcharme con mis axiomas y dejar a mi disidente con los suyos. Me dirán: "Claro, usted rechaza la música atonal; insiste en *disfrutarla*, en tanto que yo le estoy demostrando que su propósito es interpretar para usted la vida contemporánea". Nuestra conversación se estanca en un pantano de axiomas incompatibles, para los que no hay tribunal de apelación.

También se estanca la discusión cuando el músico profesional afirma que la música existe, ante todo, para promover la música: que la música es una exploración de las ilimitadas posibilidades de producir sonidos y, como tal, es suficiente en y por sí misma. Esa persona considera que los fines de la música se han logrado si escucha un nuevo aparato electrónico productor de sonidos, o si crea un timbre jamás antes percibido por el oído del hombre. Clasificará de irritante uno de sus productos, y de dulce el otro, pero, a su modo de ver, ambos constituyen sendos éxitos. Más aún: se esfuerza tanto por lograr sonidos intolerables como para obtenerlos de cualquier otra clase. El placer que produce a sus oyentes puede definirse correctamente como un sentimiento de satisfacción por una invención: invención

de sonidos, combinación de sonidos y principios para la organización de sonidos. Se trata, en resumen, del placer que el profesional deriva del uso de las herramientas de su profesión.

Pueden tomarse otros dos caminos: la moral y la higiene. En este caso, el discurso resulta más fácil. Podemos pensar en la música como algo que contribuye al fervor en la batalla o al éxito en el amor; su misión podría consistir en acabar con el odio y fomentar la simpatía, ayudar a la digestión o tranquilizar a los empleados de una oficina. Conviene subrayar su valor terapéutico para las personas nerviosas. Yo me permitiría sugerir que la música no puede hacernos mejores, ni más cuerdos, ni más sanos, si antes no nos ha causado placer. Ni mi digestión ni mi humanidad pueden resultar beneficiadas si lo que estoy escuchando despierta en mí un odio vivo.

¿Para quién se escribe la música?

Las espinas resultan más agudas en cuanto preguntamos, ¿en quién se trata de despertar ese deleite sensual? Los artistas suelen ser criaturas irracionales. Constantemente los oímos lamentarse de que en nuestra sociedad falta comunicación... y en seguida declaran que la propia expresión es el único propósito genuino del arte. "Escribo para mi propio placer". "Pinto lo que necesito pintar". Los compositores no se quedan atrás cuando se trata de opinar así. "Si canto, es porque algo me obliga a hacerlo", es una de sus frases favoritas. Y como todos los artistas de la época actual, saltan fácilmente de la idea de que la creación artística surge de una necesidad interna de expresarse a la noción de que, una vez que nuestro yo se ha expresado, la obra de arte resultante es un éxito. A su modo, se trata de una excelente idea que no admite refutación. Si el fin último de una composición musical es dar satisfacción a quien la compone, santo y bueno: anualmente triunfan miles y miles de partituras; el mundo está cubierto de obras maestras.

Y ahora, dejando la escuela de la propia expresión, vuelvo mi atención a quienes afirman, como algo axiomático, que la composición musical debe agradar "al público". Pero... ¿qué público es "el público"? Permítaseme, con las debidas reservas, tomar como buena la tradicional diferenciación entre tres posibles públicos: (1) un auditorio de especialistas (compositores, ejecutantes, maestros, estudiantes, eruditos, críticos, y algunos melómanos de raros conocimientos); (2) un público formado por personas de cultura general y amantes de las artes, y (3) la inculta masa del público, cuyas necesidades estéticas son satisfechas por los dictados de la última moda popular.

No recuerdo ningún período de la historia en el que el fin último de la música –la música compuesta por la casi totalidad de los artistas serios de una época determinada– haya sido el de complacer a la comunidad musical misma. ¿Podemos considerar esto como un fin satisfactorio? ¿Para quién... y por qué? Todos los que pensamos que la música disonante es una aberración, tendremos que apoyarnos en

otro axioma: que el fin último de la música es deleitar a un numeroso auditorio formado por aficionados, no por especialistas. O bien, puedo dar la vuelta a mi axioma y decir que un gran número de personas que no son profesionales de la música, ni críticos de ese arte, *necesitan* del placer que la música produce, y lo *buscan.*

Llegados a este punto, me abstendré de tomar en cuenta al tercero de los públicos de que hablé: la masa del público, puesto que ya está servida, y bien servida, con la música contemporánea. Para ocasiones románticas, a media luz, dispone de la dulce música de los violines; cuenta con bandas de trombones para bailar, tiene a los "vocalistas", que lo deleitan con sus amorosas baladas, y recurre a la ácida locura del rock para satisfacer sus necesidades orgiásticas: en resumen, hay una vasta producción de sonidos "siglo XX" para deleite del oído de las masas del mismo siglo. En nuestra época, se ha compuesto música para satisfacer a los especialistas, y música para satisfacer a las masas sin cultura. Entre unos y otras queda esa clase a la que tantos millones pertenecemos: los aficionados cultos, a los que *durante 60 años* se les ha negado música nueva.

Someto mi exagerada proposición, y luego me retiro, para volver por mis fueros y mantener el terreno ganado. Stravinsky puede considerarse prácticamente como compositor popular, gracias a una media docena de sus obras. Benjamin Britten, otro moderado, ha creado obras de intensa belleza sin caer en el romanticismo victoriano. Ciertas obras de gran expresividad, como los cuartetos de Bartok, que todavía plantean la disonancia contra la concordancia, atraen al sector más selectivo de mi segundo público. Pero una vez establecidas todas las excepciones, vemos que las verdades fundamentales se mantienen inalteradas: la más perfecta disonancia predomina en el campo de la música "seria"; los restantes estilos están a la defensiva.

Los partidarios de la música disonante afirman que la gente del futuro amará la cacofonía. "Dentro de algunas décadas", escribió Schoenberg hace algunas décadas, "los públicos reconocerán la *tonalidad* de la música que hoy califican de atonal. . . Lo atonal es lo que será comprendido en el futuro". Para la Sra. Peyser, esta añeja profecía conserva todo su encanto. "Con el tiempo", escribe, "dejará de ser algo extraño y la humanidad abrazará las obras que habrán de aparecer"... Pero, ¿en qué tiempo ocurrirá eso?

Beethoven fue un compositor revolucionario; Wagner fue un compositor revolucionario; también Debussy lo fue. Pero ¿necesitaron acaso 60 años para persuadir a los miles o millones de personas educadas? ¡Claro que no! En sus tiempos, cuando todo marchaba más lentamente, les bastaron 10 años, y aún menos, para convertir a esos miles o millones de oyentes. Es obvio que los compositores disonantes iniciaron una revolución de otro tipo. Demolieron los cimientos socio-estéticos del arte. Y después de 60 años, podemos declarar en quiebra al experimento de la disonancia.

¿En qué o por qué ha fallado la música? ¿Por qué razón se han visto tres generaciones de amantes de la música obligadas a fincar en el

pasado la casi totalidad de su experiencia musical? No basta acusar a los compositores modernos de haber declarado deliberadamente la guerra a la humanidad... de haber inventado venenosas combinaciones de sonidos, secuencias no menos venenosas, con el expreso objeto de molestar a la sociedad. Es incontestable que, hasta cierto punto, se unieron a otros artistas para participar en el divertido juego de atormentar a los conservadores, a los "reaccionarios", pero, mayormente, han ido a dar a la guerra por accidente.

El oído, un sentido vulnerable

Una explicación de este accidente radica en la desigual vulnerabilidad de los sentidos de la vista y el oído. Nos molesta y nos hiere mucho más un estridente anuncio radiofónico que un desplegado idiota en los periódicos. "Cuando menos, la letra impresa no hace ruido". Nuestro oído es más irritable que la vista, y como la gama de sonidos tolerable es relativamente limitada, los experimentos en el campo de la música traspasaron los límites más rápidamentes que experimentos paralelos con las artes visuales.

No pongo en duda que con entrenamiento y "práctica" se logre afectar el contorno preciso de estas zonas de tolerancia, pero... ¿se puede estirarlas indefinadamente? Los partidarios de la música disonante, como la Sra. Peyser, creen que el tiempo, el entrenamiento y la frecuente audición, lograrán colonizar nuevas tierras. Las nuevas generaciones reaccionarán a Stockhausen y Boulez tal y como nosotros, los rezagados, veneramos a Bach. Sin embargo, ya son dos las nuevas generaciones que se han negado a avanzar, y ¡después de 60 años! Webern sigue figurando entre los músicos de "vanguardia". Yo afirmo que nuestros compositores se perdieron en una región de intolerancia estética que jamás podrá ser colonizada, bien porque su música causa daños sicológicos al cerebro humano, bien porque la mantiene a raya la inevitable presencia y la perjudicial desemejanza de los tradicionales "sonidos bellos".

Quienes gustan de hablar de "la maravillosa capacidad del oído para adaptarse a nuevas condiciones" –cito las palabras del profesor

Beethoven, Wagner, Debussy: *compositores revolucionarios que conquistaron al gran público.*

Joseph Machlis– sobrestiman esta capacidad. Las zonas de tolerancia se expanden, se contraen o simplemente se alteran en el caso de individuos y sociedades; y es cierto que ciertos sonidos que en una época parecían arañarnos los oídos, quizá nos parezcan hermosos al cabo de uno o 10 años. Pero transformar esta limitada flexibilidad, esta limitada adaptabilidad en un principio de plasticidad infinita, es simple audacia.

¿Cómo es posible, entonces, que exista ese público al que describí en primer lugar –formado por discípulos y especialistas–, y cómo se renueva año tras año? ¿Se trata, acaso, de seres especiales, dotados por herencia de zonas de tolerancia diferentes de las nuestras? Y en caso negativo, ¿por qué no podemos unírnosles nosotros en su propio terreno?

En primer lugar, debemos tener presente que existe un abismo insalvable entre este público y nosotros mismos, por cuanto al propósito de la música. Buena parte de ese auditorio ha perdido interés en los deleites sensuales, no aspira a "renovar su espíritu", la belleza lo deja impasible. Como ya hice notar, buena parte de este auditorio se interesa ante todo en refinar las herramientas de la profesión musical. De ahí la complacencia de este grupo, y su éxito innegable. Desde luego, ese éxito se basa en un axioma que no interesa al segundo grupo.

Ello no obstante, no faltarán miembros del público intermedio que afirmen categóricamente, por ejemplo, que la música atonal es "bella". Estas personas no experimentan ninguna de las lesiones a que tan misteriosamente he hecho alusión; *ellas* sienten con la música atonal los sensuales transportes que otros experimentamos en presencia de Bach. A los miembros de este grupo, cuya preparación no es distinta de la nuestra en lo esencial, les repito que existen marcadas variantes en las zonas de tolerancia o, en otras palabras, la fisiología de la belleza; que al captar la belleza de la música disonante, se encuentran en el extremo de la curva; que 60 años de disonancia no han logrado mover perceptiblemente el centro de esa curva.

Y a los miembros de este grupo que afirman que sólo mediante una preparación y una disciplina extremadas se nos revelan las bellezas de la disonancia y su capacidad para "renovar el espíritu", les contesto que la vida es breve, que sólo nos alcanza para aprender algunas disciplinas, y que el artista, como el ingeniero o el médico, debe aceptarnos como somos. Quienes escriben música cuya belleza sólo puede ser percibida por un público que, a la verdad, necesita tener tantos conocimientos de la música como el compositor mismo, están condenándose a sí mismos a la soledad. Ellos, menos que nadie, pueden esperar que la música disonante sea tenida como algo hermoso por el público culto en general.

Más vale abandonar sin más ni más el razonamiento que pretende integrar la música disonante –hoy o mañana, para los entendidos o los legos– en un sistema de "sonidos bellos". La teoría se asentará sobre bases mucho más firmes si propone que a principios de este siglo la música se unió a las otras artes en la más vasta y exhaustiva

Webern, Stockhausen, Boulez: *compositores disonantes de auditorio limitado.*

explotación de la fealdad (en las artes sensuales) y del mal (en la literatura). En conjunto, tal es la principal corriente artística del siglo XX. Y es esta doble explotación lo que, sobre todo, la separa del arte que la precedió. Todavía en la década de 1890, cuando el movimiento del arte por el arte estaba rompiendo con tanto de lo que formaba el pasado, y prometiendo tanto para el futuro, el culto de lo bello permanecía intacto. La liberación inicial de la moral burguesa tenía que ser seguida por una segunda liberación: había que acabar con el culto de lo bello... y todas las artes se unieron para llevar a cabo esa revolución.

Contra el culto de lo bello

Pero sucede que la música no podía contribuir a su éxito. En el caso de la literatura y de las artes representativas, la explotación de la fealdad y del mal dejaba intactos sus intereses morales, sicológicos y filosóficos, intereses a los que escritores y practicantes de las artes representativas recurren grandemente sabedores del placer estético que así producen en el público. Pero, como ya vimos, la música no es una "interpretación de la vida". La música no conoce el mundo: lo trasciende. Un cuarteto de cuerdas no nos dice si Dios ha muerto o está vivo, ni tampoco nos dice lo que conviene hacer con el problema de la incomprensión entre las generaciones. Para la música, esa renuncia a lo bello significaba quedar desnuda, inerme: no tenía otra cosa en que apoyarse.

Y llegados a este punto se combinan los argumentos que les he presentado. Si echamos un vistazo a la pintura y la escultura contemporáneas, ya sean abstractas o figurativas, descubrimos que el haberse emancipado de las normas renacentistas de lo bello no dio por resultado la inmediata fealdad. Al contrario, se descubrió que la tradición artística de Occidente, a pesar de su larga y gloriosa existencia, no había llegado a abarcar todos los aspectos de posible belleza. Por ejemplo, estábamos ya en pleno siglo XX antes de que se explotaran las bellezas de las líneas aerodinámicas. Pero quedó de-

mostrado que la tolerancia *visual* era mucho mayor de lo que se suponía. Había por delante un vasto continente virgen para explorar los efectos de la belleza.

Pero en el caso de la música no existía ese campo, porque aquí la zona de tolerancia era y es mucho menor. La música abandonó los tradicionales senderos de lo bello y, a partir de entonces, ha perdido su auditorio. Procedamos a aplicar a las artes visuales el mismo rasero (la aceptación popular) que propuse para la música. En las artes visuales, el lapso transcurrido fue normal. El arte arrepresentativo, el cubismo, el surrealismo: todos chocaron al público y dieron pábulo a su indignación, pero acabaron por integrarse, bastante rápidamente, en la sensibilidad general. El moderno concepto visual está en todas partes: en la publicidad, en el decorado de las iglesias, los bancos, las oficinas, los restoranes; en el diseño de aviones, cafeteras y sillas. Las artes visuales avanzaron graciosa y normalmente del dominio del especialista refinado al del lego ignorante. La moderna música disonante es la única forma del arte que está hoy en bancarrota.

Quienes partimos de un axioma diferente no despreciamos los ideales de estos artistas herméticos que trabajan para unos cuantos, o sólo para ellos mismo. ¡Feliz la civilización que puede permitirse el lujo de crear arte para todas las clases, incluyendo esa que saborea lo esotérico! Pero aquí vemos que este hermetismo excluye todo lo demás; que la disonancia monopoliza el campo de la música culta; se trata en suma, de una vanguardia a la que no sigue ningún cuerpo principal.

Se necesita una nueva vanguardia

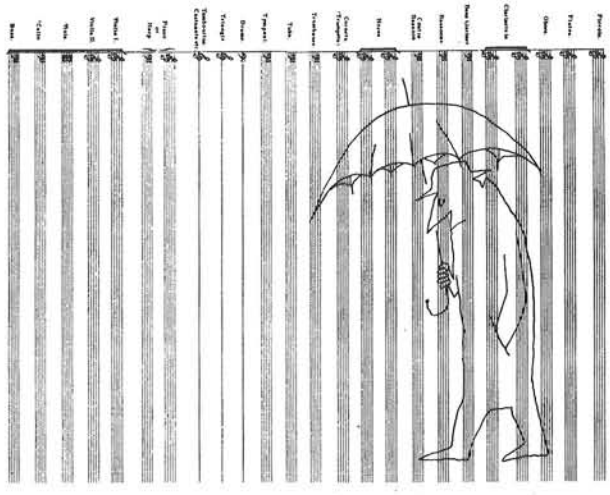
Todo hombre de ciencia sabe que cuando una hipótesis no logra resultados, hay que sustituirla por otra. La hipótesis de la disonancia –justo es llamarla así– se ha negado a producir resultados durante 60 años. Es decir, que ha resultado inoperante en manos de compositores que aspiraban a ser miembros de una élite general, como Mozart y Beethoven. Si se trata de seres racionales, capaces de realizar nuevos intentos cuando los anteriores han fracasado, se percatarán de que ha llegado el momento de emprender otros caminos. Y aquí quiero dejar definitivamente sentado que soy firme creyente en el cambio y la experimentación; si el avance se hubiera detenido en el punto alcanzado por Brahms o por Debussy, o cualquier otro músico innovador, ello habría significado una muerte, aunque de otro tipo, para la música. Pero esto no quiere decir que la invención sea buena por ser invención, o que todo experimento tiene éxito por el hecho de serlo. Mil novecientos era el momento indicado para que, al igual que las otras formas del arte, la música avanzara. Pero al tomar la dirección emprendida por las otras artes, la música fue a dar a un ambiente que, renovador como era para las otras expresiones artísticas, a ella la sofocó.

Ni en sueños pretendo saber cuál hubiera sido la dirección indi-

cada, ni cuál será esa dirección en el futuro. Si algún compositor, deseoso de volver a la civilización, solicitara mi consejo, haría yo hincapié en dos puntos que ya expuse: primero, que el sentido de lo bello no es una facultad tan flexible como muchos creen; segundo, que la fealdad, como la pimienta, es excelente condimento, pero pésima como plato fuerte.

Para nosotros, ese nutrido auditorio formado por hombres y mujeres que no somos cretinos irremediables, existen algunas obras contemporáneas que se contarán siempre entre nuestras predilectas, pero es la música del pasado la que mantiene renovado nuestro espíritu. Y sin embargo, todas las épocas, con excepción de la nuestra, parecen haber disfrutado de su música. Los melómanos del siglo XIX no sentían la imperiosa necesidad de escuchar las partituras del siglo XVIII; los melómanos del XVIII vivían perfectamente felices con un mínimo de música renacentista; y así por el estilo, hasta el pasado más remoto. Cualquier generación pasada hubiera podido sobrevivir exclusivamente con su propia música. Sólo para nosotros resulta el pasado una necesidad del presente. Quizá los cacofonistas del siglo XX han podido permitirse el lujo de "realizar estructuras musicales" en sus laboratorios, porque allí estaban los viejos maestros para cubrir el vacío así creado. Pudieron, por eso, decir: "¿Belleza? De eso ya se ocuparon hace mucho, muchísimo tiempo: escuchen a Vivalvi. Nosotros buscamos otra cosa".

Pero... no hay nada más.



Dibujo de Saul Steinberg. Reproducido de The Art of Living, (El arte de vivir), por Saul Steinberg, con autorización de Harper & Row, Publishers, Inc. © 1945, 1946, 1947, 1948, 1949, por Saul Steinberg.

2. MAS ALLA DE LA TONALIDAD

Por Joan Peyser

En su libro, *The New Music: The Sense Behind the Sound* (La nueva música: el sentido que encierra el sonido), la autora sigue con agrado el rastro de "la aniquilación de la tonalidad" en la música del siglo XX, principalmente en los trabajos de Arnold Schoenberg, Igor Stravinsky y Edgard Varèse. El siguiente artículo es una adaptación del prólogo de su libro, publicado por Delacorte Press.

Joan Peyser, pianista y crítica de música, obtuvo un grado de musicología en la Universidad Columbia de Nueva York. Sus artículos sobre esta materia han aparecido en muchas publicaciones y, regularmente, en *The New York Sunday Times*.

La historia de la música del siglo XX es en gran parte la historia misma del modo en que diferentes compositores han tomado la aniquilación de la tonalidad, ese sistema especial de organización de tonos que al cabo de algunos siglos llegó a considerarse como la ley natural de la música.

Tal como se desarrolló durante el siglo XVII, la tonalidad es un sistema compuesto de escalas de siete notas en que una de ellas es el punto focal o clave tónica. La función de cada una de las otras notas de la escala la determina su relación con la nota clave. Esta jerarquía dinámica predominó en todas las composiciones del mundo occidental durante los siglos XVIII y XIX.

Empero, aun en sus aspectos más penetrantes e indiscutibles, el sistema contenía las raíces de su propia descomposición. Por supuesto, entre las notas de la escala de siete notas hay semitonos o tonos cromáticos. Al principio esos tonos cromáticos ejercían la función auxiliar de la cual les venía el nombre: le agregaban "color" a una obra musical. Pero con el tiempo las notas cromáticas fueron adquiriendo una significación mayor. Mozart, en su *Cuarteto de la Disonancia,* hizo de lado ciertas reglas de la lógica tonal y elevó así los sonidos "desagradables" a expensas de los agradables. Algunas décadas más tarde, Beethoven casi reventó la estructura tonal. Pero no obstante lo muy cromáticas que llegaran a ser sus composiciones, todas las partes todavía giraban en torno de un eje suave y ortodoxo. La tonalidad seguía siendo el principio motor.

Copyright © 1970 por Joan Peyser y Copyright © 1971 por Katomo Ltd.
Tomado con permiso de Dell Publishing Company, Inc.

FACETAS

A fines del siglo XIX se aceleró la corriente hacia la atonalidad, hacia la música sin el centro tonal o clave. Debussy se volvió de espaldas a la escala de siete notas, con sus cinco tonos completos y dos semitonos, en favor de una escala de cinco notas de tonos completos. Wagner desarrolló una forma de modulación, cambiando de clave dentro de una misma pieza, que iría más allá aun de las relaciones tan poco convencionales de las obras finales de Beethoven y crearía una penetrante inquietud tónica. Su perpetuo cambiar de centros claves socavó la tonalidad. Hans Sachs, protagonista intelectual de Wagner, señala la situación en *Los maestros cantores:*

> Tu nota final no es la misma,
> y esto apena a los maestros;
> pero Hans Sachs saca una conclusión:
> ¡En primavera, así debe ser! ¡Está claro!

Arnold Schoenberg reproduce literalmente lo anterior y le agrega su propia interpretación ética: "¡En primavera! En el desarrollo del arte, ¡todo debe ser siempre primavera!"

Los 12 tonos de Schoenberg

El primer movimiento sin clave de Schoenberg inició el período atonal en Viena, en 1908. Después de haber escrito varias obras atonales extraordinarias y expresionistas, entre 1908 y 1912, Schoenberg buscó una tabla de mandamientos musicales que sacara a sus seguidores del caos de la atonalidad. Tenía 49 años cuando, en 1923, reveló ese nuevo código, como "el método de componer con 12 tonos", ahora comúnmente denominado "técnica de los 12 tonos" o "dodecafonía". Rechazando la omnipotencia de la tónica, Schoenberg aseveró que las 12 notas de la escala cromática tenían la misma importancia. El compositor arregló dichas notas conforme a un orden especial, formando la "fila de tonos". Y esta fila o serie de notas –ya fuera en su posición original, invertida, repetida o vuelta a invertir– era lo que determinaba la estructura total. Schoenberg comparó la fila con un sombrero, un objeto al que se puede identificar como tal, desde cualquier ángulo que se le vea. En esta forma, el compositor trató de formular una técnica melódica de 12 tonos que ofreciera la unidad antes ofrecida por la técnica armónica tonal.

La técnica de los 12 tonos puso punto final a un período de varios siglos, durante el cual se dedicó la música a un ideal dramático-expresivo. Propalada por los seguidores de Schoenberg en las décadas de 1950 y 1960, la técnica se trasformó en un lenguaje abstracto, despojado de implicaciones extramusicales. La música era la única de las artes que seguía una senda más abstracta. Ahora era una contraparte lógica de ese movimiento del desarrollo del arte cuya función, como aseveraba Arnold Hauser, "de pintar verazmente la vida y ser fiel a la naturaleza, ha sido objetada por primera vez desde

la Edad Media". Aunque algunas de las consecuencias de la dodecafonía ofrecen una especie de música adecuada a la era científica y tecnológica, las raíces de dicho sistema yacen en el modo peculiar en que un hombre ve al mundo y en su deseo irrefrenable de sistematizar esa visión.

Schoenberg atrajo a un grupo de discípulos en Viena y Berlín. Webern, el discípulo más famoso, aventajó al maestro extendiendo el principio de la serie más allá de la simple nota, es decir, hasta la duración del sonido. Inspirados por Webern, varios miembros de la siguiente generación adoptaron el sistema, aplicándolo a otros atributos más del tono musical, como dinámica, timbre, ataque y disminución. Muchos discípulos poswebernianos han ido más allá de esta rígida aplicación de la idea de la serie. En pos de un ideal que depende de la ausencia de todo foco, procuran, paradójicamente, crear un sentido de discontinuidad y de impronosticabilidad alrededor de un principio unificador.

La revolución iniciada en 1923 por Schoenberg era tan difícil de entender para una gran parte del público como imposible de seguir para muchos compositores. Los músicos, especialmente los que no eran ni austriacos ni alemanes, se rebelaron contra la imposición de una nueva serie de mandamientos más estrictos que los de la tonalidad. Los enemigos de la dodecafonía, compositores tan dispares como Stravinsky, Hindemith, Bartók, Milhaud y la mayoría de los compositores estadounidenses de los decenios de 1930 y 1940, se vieron de pronto agrupados bajo el rubro casi amorfo de "neoclasicismo musical".

En su sentido más amplio, el neoclasicismo equivalía a un rechazamiento de la técnica de los 12 tonos y un renacimiento del interés en las formas del siglo XIX. Esto condujo no solamente al empleo de

Schoenberg, Varèse, Stravinsky: *los que "se arreglaron con la aniquilación de la tonalidad".*

formas tradicionales, como las del concierto, la ópera cómica y el oratorio sino, asimismo, a una nueva exploración de la tonalidad. Stravinsky solía equilibrar dos centros claves a la vez; y Milhaud fue algo más adelante en esa dirección. Este compositor francés promulgó la "politonalidad", al equilibrar cuatro o cinco tonalidades diferentes a un mismo tiempo. Durante la primera mitad del siglo XX, cada una de las dos escuelas, dodecafonía y neoclasicismo, ha estado bajo la égida de dos figuras deificadas: Schoenberg y Stravinsky, respectivamente. Ambos crearon una formidable especie de idolatría y ninguno puso en tela de juicio lo correcto de su sistema.

Neoclasicismo y música electrónica

En cambio, Edgard Varèse, el precursor de la música electrónica, no tuvo un cortejo comparable con el de los otros maestros. Su caso es único. Después de su muerte, en 1965, Pierre Boulez escribió en *Domaine musical* que veneraba a Varèse porque había sido una figura "marginal" y "solitaria" que poseía "la rareza de un diamante único". Varèse no mostró interés alguno en la dodecafonía y despreció el aparente retroceso del neoclasicismo. Desechando la politonalidad la describió como "el sonido simultáneo de partes a cual más vacías, una de las cuales ha sido traspuesta en otra clave para ayudar a disfrazar la falta de sustancia. Regularmente –dijo– nos causa la impresión de una cuerda sucia en Do mayor".

Valido de partituras verticales cada vez más densas, Varèse creó una estructura sin melodía que dependía del ritmo y la sonoridad. Y antes de la conclusión de la Segunda Guerra Mundial, no tuvo ni la tecnología ni el público que necesitaba con tanta desesperación. Sin embargo, hoy sus trabajos han sido recompensados: los medios electrónicos y los sonidos atonales producidos por instrumentos ordinarios constituyen aspectos integrales de la nueva música.

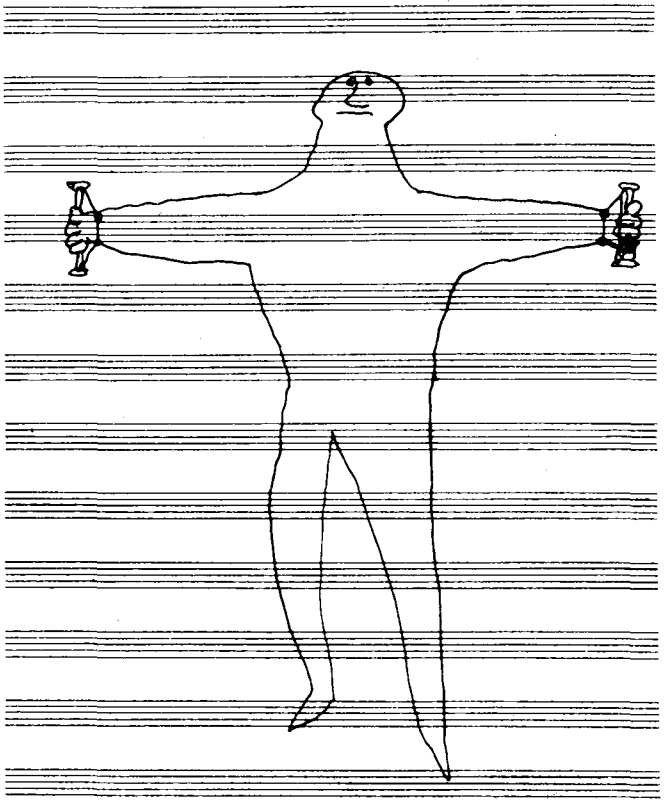
Desde el siglo XVI hasta el XIX, inclusive, los artistas enfocaron su atención sobre el hombre. La perspectiva, en la pintura, y la tonalidad, en la música, reflejaron el viraje del universo, de Dios hacia la realidad física del mundo. Con sus contrastes inherentes, la tonalidad era el modo perfecto de expresar las pasiones humanas.

Sin embargo, en los tiempos recientes muchos artistas se han desviado del hombre, en busca, con un carácter más medieval, de lo que hay detrás del ser humano. El nuevo y alusivo teatro total huye de la forma cerrada, con comienzo, enlace y final, en pos de un campo llano y sin estructuras. Atraídos por esta idea, los compositores se dirigen a tientas hacia algo nuevo, hacia un símbolo imposible de parafrasear o de fijar en un sistema teórico. A ese nuevo símbolo hay que llegar directamente, y casi por intuición.

En el tiempo en que uno vive sólo alcanza a percibir vagamente la esencia del arte. Pero, por lo menos, podemos tener la certeza de que

lo mismo el alineamiento de notas que el azar y el teatro total tienen un denominador común: el de rechazar la retórica y el expresionismo. Asimismo pueden servir de escalas en un largo viaje hacia la materialización de un lenguaje musical que sea tan útil como lo fue la tonalidad en su propia época. Un gran físico, Max Planck, ha descrito la condición actual de la ciencia en un ensayo que tituló "¿Hacia dónde va la ciencia?" Y a juzgar por lo que dice, bien podría estar refiriéndose al *Pierrot Lunaire*, de Schoenberg, o a *La consagración de la primavera*, de Stravinsky:

> Estamos en una posición análoga a la de un montañista que vaga por espacios inexplorados, sin saber jamás si atrás del pico que tiene enfrente, y que trata de escalar, existirá otro todavía más elevado...
> El valor del viaje no está en su final sino en el viaje mismo.



Dibujo de Saul Steinberg. Reproducido de The Art of Living (El arte de vivir), por Saul Steinberg, con autorización de Harper & Row, Publishers, Inc. © 1945, 1946, 1947, 1948, 1949, por Saul Steinberg.

UN ESTUDIO INTERNACIONAL DE ESCUELAS

Por Grace y Fred M. Hechinger

Grace Hechinger

Fred M. Hechinger

Un grupo de investigadores, representantes de 22 países de Asia, Europa y América, concluyó recientemente uno de los estudios más amplios que se han hecho de la educación internacional, cuyo mayor interés, según los autores de este artículo, estriba, más que en las comparaciones que establece, en los planes de trabajo que sugiere su recopilación masiva de datos.

Fred M. Hechinger fue director de la sección educativa de *The New York Times* durante muchos años, ahora es miembro de la junta editorial de ese diario. Muchos de sus artículos y editoriales han sido premiados por distintas autoridades en educación. Entre sus libros figuran *An Adventure in Education, The Big Red Schoolhouse* y *New Approaches* (Aventura en la enseñanza, La enorme escuela de ladrillo rojo y Nuevos puntos de vista). Grace Hechinger ha colaborado con su marido en varias obras, como *Teen-age Tyranny* y *Pre-School Education* (La tiranía del adolescente y La actual educación pre-escolar).

El presente artículo de los esposos Hechinger apareció originalmente en la edición de enero-febrero de 1974 de *American Education*.

Todo intento de comparar adelantos educativos trae un riesgo implícito. Lo que sería un triunfo en una comunidad podría dejar totalmente fríos a los jueces de otros lugares sujetos a condiciones diferentes. Expectativas y normas dependen de culturas diferentes y, por lo tanto, se necesita tener mucho valor para que un grupo de investigadores académicos trate de valorizar y comparar los adelantos educativos, no de las escuelas de dos ciudades distintas sino, literalmente, de miles de niños, maestros y planteles de 22 naciones.

Sin embargo, esto último es precisamente lo que ha intentado la International Association for the Evaluation of Educational Achievement (Asociación Internacional para la Evaluación de los Logros de la Educación): IEA. Con asiento en Estocolmo y financiada por fundaciones y dependencias gubernamentales, el grupo investigador examinó el progreso de la enseñanza de las ciencias, la literatura y la comprensión de la lectura. Las naciones que participaron en el estudio fueron: Alemania Occidental, Australia, Bélgica, Chile, Inglaterra, Finlandia, Estados Unidos, Francia, Hungría, India, Irán, Irlanda, Israel, Italia, Japón, Holanda, Nueva Zelandia, Polonia, Rumania, Escocia, Suecia y Tailandia.

En el curso de este estudio de la educación internacional, el más vasto que se ha emprendido hasta ahora, se acumularon montañas de datos. Alrededor de 258.000 estudiantes y 50.000 maestros de 9.700 escuelas tomaron parte en la tarea, sujetándose a pruebas o dirigiéndolas; contestando preguntas orales o llenando cuestionarios. Millones de datos informativos aparecerán en volúmenes dedicados a cada uno de los temas tratados. Toda la información se guardará en repositorios de Chicago, Melbourne, Nueva York, Estocolmo, Tokio y California, donde estarán a disposición de investigadores y eruditos del mundo entero.

Aunque los peritos todavía estén clasificando los datos y discutiendo las conclusiones que se pueden sacar, uno siente la tentación de preguntar: "¿Quién va adelante? ¿Será verdad que Johnny no sabe leer tan bien como Hans? ¿Y qué hay de las aseveraciones formuladas por sociólogos norteamericanos en el sentido de que la escuela realmente no importa o no funciona?"

Torsten Husen, director de la IEA y profesor de pedagogía de la Universidad de Estocolmo, sabía bien que los aspectos competitivos del estudio serían los que más intrigarían a la prensa y al público. Recuerda lo que llama "el fiasco de 1964", cuando la IEA divulgó los resultados de su primer estudio internacional sobre el desarrollo de las ciencias matemáticas. La única parte del informe que llamó la atención fue la que mostraba que los japoneses aventajaban a todos.

El profesor Husen considera esto un enfoque simplista de los problemas complejos porque se hace caso omiso de diferencias en el ambiente y las prioridades nacionales, culturales y sociales, y pasa sobre interrogantes como: ¿Qué proporción de niños realmente va a la escuela? ¿Qué se espera de los alumnos en otras áreas de estudio? y ¿Con qué vara se miden los adelantos en los diferentes países? "Nuestra intención –dice Husen– ha sido evitar cualquier género de olimpiadas intelectuales". Mejor dicho, la mira ha sido buscar soluciones tal vez útiles para revisar, planear o cambiar programas educativos.

Prueba de la educación masiva

Cualquier comparación internacional de adelanto educativo plantea a muchos países la importantísima pregunta de si la filosofía básica y los principios guías de la enseñanza masiva realmente funcionan, no sólo en teoría sino también en comparación con los de otras naciones. Por ejemplo, la instrucción universal ha sido en los Estados Unidos una cuestión de fe. Para muchas generaciones de inmigrantes la promesa de una tierra de oportunidades ilimitadas era prácticamente sinónimo de libre acceso a las escuelas gratuitas. No había selección de alumnos, a los 10 años de edad –como en Inglaterra, Alemania y muchos otros países– para determinar quiénes habrían de seguir un curso de orientación académica que, a su vez, determinaría la vida y la carrera en el futuro del niño. Conforme al optimista pronóstico formulado por Horace Mann en el siglo XIX,

la instrucción universal e igualitaria era la piedra angular de una sociedad libre, abierta y próspera.

¿Sueño o realidad? Los críticos conservadores de la instrucción en E.U.A. nunca han aceptado plenamente tal enfoque igualitario. Aseguraban que el acceso sin distingos a las escuelas públicas perjudicaría a los inteligentes al reducir el nivel de talento a un común denominador de mediocridad. Ante diversas proposiciones en favor de que ampliaran las oportunidades educativas pensaron, como los conservadores europeos, que *más* era igual a *peor*.

Cuando además del alto costo de la instrucción universal se piensa en aquellas dudas filosóficas e ideológicas, la cuestión de qué tanto pueden compararse los Estados Unidos con otras naciones, asume una importancia muy diferente a la de una olimpiada intelectual.

Uno de los descubrimientos más importantes de la investigación ha sido que en el plano de la comprensión de lo que se lee, el nueve o 10 por ciento de los mejores alumnos de cursos superiores de secundarias estadounidenses se desempeña mejor que los grupos selectos de otras naciones. Esto es claramente significativo, sobre todo cuando se compara con el hecho de que los otros países incluidos en la prueba aún siguen un plan altamente selectivo o restrictivo. Dicho de otro modo, la flor y nata de los jóvenes de talento de los Estados Unidos es tan buena o mejor que la de los estudiantes más capaces de los países que conservan un sistema educativo elitista.

Desventajas y ventajas

"Realmente el sistema selectivo paga un precio muy alto en talento desperdiciado y dislocación social", dice el profesor Husen. Para demostrar la verdad de su punto de vista, señaló que en Alemania Occidental, donde a los 10 años de edad se separa a los niños que no tienen vocación académica de los que sí la tienen, en el grupo de los mejores estudiantes superiores de las secundarias se reflejó "el mayor índice de prejuicios sociales". Esto significa que tales estudiantes aplicados provenían casi exclusivamente de las clases privilegiadas. Al nivel de los 18 años, en las escuelas alemanas sólo se encuentra un uno por ciento de jóvenes de las clases bajas (hogares de trabajadores o de obreros semiespecializados), comparado con el 14 por ciento de jóvenes de la misma condición que hay en las escuelas de E.U.A.

Sin embargo, en el renglón de ciencias el grupo de los mejores estudiantes superiores de secundarias estadounidenses no pasó del séptimo lugar. Esto tal vez se debe a que las escuelas estadounidenses –comparadas con la de muchos países avanzados de Europa– exigen menos estudios científicos a sus alumnos. Esta tolerancia ha sido criticada en forma muy convincente por el educador y ex rector de la Universidad Harvard, James B. Conant, quien en un plan de reforma de las secundarias, propuso que éstas exigieran mayor número de materias científicas a los alumnos más brillantes, que constituían el 15 por ciento del total del alumnado.

La conclusión más importante e irrebatible que se puede sacar del estudio de la IEA es que la instrucción masiva *no* lesiona el progreso académico de los jóvenes más talentosos sino que, además, asegura una constante infusión de sangre en la élite académica. Esto es decisivo en cualquier esfuerzo que se haga por mantener a la sociedad en estado de fluidez y permitir que ricos y pobres, hijos de trabajadores o profesionistas, tengan la oportunidad de ascender a la cima.

Por supuesto, una sociedad abierta como ésa paga un precio especial en lo que se refiere al lugar que puede ocupar en cualquier competencia internacional. Por ejemplo, en la evaluación del progreso de todos los alumnos de años superiores, y no sólo del nueve por ciento mejor, los Estados Unidos bajaron del primer lugar al decimosegundo. Como de las secundarias norteamericanas sale la mayor proporción de graduados –el 75 por ciento de la juventud estudiantil– no es de sorprender que aquéllas quedaran en el decimosegundo lugar, comparadas con la de otros países que en ese nivel ya han eliminado de sus aulas a un número considerable de alumnos –la mayoría en algunos casos– y por lo tanto, de cualquier competencia. Sin embargo, aquellos jóvenes estadounidenses, por el simple hecho de continuar en la escuela, no sólo mejoran sus futuras probabilidades de éxito sino, además, ofrecen al país una reserva más amplia de fuerza de trabajo instruida.

Escuela y éxito

En estrecha relación con el estudio de la IEA y sus resultados, advertimos una cuestión que actualmente está causando fogosas controversias en los E.U.A. y otros países: la relación entre la preparación escolar de un joven y su subsiguiente éxito y posición en la sociedad. Por ejemplo, el informe de Estocolmo al parecer contradice las teorías divulgadas por un grupo investigador de Harvard, encabezado por Christopher Jencks, que sostiene que las escuelas no han podido reducir la desigualdad social y económica.

En el estudio de la IEA se reconoce que ésta no se interesó abiertamente en calcular los ingresos futuros de los niños, pero al mostrar claramente que el libre acceso a la enseñanza permite que los niños de hogares humildes lleguen hasta el nivel de la élite académica, ofrece una prueba convincente de que la educación también abre las puertas del éxito económico.

Al mismo tiempo, el estudio parece confirmar la teoría –ya expuesta en 1966 por el profesor James Coleman de la Universidad Johns Hopkins– de que en el marco total del adelanto escolar es más importante lo que los alumnos estudian o investigan en casa que lo que las mismas escuelas hayan hecho por ellos. Sin embargo, el profesor Husen sostiene que las escuelas sí representan una diferencia importante y que existe una correlación directa entre el estudio intenso y el éxito. Como dice uno de los investigadores de Estocolmo: "Hay que adquirir los medios y estirarlos". En otras palabras,

para triunfar, los jóvenes deben tener libre acceso a las escuelas y estudiar con ahínco.

Aquí, entre las cuestiones aclaradas aparece un punto ligeramente "misterioso". Al analizar la razón por la cual las escuelas han tenido más éxito en la enseñanza de las ciencias –cosa que los investigadores de Estocolmo describen como materia "escolar"– que en la enseñanza de la apreciación de la lectura, o materia "doméstica", uno se pregunta si no se deberá eso a la incapacidad de los educadores para adaptar sus métodos y actitudes a las necesidades de los jóvenes. "Las escuelas, aparentemente –dice el informe–, hacen poco por movilizar todos sus recursos a fin de mejorar los hábitos de lectura de los jóvenes, más allá de los primeros años".

El simple hecho de que exista una diferencia claramente definida entre el éxito de las escuelas en lo que se refiere a los temas de carácter doméstico –es decir, en los que se puede aplicar lo que Coleman ha dicho– y el que corresponde a las materias de tipo "escolar", en las que los maestros realizan casi todo el trabajo, comparado con un mínimo de estudio en casa, quizá indica que los educadores podrían hacer una labor general mejor si reordenaran sus propias prioridades. Dicho de otro modo, los " misterios" que hacen que los niños aprendan ciencias, matemáticas y otras materias de tipo escolar con un éxito relativamente superior al que obtienen en las materias de carácter doméstico, sin duda se podrían identificar más eficazmente para aplicarlos también a estas últimas materias.

Otro punto aclarado por la IEA señala que lo anterior no es una simple hipótesis basada en buenos deseos. Nos referimos a la confirmación de la queja de los movimientos de liberación femenina, según la cual las escuelas, por tradición y sistemáticamente, no dan a las muchachas toda la enseñanza que podrían darles. Así, de acuerdo con el informe, y prácticamente sin excepciones (las únicas se descubrieron en unas cuantas escuelas altamente especializadas), las muchachas marchan a la zaga de los niños en lo que respecta a interés y progreso en materias científicas. La clave de la razón de esa discrepancia es el descubrimiento de que la brecha entre las primeras y los segundos se ensancha mientras más tiempo pasan las muchachas en planteles exclusivos para mujeres, donde sus maestros claramente actúan guiándose por la noción de que a las niñas no se las debe engorrar con materias destinadas a los niños. Cuando las muchachas asisten a escuelas mixtas, dice el informe, la brecha se reduce en una forma notable.

Por tanto, resulta evidente que la causa del retraso, ya sea que se acepte la teoría de las materias de carácter doméstico o la de las materias destinadas a los niños, hay que buscarla, principalmente, en la falta de decisión de las escuelas y de la sociedad para superar los problemas de aprendizaje.

Los investigadores de la IEA se internaron en un terreno de lo más resbaloso cuando trataron de determinar no sólo el adelanto de los estudiantes sino también su opinión de las escuelas. Esa clase de esfuerzos, ya se hagan por medio de cuestionarios o de entrevistas,

regularmente pierden algo de su valor porque tanto los profesores como los alumnos de cualquier lugar suelen imaginarse lo que están pensando sus examinadores y dan las contestaciones que creen que éstos esperan de ellos.

Actitudes hacia las escuelas

Demasiados factores sutiles intervienen en las distintas actitudes que adoptan los estudiantes para poder reducirlos a gráficas. Por ejemplo, los investigadores descubrieron con gran sorpresa que a muchos estudiantes suecos les "disgusta" la escuela. (La encuesta en los Estados Unidos reveló, en cambio, que a pesar de las muchas protestas que se oyen en este país, predominan los jóvenes a quienes "les gusta la escuela".) Una visita a una típica escuela suburbana de Estocolmo reveló una de las causas de la actitud negativa de los estudiantes suecos. Las instalaciones eran estupendas: aulas totalmente alfombradas, labotarorios ultramodernos, amplios salones de esparcimiento y reunión, y lo último en equipo de comedor. Pero al mismo tiempo se vio que las autoridades escolares oían y fiscalizaban rígidamente las actividades y la conducta de los alumnos. La atmósfera era seca, regimentada, y ante tales discrepancias resultaba lógico el relativo disgusto de los estudiantes.

Sin embargo, en otros renglones la cuestión de gusto y disgusto llegó a un nivel de acuerdo internacional tan uniforme que las contestaciones podrían ser útiles y relevantes para planear la educación en otras regiones. A todos los niños de 14 años, cualquiera que sea su clase o su posición socioeconómica, les gusta leer libros de humorismo, aventuras, misterios, deportes e idilios. Los estudiantes superiores de secundaria prefieren noticias, historia y viajes, así como obras de aventuras y humorismo. "Los mejores estudiantes de casi todos los países leen con gusto las historietas y los cartones cómicos de los periódicos, así como los artículos folclóricos", dice el informe, lo cual sin duda alguna es un revés a los pedagogos más serios, por no decir más estirados. El informe concluye:

> Las implicaciones del estudio sobre literatura hecho por la IEA son vastas. Si los maestros y las escuelas consiguieran que los estudiantes leyesen cuentos y los interpretaran como aquéllos lo hacen, las escuelas tal vez no serían tan deficientes como algunas personas lo insinúan. Un nuevo examen de las metas de las escuelas y de lo que éstas *pueden* hacer podría conducirnos a una reconsideración seria del programa literario y del estudio en general de la lengua materna.

Una perspectiva razonable

En resumen, la virtud de los estudios de la IEA estriba en que contrarresta la falta de criterio de los críticos conservadores y radicales de la enseñanza pública. Las comparaciones internacionales ofrecen una perspectiva más racional. Por ejemplo, la mayor parte de los más exaltados impugnadores de la educación pública en E.U.A. emiten sus juicios desde un plano esencialmente estrecho, de

acuerdo con el temperamento de la autocrítica. Si bien les asiste toda la razón para denunciar esos programas y tendencias que han hecho objeto de discriminaciones a los pobres y las minorías, no se puede decir lo mismo de su inclinación a describir tales efectos como pecados típicamente estadounidenses. Frente a las escuelas de otras naciones industrializadas –donde la estratificación es aún más rígida– el adelanto académico estadounidense, con todas sus fallas, adquiere un matiz diferente.

Lo que la IEA ha averiguado resulta alentador para los Estados Unidos, precisamente por el hecho de que su estudio no contiene nociones preconcebidas acerca de las ideas que durante mucho tiempo han sido tomadas como artículos de fe por los dirigentes de la enseñanza pública en E.U.A. Y en el centro de los hallazgos figuran dos puntos claves: que las escuelas *sí* sirven para mantener a una sociedad en estado de fluidez, y que mientras *más* haya, tanto *mejor*.

LOS GOLFIMANOS

Por Alistair Cooke

"Ningún hombre que estuviera en sus cabales osaría jugar golf", declara el Sr. Cooke. Aun así, hay 14 millones de norteamericanos y otros muchos millones de terrícolas que persisten en esa locura. Aquí tenemos a un adicto activo, frágil de espíritu y parco en el hablar, que estudia el extraño mal de la "golfilia". Esta es una síntesis del artículo que publicó en *The New York Times Magazine*.

Alistair Cooke, inglés por nacimiento y ahora ciudadano de los Estados Unidos, se ha distinguido como comentarista de la vida norteamericana, al servicio de la British Broadcasting Corporation y del *Manchester Guardian*. Sus obras incluyen *A Generation on Trial* (Una generación a prueba) y *Talk About America* (Hablemos de América). Su último libro, *Alistair Cooke's America* (La América de Alistair Cooke), basado en una serie de argumentos para la televisión, ocupaba el primer lugar entre las obras de mayor éxito al comenzar el año de 1974.

La gente ha estado jugando al golf por espacio de 800 años y hasta hoy nadie ha explicado satisfactoriamente el motivo. Pues de todas las formas de ejercicio teóricamente creadas para recrear y tranquilizar al hombre, no se podría citar otra mejor que ésta, con garantía infalible de producir agotamiento nervioso y desesperación capaces de precipitar severas afecciones mentales y, en algunos casos, hasta explosiones de ira. El consuelo que en una cierta ocasión ofreció un servicial "caddie" a un primer ministro británico, diciéndole, "total, es un juego", bastó para desatar un torrente de obscenidades como nunca había salido de los labios de aquel estadista. Se ha conocido el caso de un hombre que después de haber jugado un partido en forma abominable se cortó las venas de las muñecas con una hoja de rasurar, y después de vendárselas, entrar al vestuario bamboléandose y preguntar a su compañero de juego: "¿A qué hora nos veremos mañana?"

¿Por qué ha de haber alguien que insista en practicar un juego cuya mira, según la inolvidable definición de Winston Churchill, "es pegarle a una pelotita y meterla en un hoyo todavía más chico con armas singularmente inadecuadas para ese propósito"? Bueno, lo cierto es que ya lleva tanto tiempo de practicarse que resulta imposible desecharlo como una llamada efímera semejante a la del majong o la del tema sexual. Bernard Shaw proclamó un día que el impulsar una pelota a campo traviesa con un palo era "una chifladura típicamente capitalista de la clase alta inglesa de la época Eduardiana". Como de costumbre, Shaw despreció sumariamente los hechos reales por hacer una frase chispeante, pues tales lunáticos han constituido una raza indómita desde los tiempos de Roma, por lo menos.

© 1973. Reimpreso con el permiso de The New York Times Co.

Las legiones de César enseñaron a los bárbaros bretones a aporrear una pelota de cuero estofada con plumas de gallina. Ese proyectil conservó su forma hasta 1845, cuando un clérigo inglés dado a la mitología hindú recibió de la India una estatua del dios Vishnú, envuelta en gutapercha. Es muy posible que el reverendo Dr. Robert Adams Patterson haya visto en la envoltura de gutapercha una manifestación redentora de la gracia de Dios. En todo caso, la usó para manufacturar la primera pelota de gutapercha e inmortalizar así su nombre. (La escuela filosófica opuesta, la que sostiene que el dios envuelto no era Vishnú sino Siva, el Destructor, tiene derecho de opinar lo que le plazca. Hasta ahí llegaremos nosotros, por ahora, en lo que se refiere al efecto del hinduismo en la composición de las pelotas de golf).

Invención holandesa

Sea lo que sea, en algún pasaje ignorado de los dos mil años de dominación de "las plumas" (55 a.C.–1845 d.C.), unos holandeses colocaron su pelota en un promontorio diminuto y la dispararon con un palo en dirección de un hoyo. Como al promontorio le decían *tuitje* (pronunciado como "toytee", de aquí se deriva *tee*) al hoyo *put* y al juego *Het Kolven*, al parecer queda en claro que el *golf*, en sus puntos esenciales y terminología, lo inventaron los holandeses. Pero estos pronto vieron a dónde los llevaba la pelota (a la locura y a la parálisis de su imperio), y más o menos lo abandonaron.

Para entonces, sin embargo, los escoceses ya se habían aficionado al juego y éste, antes de que concluyera el siglo XV, planteó una amenaza similar a la defensa nacional, al inducir a los ciudadanos –que deberían estar practicando la arquería– a perder el tiempo tratando de conseguir que la endemoniada pelotita saliera disparada en línea recta. Jaime II de Escocia se sintió tan alarmado por el descuido de la arquería que en 1457 decretó que todo el pueblo condenara el golf y no volviera a jugarlo. Pero ya era muy tarde. Jaime no advirtió lo que ya sabía hasta el último de sus súbditos: que el golf era precisamente lo que el temperamento escocés había estado buscando a través de los siglos, a saber, un método de autopenitencia disfrazada de juego capaz de enredar a jóvenes impíos en los postulados de lo que primero se conocería como calvinismo y luego, a través del *het kolvenismo*, se denominaría "golf". Los dogmas de esta fe establecen que la vida es adusta e incómoda y que la vanidad humana no puede prevalecer.

El emblema de la corbata reservada para los miembros del Real y Antiguo Club de Golf de San Andrés –el Vaticano de la golfandad– es el propio mártir, cargando la cruz en forma de X en que sería estirado y clavado en Patrás. Solamente a los escoceses podría habérseles ocurrido exaltar un juego nacional con la figura de un santo torturado. Sin embargo, el símbolo es perfecto, como puede decirlo cualquier persona que a través de los años se haya esmerado en pulir una técnica útil para verla desplomarse en sólo una tarde. San Andrés es

el epítome triunfal del credo del golfimano: que el Hombre debe esperar muy poco en este valle de lágrimas y debe esforzarse por alcanzarlo.

El carácter del golfista

Si algo se pudiera decir en términos generales de un golfimano es que nunca será un idealista. Es imposible imaginarnos a Ibsen, Dante, Shaw, Hitler o D. H. Lawrence saliendo a pasear un sábado por la tarde para exponer tanto su egolatría a las realidades de la vida. Todo partido de golf es una exhibición pública de ambición desmedida, audacia desinflada por la estupidez, habilidad agriada por un chorro de arrogancia. Se puede falsificar una razonable estrategia de bridge y simular una habilidad modesta para nadar y

Al autor como víctima: *El Sr. Cooke intenta salir de una trampa de arena.*

jugar al billar y, ¿por qué no? al tenis. Hasta un ajedrecista mediocre puede dejar la impresión, con una poca de maña, de que estaba fraguando una jugada que no pegó. Pero todo aficionado al golf, por mucho que haya ensalzado o fingido subestimar su destreza, proclama, con el simple acto de poner la pelota –y antes de iniciar el swing– que es un farsante o un chambón o, cosa rara, un golfista. (Hay excepciones desconcertantes. Claramente se ve por el swing de Doug Sanders y el final desgarbado de Arnold Palmer que ninguno de éstos llegará a ser un golfista.)

Esas humillaciones constituyen la esencia del juego. Provienen del hecho de que la anatomía humana ha sido exquisitamente diseñada para lo que sea, menos jugar al golf. Para adquirir una experiencia elemental, el ser humano debe aprender, mediante una práctica interminable, una serie continua y sutil de movimientos sumamente anormales, en los que intervienen unos 64 músculos, con el fin de representar un swing aparentemente "natural" que dura sólo dos segundos. Poquísimos adictos conseguimos ese efecto, y no por mucho tiempo. Jack Nicklaus, el mejor de nuestros días, y tal vez de cualquier época, está tratando de corregir un "defecto" misterioso de su swing.

Empero, las cifras de la golfilia nacional son tan alarmantes como las estadísticas de las drogas heroicas. Cuando hace un siglo nació el tenis, los escoceses ya llevaban no menos de 500 años de darle al golf. Pero no había un solo golfista notable norteamericano. (A fines del siglo XVIII se intentó introducir el juego en Nueva York, Carolina del Sur y Georgia; pero pronto se le desahució.) Hace 20 años se calculó que había ocho millones de estadounidenses adictos; y hoy debe de haber unos 14 millones.

Seguramente hay buenas razones para ese cambio. Las que regularmente dan los golfimanos al prójimo son tres: (1) Que en contraste con el tenis, el squash, pinocle, el ajedrez, las *boccie* y casi todos los juegos de competencia, el golf no se juega en un mismo, aburrido rectángulo, tablero, patio o callejón sino a través de deleitosas variedades panorámicas. Me encantaría sostener que todos los golfimanos somos adoradores de la naturaleza. Desgraciadamente, si bien todos los adictos saben distinguir una trinchera de un hoyo, son muchos los que creen que un álamo es lo mismo que un alemán. (2) Que hay algo de tonificante y caprichoso en el hecho de que usted es totalmente responsable del destino de la pelotita blanca y de que sólo hay una oportunidad de pegarle correctamente (no hay un segundo servicio, un tercer "strike" o un cuarto "down", etc.). (3) Que el golf ofrece la prueba suprema de jugar contra uno mismo, no contra un adversario.

No es para cuerdos

Las razones segunda y tercera simplemente detallan las objeciones, no los incentivos, para jugar al golf y confirman poderosamente lo que al parecer he venido sosteniendo: que ningún hombre que esté

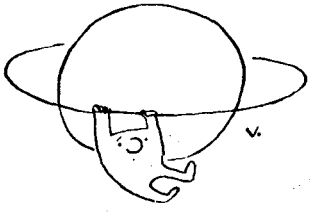
en sus cabales jugaría al golf. Ese es el punto: que no lo practica ninguna persona sensata, ningún adulto maduro con un gramo de lo que los franceses llaman *"l'amour-propre"* –lo cual no tiene nada que ver con chicas. Las gentes cuerdas pescan, cultivan petunias, administran industrias, o la Casa Blanca. (Lo mejor de la gestión del Presidente Eisenhower fue su convicción jeffersoniana de que debe haber poco gobierno y mucho golf.)

Así, en principio puede estar seguro de que en cualquier juego que seleccione habrá ciertos tipos nocivos que nunca tendrá por qué conocer: los orgullosos, los melindrosos, los ansiosos. Cualquiera persona preocupada de "su imagen" cuelga los palos de golf tan pronto como advierte que sus socios, en una sola vuelta, han sondeado su profunda vanidad.

El atractivo principal del golf, creo yo, tiene algo que ver con esa clase única de compañerismo psicológico que une a un chiquillo deseoso de llegar a rey con un adulto sensato que sabe que nunca lo será. Es el compañerismo del desinflamiento común, de la buena disposición a gastar tres o cuatro horas demostrando una y otra vez la vanidad de los seres humanos, especialmente la de los amigos más íntimos.

"Cuando un hombre se ríe de sus penas –decía el irrespetuoso comentarista H. L. Mencken–, pierde a muchos amigos que nunca le perdonarían la pérdida de esa prerrogativa". Mencken àborrecía a los golfistas, sin conocerlos. Si los hubiera conocido, habría descubierto la única sociedad secreta universal que se nutre de los alardes mutuos de fragilidad humana. Al brindar a cada hombre una prueba visible de que su socio es un exhibicionista fallido, el golf refuerza uno de los placeres mayores de la amistad; más delicioso por secreto, ya que la etiqueta del juego exige que uno se lo guarde.

Sin embargo, no vaya a suponer el lector que los golfimanos forman una especie particular de seres mezquinos. Pertenecen a una variedad especial de realistas morales que cortan en capullo los anhelos románticos e idealistas probando, una o dos veces por semana, que la vida es inconquistable pero llevadera. Pues el golfista comprime en unas cuantas horas todas las emociones que disemina a lo largo de su existencia: esperanza, envidia, traición, disciplina, autoengaño. En fin, el Cáliz Sagrado que se encuentra a su alcance para luego serle astutamente arrebatado. De allí la profunda observación de Stephen Potter de que mientras el vulgo piensa que el golf es un microcosmos de la vida, "la verdad es que la vida es un golf en miniatura".



W. H. AUDEN, FILOSOFO DE LA ANSIEDAD

Por Timothy Foote

W. H. Auden

Entre la muerte de T. S. Eliot, en 1965, y la suya, ocurrida en septiembre de 1973, W. H. Auden fue probablemente el poeta de habla inglesa más admirado en vida. Británico por nacimiento, norteamericano por elección, Auden tendió un puente entre estas dos culturas sin perder su expresión particularmente modesta e irónica.

Timothy Foote fue corresponsal extranjero en París, y es actualmente redactor del *Time*, donde apareció el artículo aquí reproducido. Escribió artículos para varias revistas estadounidenses y es autor de *The World of Peter Bruegel (El mundo de Peter Bruegel).*

El rostro, gastado como el paisaje calizo que tanto amó y cantó; grande, moreno, arrugado como una nuez. Podía haber pertenecido al de un asoleado indio americano que ha vivido de sobra y ha sufrido demasiado hondamente la carga de la debilidad humana. Su voz, tantas veces alzada en las aulas universitarias de toda Norteamérica, era aguda, uniforme y, para ciertos oídos estadounidenses, enervantemente británica. Sus dos abuelos fueron clérigos de la iglesia anglicana. Estudió biología en Oxford, y allí enseñó al final de su vida, en el Christ College. Hace poco pudo escribir:

> Nuestra tierra de 1969
> No es el planeta que llamo mío
> . . .Mis paraísos y sus climas
> Son obra de tiempos eduardianos.

Antes había compuesto una de las poesías más hermosas consagradas jamás al amor:

> Apoya, humana, tu cabeza dormida,
> amor mío, sobre mi brazo sin fe;
> el tiempo y las fiebres consumen
> la belleza del niño más caviloso,
> y la tumba demuestra
> lo efímero de las criaturas.
> Pero en mis brazos, hasta que rompa el día,
> reposa, criatura viva,
> mortal y pecadora, . . .que para mí
> eres la belleza en su plenitud.

Reproducido con permiso de TIME, The Weekly Newsmagazine.

Pese a su aire ultra-inglés, fue un poeta norteamericano en virtud de su nacionalización sincera y seria, y de sus 30 años de vida en los Estados Unidos. Hasta que Wystan Hugh Auden murió en Viena, en septiembre de 1973, a los 66 años de edad, ningún contemporáneo tañó tan bien, ni exhibió con tanta constancia y humanismo, el modo poético de su época.

Ezra Pound tranformó la poesía inglesa haciéndola hablar en imágenes agudas y en tonos familiares directos; T. S. Eliot la modificó demostrando que en los versos se puede utilizar el mito y la pesadilla para expresar algo de las complejidades de la sociedad del siglo XX. Auden fue un brillante colonizador de las tierras que descubrieron aquéllos; menos remoto, pero también menos mágico que Eliot; más sabio y de visión más clara que Pound; más joven e ingenioso en la invención métrica, y dotado de más humor. Lo oyó el público por primera vez en el decenio que empezó en 1930, cuando satirizaba las debilidades de la Inglaterra anterior a Munich.

> Los que se creen muy astutos
> O desean un lugar especial para acariciarse,
> Eligen sus villas en el mejor sitio;
> Herméticas, iluminadas y muy bien calentadas.
>
> La gente preocupada, que no se va a casar,
> Vive de sus dividendos en las quintas del viejo mundo,
> Con un animal por amigo y un libro de memorias.
> El hombre cambia de su vida, pero no lo bastante pronto.

Cuarenta años después sus versos se llenaron de reflexiones más benignas en torno a todo, incluso a sus propias obras de juventud:

> La clase cuyos vicios
> puso en la picota, era la suya,
> hoy extinta, salvo
> pertinaces sobrevivientes, como él,
> que recuerdan sus virtudes.

Barrios bajos y montones de basura, frases freudianas y metáforas marxistas, la caída de precios y la caída del hombre... todo ello encontró expresión en las obras de Wystan Auden. Ningún poeta trató más denodada y conscientemente de extender el dominio de lo poético. "Escarbando en su vida", dijo una vez, refiriéndose a su parte, "el poeta saca las imágenes que hieren y conectan". Sin embargo, acabó considerando la poesía como una especie de gracioso juego de habilidad (que a veces exige a sus lectores recurrir al *Oxford English Dictionary*, edición no compendiada, para no mencionar la versión de la Biblia que hizo el rey Jacobo). El Auden de tiempos posteriores nadó en ligeros versos, como una foca en las olas:

> Paul Valéry
> Ganaba el magro salario
> Paseando por el *Bois*,
> Auscultando su *Moi*

Cuando lo acusaban de frívolo, Auden replicaba: "Si en los Estados Unidos llaman a alguien *serio*, se espera de él una incesante cara

larga. No estoy de acuerdo". Y le gustaba añadir en defensa de la habilidad de artificio: "Cualquier do bien tocado arruina la teoría de que somos muñecos irresponsables del destino o del encantamiento".

En uno de sus más famosos poemas, *In Memory of W. B. Yeats*, escribió Auden:

> Pues la poesía no hace que ocurra algo: sobrevive
> En el valle de sus decires, donde los directivos
> No se meterán jamás; fluye hacia el sur
> Desde ranchos de soledad, y de desventuras,
> De los rudos poblados en que creemos y morimos;
> Ella sobrevive,
> Y eso es un modo de acontecer, de desembocar.

Esta norma absoluta, a la vez pasiva e intemporal, es lo bastante adecuada para escribir el puñado de poemas creados por cualquier poeta que viniera, por fin, a descansar en la mente, el corazón y la memoria colectivos como posesión permanente de una época. Auden escribió lo que a él tocaba escribir. Pero su obra fascina también porque sigue el curso de un anhelo muy bien determinado y característico del siglo XX.

La busca empezó para Auden con la convicción de que, por la ciencia y la poesía, se podía conocer la esencia del hombre y la sociedad, a la par que mejorarlos mucho. Cuando ocurriera eso, podría fundarse lo que él llamaba "la ciudad justa". Tal esperanza era irremediablemente ambigua por sus mismos orígenes. Auden nació en 1907 en Yorkshire y se crió cerca de Birmingham. Su padre, de la Facultad de Medicina de esta última ciudad, solía tachonar sus lecciones (en las que trataba ciertas necesidades de sanidad pública, como los retretes inodoros) con citas de Virgilio, haciendo una mezcla de lo clásico y lo clínico que se reflejó muchas veces en los versos de Auden. Pero el padre solía confesar a su hijo que los médicos nunca saben por qué se curan sus pacientes.

En Oxford, donde se graduó a fines del decenio de 1920, hecho ya todo un poeta, Auden estudió a Freud y predicó que los poetas deben estar "orientados clínicamente". Le gustaba explicar su costumbre de comerse las uñas y fumar un cigarrillo tras otro como consecuencia de "un destete insuficiente". Después fue a Alemania cuando surgía el nazismo. "Por primera vez", recordaba más tarde, "sentí que la Tierra se mueve". Volvió a Gran Bretaña ("Este país nuestro donde nadie está bien") y la encontró sumida en la depresión y la indiferencia. Nadie superó a aquel poeta rebelde y crítico social cuando describía en una sola pieza la ansiedad personal y el sentimiento público de ruina:

> ¡Oh, mete las manos en el agua,
> Mételas hasta la muñeca!
> ¡Mira, mira el fondo
> Y piensa qué has olvidado!
> El glaciar toca al armario,
> El desierto suspira en el lecho,
> Y la grieta de la taza de té,
> Abre una senda a la tierra de los muertos.

En realidad nunca se unió a los comunistas, pero en 1937 fue a España, como hizo toda una generación de jóvenes izquierdistas ingleses, para sufrir una profunda desilusión. Cuando se aproximaba la guerra que todo el mundo veía venir, Auden visitó China con Christopher Isherwood, y por fin, en 1939, emigró a Nueva York.

Su anhelo político de la ciudad justa comenzó a tomar un giro decisivo: apartándose de la política, se tornó a sus problemas centrales de siempre: la culpa, la ansiedad y el hombre como individuo. Fue decisivo un drama poético titulado *The Ascent of F6* (El ascenso de F6), escrito con Isherwood. Empezaba como sátira política y terminaba como los *misterios* de la literatura dramática medieval. "Se veía uno mismo en presencia del mal, desde el comienzo", explicaba después Auden, "y comprendimos en el acto qué difícil nos sería cambiar".

En los Estados Unidos descubrió muy pronto Auden la teología de la crisis que propugnaba Reinhold Niebuhr. Era una especie de sombrío neocalvinismo en el cual Dios es el "Otro en Todo"; la ansiedad y la culpa del individuo humano se pueden sumergir (ya que no mitigar) bajo la aplastante conciencia de la depravación general humana y la consiguiente dificultad de encontrar la gracia. En su más famosa obra suelta, *The Age of Anxiety* (La era de la ansiedad) –que le valió en 1948 el premio Pulitzer concedido por primera vez a un poeta extranjero por nacimiento–, ofrecía una charada de cuatro personajes que se repetía a través de todas las edades y las etapas espirituales del hombre moderno. Pocos tienen encanto y ninguno es fecundo; todos son solitarios y están aherrojados por el temor de cada día. Y en todas las vueltas encontramos que cada uno de esos personajes es incapaz de sentir el relámpago de la fe, y hasta el modesto toque del amor terrenal:

> Preferimos la ruina al cambio,
> Preferimos morir en nuestro temor
> A escalar la cruz del momento
> Y dejar que mueran nuestras ilusiones.

Liberales, humanistas, materialistas o, lo que es igual, casi todos los autores de crítica literaria de la lengua inglesa, quedaron pasmados por la defección del joven rebelde. Como hacía notar Randall Jarrell, "De decir 'Debemos hacer algo con Hitler', Auden ha pasado a afirmar 'debemos comprender que nosotros *somos* Hitler' ".

Aunque Auden publicó su mejor poema en 1962 –*In Praise of Limestone* (En alabanza de la piedra caliza)–y durante los últimos 20 años forjó versos de gran perfección, y produjo un torrente de ensayos, prefacios, traducciones y libretos, ha arraigado la generalización de que el Auden de los últimos años es una sombra pálida y senil del primer Auden. Quizá la historia revoque tal juicio. Porque el último Auden, que pasaba los veranos en Austria y los inviernos en un desordenado apartamento del Greenwich Village neoyorquino, fue un poeta agraciado, sabio y conocedor, muy consciente de la fragilidad humana, alentado por la esperanza (persistente, pero no

intemperante) si no en un paraíso, por lo menos en un Día del Juicio Final. Fue también un hombre civilizado, satírico y de ingenio inagotable. Sin resultar aburrido, pudo escribir sobre sí mismo para consignar

> Pensamientos de su propia muerte
> como el distante retumbar
> del trueno en un día de campo,

y confesar aviesamente que "La glotonería y la pereza me han protegido muchas veces de la concupiscencia y la cólera", y alabarse discretamente de no haberse envanecido "excepto de su conocimiento de la métrica y de sus amigos".

En 1966, mucho antes de su muerte, el crítico británico Cyril Connolly escribió el mejor epitafio para el poeta: "Auden fue para muchos de nosotros el último poeta que conocimos por la vía del corazón".

LAS GRANDES ABSTRACCIONES QUE HA HABIDO EN EL MUNDO

Por Edmund Fuller

El Sr. Fuller es un crítico, editor, maestro y autor, cuyas obras incluyen *Introduction to the Essay* (Introducción al ensayo), del que fue coautor juntamente con O. B. Davis en 1972. Su reseña está reimpresa con la autorización de *The Wall Street Journal*.

Dictionary of the History of Ideas: Studies of Selected Pivotal Ideas (Diccionario de la historia de las ideas: estudios sobre algunas ideas cardinales seleccionadas). Compilado por Philip P. Wiener en colaboración con Isaiah Berlin, George Boas, Salomon Bochner, Felix Gilbert, Frank E. Manuel, Ernest Nagel y Rene Wellek. Nueva York: Scribners. 4 tomos. 2.587 páginas.

¿Qué es una idea? Utilizamos la palabra a diario y con demasiada vaguedad y ligereza para su importancia real. La mezclamos con "noción" en el sentido de mera fantasía. O decimos, "Tengo una idea... ¡una idea que vale un millón de dólares!" O bien, admitiendo ignorancia, confesamos: "¡No tengo ni la menor idea!" Y si verdaderamente las palabras más tristes de la lengua o de la pluma son, "Podría haber sido", entonces las que les siguen deberían ser, "En ese momento parecía ser una buena idea".

Una "idea" es algo muchísimo más grande que todo eso. Es un "concepto" y, en cuanto tal, el ladrillo con que se erigen todas las estructuras del pensamiento. Las ideas son abstracciones y, no obstante, aquel meditabundo y profético novelista, Dostoyevsky escribía continua y explícitamente sobre el peligro de jugar irresponsablemente con esas seductoras abstracciones, porque "las ideas tienen consecuencias". Si es cierto que civilizan a los hombres y los hacen avanzar, también se cristalizan en ideologías y los dividen. Cuando se ponen en práctica las ideas abstractas, de repente se vuelven terriblemente concretas. Tú y otros pueden ganar o perder por ellas, alcanzar la fama o la infamia a causa de ellas, vivir o morir por ellas.

© 1973 por Dow Jones and Company, Inc. Reservados todos los derechos.

El desaparecido Richard McKenna, en su excelente ensayo sobre la autoeducación, "New Eyes for Old" (Ojos nuevos a cambio de los viejos), describe cómo luchó por ampliar su vocabulario, recurriendo a los diccionarios para que lo ayudaran a entender las palabras que le eran nuevas. Pero halló que las definiciones de las palabras no bastaban para ayudarle a comprender muchos de los libros. Entonces cayó en la cuenta de "la existencia de una especie de vocabulario de orden superior, de un equipo fundamental de ideas que los autores de los libros que yo no podía leer suponían que poseían sus lectores". Sin ese bagaje, sucede con frecuencia que uno lee o escucha palabras sin saber de qué se está hablando.

Una labor imponente

Ese "bagaje fundamental de ideas" está implícito en el título de una imponente obra nueva de referencia: *Diccionario de la historia de las ideas: estudios sobre algunas ideas cardinales seleccionadas*. Contiene 311 artículos de 254 autores, de los cuales unos 13 murieron antes de terminado el proyecto. Todos los ensayos son sustanciosos; unos cuantos podrían de suyo ser un libro completo, con más de 60.000 palabras bajo un solo encabezado, además del hecho de que hay constelaciones enteras de artículos en torno a algunos conceptos principales. He pasado muchas horas leyendo sus páginas, encontrándolo fascinante. Es una gran contribución a las obras de referencia por la que hay que elogiar a la editorial y a todos los colaboradores y editores.

El primer artículo es "Abstracción en la formación de los conceptos", por Julius Weinberg, quien ciertamente ataca los problemas a fondo. De inmediato nos mete de lleno en la formidable distinción entre objetos de los sentidos y objetos del conocimiento intelectual. "Los objetos del conocimiento son realmente; los de los sentidos están en perpetuo devenir".

Aquí, y una y otra vez a lo largo de estos volúmenes, somos llevados hasta Platón, Aristóteles y los demás padres de la filosofía. Se viene a la mente la rima cautelosa de Alexander Pope:

> La sabiduría exigua es cosa peligrosa;
> Bebe a fondo, o no toques la fuente de las musas.

Pero de ninguna manera estamos tratando exclusivamente de atracciones abstractas. El historiador Herbert Butterfield escribe sobre el "Equilibrio de fuerzas", sobre el "Cristianismo en la historia" y sobre "Historiografía". Oskar Morgenstern, en su artículo sobre la "Teoría de los juegos" informa al que no es matemático que "la importancia de la teoría de los juegos está en que, además de explicar los juegos propiamente tales, se pueden identificar *estrictamente* juegos apropiados con otras actividades humanas importantes a las que, por tanto, sirven de *modelo*". Un aspecto de esto es la "teoría de la decisión" porque "la teoría del juego constituye un sistema matemático riguroso para proporcionar conceptos y métodos para tomar decisiones razonables en una gran variedad de situaciones en que se encuentra el hombre".

George Boas es el único en esta obra que escribe bajo un encabezado acuñado por él mismo: la "Teriofilia". Se basa en una raíz griega que significa "fiera", "animal", y el conocido "phílos", para dar cuerpo a una antigua idea: la admiración y amor de las costumbres y el carácter de los animales. El Sr. Boas llama a Diógenes el Cínico el "primer teriófilo de importancia". "Cínico" viene de la palabra griega que significa "perro", pero que pasó por sendas muy extrañas, verdaderamente ilógicas. Cita también ese maravilloso pasaje teriófilo de Walt Whitman que comienza: "Creo que podría transformarme y vivir con los animales. . .", de "Song of Myself" ("Canción de mí mismo").

Lo bueno y lo malo

Como es inevitable en una obra de tal envergadura, de tantas manos, hay partes bien escritas y partes mal escritas: las últimas corresponden al carácter túrgido, lleno de jerga especializada, de algunos artículos "doctos". El nivel general del estilo es mucho más elevado de lo que podría esperarse. En las secciones de literatura ojalá que Rene Wellek, editor asociado no hubiera tomado para sí mismo nueve ensayos, con mucho el mayor número de un solo escritor, porque, no obstante que es un eminente erudito, escribe con un estilo pesado que no debería acompañar ni siquiera a un tema tan árido como el de la "Periodización en la historia literaria".

Felizmente tenemos otro literato no menos distinguido, Marjorie Hope Nicolson. En su larga enseñanza en la Universidad Columbia fue conocida insolentemente, pero con afecto y admiración, al menos entre algunos de sus alumnos, como "Big Marge" (la gorda Marge). Cuando los estatutos la obligaron a jubilarse en Columbia, traspasó sus energías a Mills College, que era capaz de reconocer la vida en donde la había y no estaba dispuesto a enviar de paseo a una gran maestra sólo por el calendario. Ms. Nicolson no sólo conoce el estilo, sino que lo tiene, como lo ha mostrado en cinco artículos, que incluyen "Cosmic Voyages" (Viajes cósmicos) (fue una de los primeros eruditos en reconocer la legitimidad literaria de la ciencia ficción) y "Newton's 'Opticks' and 18th-century Imagination" (La 'óptica' de Newton y la imaginación del siglo XVIII), que en sus manos es un tema mucho más vivaz y literario de lo que uno podría pensar.

En el diccionario se encuentran todos los temas que se podrían considerar como indispensables: asuntos como el de Dios, el Tiempo, la Naturaleza, la Ciencia, el Mito, las Artes, el Derecho (un extenso estudio), Etica, Lingüística, Matemáticas. Muchos artículos tratan conceptos más abstractos, como: Libre albedrío, Romanticismo, Infinito, Ambigüedad, Libertad académica, y todo lo que uno quiera. Es interesante averiguar, al comienzo del ensayo de Leonard Krieger sobre la "Autoridad", que:

> Originalmente su sentido predominante era la capacidad de invocar la sumisión o consentimiento voluntario, por motivos distintos del poder coercitivo o de la convicción racional. Actualmente su sentido predominante es el de la capacidad de evocar la sumisión o consentimiento, voluntario o no, por motivos que confieren un derecho oficial al poder coercitivo y una fuerza obligante a la convicción racional.

Pero Shakespeare ya comprendía ambos sentidos. En cuanto al primero, Kent, disfrazado, le dice al Rey Lear: "Tienes en el semblante lo que yo de buena gana llamaría señorío". "¿Qué es eso?" "Autoridad". En cuanto al segundo, el enloquecido Lear exclama: "¿Has visto cuando un perro de granja le ladra a un pordiosero? ¿Y cómo la criatura huye del podenco? Ahí puedes contemplar la gran imagen de la autoridad: se obedece a un perro en cargo público".

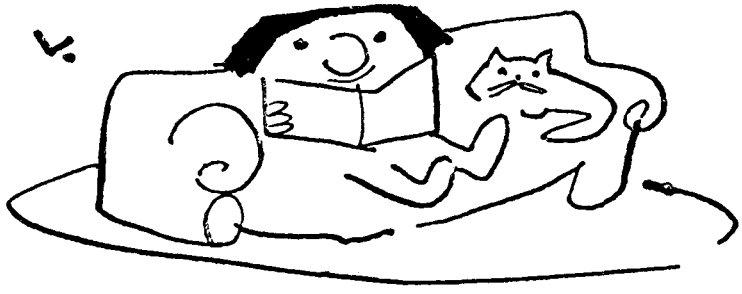
Vale la pena hojearlo

Así pues, puede uno ponerse a hojear estos cuatro grandes tomos. Se utilizan ilustraciones donde hacen falta. Un buen ejemplo se encuentra en el sorprendente y fascinante ensayo, "Imágenes al azar", por H. W. Janson, que nos lleva de las actitudes de la antigüedad hasta las formas accidentales de la naturaleza, como cabezas de piedra o las imágenes que forman las nubes, y a las manchas de tinta de Rorschach y a técnicas tan aleatorias en la pintura como el *spattering* o la *sprezzatura.*

Se examinan dos triadas en contraste: "Fe, esperanza y caridad" (Mary Daly), y "Fortuna, hado y suerte" (Vincenzo Cioffari). René Dubos explora brevemente el "Ambiente". Denis de Rougement escribe sobre el "Amor", aunque no dice nada tan sucinto como la maravillosa descripción de Thornton Wilder, en "El Puente de San Luis Rey", sobre el amor como pasión:

> Hasta que no ha pasado por una larga servidumbre, por el odio de sí mismo, por las burlas, por grandes dudas, puede ocupar su puesto entre las lealtades. Muchos que han pasado toda su vida en él nos pueden decir menos sobre el amor que el niño que perdió ayer su perro.

Este "Diccionario" es una obra universal, cuidadosamente planeada, que confiesa abiertamente que no puede incluirlo todo. Admira lo mucho que incluye. Es interdisciplinaria e internacional. El editor, Philip Wiener, dice en su breve prefacio que "los temas escogidos pretenden presentar la fascinante variedad de maneras en que las ideas de un campo tienden a emigrar a otros dominios". Ese fin lo logra, como en un supersimposio.



UN MARXISTA ITALIANO

Por Michael Harrington

El crítico fue presidente del Partido Socialista Norteamericano, y autor de *The Other America* (Los otros Estados Unidos) (que ayudó a iniciar el programa "guerra contra la pobreza"), *The Accidental Century* (El siglo accidental) y *Toward A Democratic Left* (Hacia una izquierda democrática). Su crítica se ha abreviado de *The Nation*.

Selections from the Prison Notebooks of Antonio Gramsci (Selecciones de los Diarios de Antonio Gramsci en la Prisión). Compilado y traducido por Quintin Hoare y Geoffrey Nowell Smith. International Publishers. 579 pp.

Antonio Gramsci es uno de los pensadores más fascinantes de la historia del marxismo. Joven intelectual italiano que desempeñó un papel importante en el movimiento laboral de Turín durante la Primera Guerra Mundial, fue fundador y líder del más notable Partido Comunista de Europa. Encarcelado por Mussolini, llenó sus cuadernos de notas con observaciones sobre la teoría marxista, la historia de Italia, la política contemporánea y una extraordinaria gama de otros temas. Con razón, despreciaba a quienes pensaban que el marxismo consideraba el interés económico como determinante del curso de la historia. Por lo tanto, sus escritos están imbuidos con ese sentido de complejidad y contradicción dialéctica que es vital para Marx y ajeno a la mayor parte de la escolástica que ha jurado el nombre de Marx en vano.

Cuando Gramsci fue sentenciado a prisión en 1928, el fiscal dijo de él: "Tenemos que hacer que ese cerebro deje de trabajar durante 20 años". Fracasó, pues Gramsci constituye hoy una fuerza viva, una generación después de su muerte, ocurrida en 1937. Este volumen presenta una extensa y muy representativa selección tomada de la edición italiana en seis volúmenes, con una extensa introducción histórica de los editores.

Aquí sólo podré resumir algunos de los temas principales de este volumen. Uno de los más importantes, y muy aplicable al análisis radical de hoy, es el de la polémica de Gramsci contra Trotski.

© por The Nation Associates, Inc.

En 1850, Marx y Engels pasaron por un básico cambio de orientación. Después de la euforia del *Manifiesto Comunista* –el espectro del comunismo aún no rondaba, de hecho, la Europa de 1848– y las derrotas de la revolución, se habían vuelto brevemente hacia un enconado ultra-izquierdismo y un frente unido con los blanquistas. Pero para el otoño de 1850 habían recobrado su buen sentido y abandonado toda esperanza de una súbita y apocalíptica revolución. La lucha, dijo Marx al romper con el ala izquierda de la Liga Comunista, podía durar medio siglo En el análisis de Gramsci, ese momento marcó un punto decisivo en la historia del marxismo. Gramsci afirmó que en el período anterior a 1848, se podía hablar de una guerra de maniobras, de ataques súbitos de los revolucionarios contra los reaccionarios. Pero después de 1848 la vida social se hizo mucho más densa e institucionalizada.

El estado y la sociedad civil

"Las técnicas de la política moderna", escribió Gramsci en su libro de notas, "se transformaron totalmente después del 48; después de la expansión del parlamentarismo y del sistema asociativo de unión y partido, y del desarrollo en la formación de grandes burocracias del Estado y privadas ", la sociedad se encontraba fundamentalmente cambiada. Para comprender este punto, escribió este dedicado comunista, había que reconocer la diferencia entre Rusia y el resto de Europa:

> En Rusia, el Estado lo era todo, la sociedad civil no era nada; en Occidente, había una relación apropiada entre el Estado y la sociedad civil. y cuando el Estado tembló, se reveló una robusta estructura de la sociedad civil. El Estado era tan sólo un foso exterior, detrás del cual se hallaba un poderoso sistema de fortalezas y excavaciones.

Gramsci tenía toda la razón. ¿De qué otro modo explicar que en Alemania, inmediatamente después de la guerra, tras la derrota y

el caos social, la abrumadora mayoría de los obreros, incluso los delegados de los Consejos de Trabajadores, votaran por los socialdemócratas del ala derecha? Pero Gramsci es un tanto injusto con Trotski, al llamarlo "el teórico político del ataque frontal, en un período en que sólo produjo derrotas". En 1921, después de todo, Trotski había sido uno de los principales oponentes de la "teoría de la ofensiva" en la Internacional Comunista y había luchado contra el desastroso levantamiento ordenado por los comunistas alemanes.

Penetraré en esta historia con nuestros propósitos presentes. Si hay un solo aspecto del comunismo que confunda hoy a la gente es la diferencia, tan cuidadosamente definida por Gramsci, entre antes y después de 1848. Los enormes cambios de la sociedad capitalista avanzada, incluso su compleja dialéctica de triunfo y fracaso al integrar a los trabajadores, a menudo han sido pasados por alto. Las simplificaciones del *Manifiesto*, con su visión de una inminente y extraña polarización de las clases. han revivido. Tiene que ser provechoso comprender cómo Gramsci, un marxista revolucionario, se enfrentó a esta manera de pensar.

En realidad, una de las características del pensamiento de Gramsci es haber estado particularmente en armonía con la densidad de la vida social. En un fascinante análisis de los intelectuales, señala cómo nuestra comprensión de tal término está erróneamente restringida a los profesionales evidentes, periodistas y eruditos, pasando por alto a los intelectuales "orgánicos", los empresarios durante el surgimiento del capitalismo y los sindicalistas de hoy, cuya consideración se deriva de la función económica y social. Y hay meditaciones sobre la historia italiana que aún desafían a los especialistas contemporáneos de ese campo.

Un proceso "totalitario"

Pero, entonces, ¿cómo escapó Gramsci, un comunista, de las consecuencias intelectuales del stalinismo? En la primera etapa del debate sobre la política comunista internacional dentro del partido italiano, se inclinó hacia la oposición de izquierda (Trotski, dijo él en 1924 –después de que éste había escrito su *Nuevo Curso*– exige "una mayor intervención de elementos proletarios en la vida del partido y una disminución de los poderes de la burocracia. . ."). Pero en Italia el trotskismo se asoció con Amadeo Bordiga, líder del ala ultraizquierdista del comunismo y Gramsci se pasó a Stalin y al movimiento oficial de Moscú. Sin embargo se salvó de las peores consecuencias de esa decisión debido a la crueldad de Mussolini: la cárcel lo aisló de muchas de las degradaciones que estaban ocurriendo en el movimiento comunista mundial.

Y, sin embargo, resta una ambigüedad. La noción central de "hegemonía" de Gramsci –no la toma del poder sino la creación de una nueva visión del mundo, el surgimiento de una cultura así como de un movimiento político– le llevó a subrayar el carácter global de la tarea socialista, la necesidad de revolucionar cada aspecto de la vida y no sólo la economía. A veces se refirió a ello como a un proceso "totalitario" y su uso del término, como los editores correctamente señalan, no debe confundirse con todas las asociaciones stalinistas de dictadura y terror que han llegado a identificarse con él. Sin embargo, hay unas cuantas ocasiones en que Gramsci sí tiende al uso antisocialista de la palabra.

"Una política totalitaria", escribe, "apunta, precisamente. . . à asegurar que todos los miembros de un partido determinado encuentren en tal partido todas las satisfacciones que antes encontraron en una multiplicidad de instituciones. . .; a destruir todas las otras instituciones o a incorporarlas en un sistema cuyo único regulador sea el partido. . ." Tal desarrollo, afirma Gramsci, puede ser progresista o reaccionario, así como el cesarismo de sus teorías puede ser positivo, como en el caso de Napoleón I, o una retrogresión, como en el caso de Napoleón III. Hubo, ¡ay!, muchos que jugaron con esa idea de un totalitarismo "primitivo" como camino hacia el socialismo. Fue poco después de la muerte de Gramsci cuando quedó absoluta y completamente claro que el totalitarismo de Stalin no conducía a la democracia, sino a más totalitarismo.

Si Gramsci hubiera vivido, creo que habría apreciado su propio error. El, como lo demuestra esta colección, era un pensador demasiado sincero y sutil para seguir engañado por la dictadura stalinista. Y el estudiante de marxismo, en todo caso, puede encontrar ricas introspecciones en estas páginas.

El cerebro, pese a Mussolini y a su fiscal, sigue viviendo.

REVOLUCIONES PEQUEÑAS Y RAPIDAS

Por Michael Kammen

Michael Kammen recibió el Premio Pulitzer de Historia en 1973 por su obra *People of Paradox: An Inquiry Concerning the Origins of American Civilization* (Gente paradójica: una investigación relacionada con los orígenes de la civilización norteamericana). Su crónica está tomada del *Book World*.

The Americans: The Democratic Experience (Los norteamericanos: La experiencia democrática). Por Daniel J. Boorstin. Nueva York: Random House. Págs.: 717.

La Experiencia Democrática es el libro final de una trilogía iniciada a principios de la década de 1950 y la cual trata, primordialmente, de la experiencia cultural y social del pueblo estadounidense. Los anteriores, *La Experiencia Colonial* y *La Experiencia Nacional* aparecieron en 1958 y 1965, respectivamente. Los dos han sido muy leídos y han ejercido una influencia considerable. Daniel Boorstin, conferencista y escritor de prestigio mundial, es uno de los más notables y discutidos maestros de historia de nuestros días. Recientemente ha sido criticado por historiadores más jóvenes y políticos radicales –a quienes desprecia– debido a su criterio conservador, su tendencia a restar importancia a las ideas y corrientes de la vida norteamericana, su aparente neutralidad moral (lo que sea, está correcto; lo que llama "dadivosidad"), y su insistencia en los factores ambientales y empresariales del desarrollo de los Estados Unidos como civilización.

Uso común de objetos

Por muchas razones, el último volumen es el mejor de su trilogía. Todavía se advierten sus idea enfáticas, si bien ya no en forma tan abierta; y además, parecen más sensatas en el secularizado contexto del período 1870-1970 que en el de sus libros anteriores.

> Una nueva civilización encontró nuevos medios de mantener unidos a los hombres, cada día menos por el credo o el dogma, por la tradición o el lugar, y cada vez más por el esfuerzo común y la común experiencia, por el mecanismo de la vida diaria, por su modo de verse a sí mismos . . . Hombres que nunca se habían visto ni se conocían fueron agrupados mediante el empleo común de objetos tan similares, que ni sus propietarios podían diferenciarlos. Esas comunidades de consumo eran de acción rápida; no ideológicas, sino democráticas; públicas, vagas y en rápida mutación.

Esta voluminosa obra (tiene 600 páginas de texto, 77 de bibliografía y 34 de índice) está dividida en cuatro libros, 10 partes y 61 capítulos. Sus títulos dan una idea del enfoque y la intención de Boorstin: "The Go-Getters" (los que salen a conseguir lo que buscan); gente del oeste de los Estados Unidos (abogados y criminales); "Consumption Communities" (comunidades de consumo: acerca de manufactura, publicidad y compra); "Statistical Communities" (comunidades estadísticas: acerca del desarrollo de normas uniformes de medidas, comercio, tamaño y hasta pobreza y comportamiento descarriado); "Leveling Times and Places" (nivelación de tiempos y lugares: acerca del impacto de transportes y homogeneidad de productos); "Language, Knowledge and the Arts" (lengua, conocimiento y artes: acerca del modo en que el sistema educativo de los Estados Unidos busca sus denominadores mínimos comunes); y "Mission and Momentum" (misión e impulso: acerca de la ayuda al extranjero y la diplomacia idealista).

El libro contiene docenas de cautivadoras viñetas biográficas, desde la del pistolero Billy the Kid (un legendario asaltante de bancos y diligencias) hasta la de F. W. Woolworth (el creador de las tiendas de "cinco y diez centavos"). Se nota una extraordinaria sensibilidad al significado social de las innovaciones de vocabulario y cambios lingüísticos: "show window" (escaparate de vanidades), "mail order" (pedido por correo), "chain store" (cadena de tiendas), "cash and carry" (pague y llévelo), "hand me down" (pásame lo que ya no te sirva), "self service" (autoservicio), "quality control" (control de calidad), etcétera. Hay varias secciones excelentes de problemas legales. La atención dedicada a la tecnología y sus implicaciones sociales es sorprendente. Se nos ofrecen historias brevísimas de la máquina de coser, la caja registradora, el ascensor y, especialmente, de los grandes almacenes. Y además, Boorstin se detiene a relatar datos picarescos: Charles Goodnight, el gana-

© 1973, Postrib Corporation.

dero, que se casó de nuevo a los 91 años y procreó a una criatura; los tres políticos más influyentes de Chicago, después de la guerra: Hinky Dink Kenna, Jimmy Quinn ("Estufa Caliente") y Barney Grogan; el mafioso deportado Lucky Luciano, quien subrepticiamente coordinó la invasión Aliada de Palermo, en 1943, con la s actividades de la mafia siciliana; y los compradores de pedidos por correo que pusieron a sus nenes el nombre del señor Montgomery Ward y solicitaron fotografías de este comerciante para que les sirvieran de inspiración a sus vástagos.

Revoluciones poco advertidas

En cierto sentido, la suma de las partes del libro es mayor que su totalidad. Está atiborrado de hechos y es una verdadera frazada hecha con retazos de innovaciones, advenedizos, embaucadores, promotores y medios de mejorar a la humanidad y, de paso, enriquecer a sus inventores. Esta es una historia panorámica de la aburguesada clase media de los Estados Unidos en proceso de rapacidad. En tanto que los volúmenes anteriores de Boorstin subordinan los detalles a sus tesis, aquí se revuelven sus conceptos primordiales, y la conceptualización ocupa un lugar secundario al de la "atención a las minucias, a una preocupación por presentar nuevos retorcimientos de la realidad". Así dice Boorstin en un prefacio brevísimo:

> Se suponía que el siglo subsiguiente a la Guerra de Secesión (de los Estados Unidos) comprendería una Edad de Revolución —de incontables y poco advertidas revoluciones, que tuvieron lugar en... casas y granjas, en fábricas y escuelas y tiendas... apenas advertidas porque se sucedieron muy rápidamente, porque afectaron a los norteamericanos en todas partes y cada día.

Con estilo ingenioso, Boorstin relata esas casi desapercibidas revoluciones, pero lo hace a base de eliminar de la historia de los Estados Unidos a ideas e intelectuales. Su libro trata de la experiencia democrática, pero no menciona para nada a Reinhold Neibuhr, un gran teólogo de la democracia. Tampoco habla de Carl Becker, uno de los grandes historiadores de la democracia. Y lo mismo podemos decir de Morris Raphael Coehn, un profundo filósofo demócrata. William James, Thorstein Veblen y Oliver Wendell Holmes comparten seis únicas referencias.

Además, lo que Boorstin quiere decir cuando habla de "la experiencia democrática" es algo engañoso y a veces lo deja a uno perplejo. Normalmente, el término encierra connotaciones políticas y gubernamentales, y el concepto ocupa un sitio privilegiado en nuestro sistema de valores. Sin embargo, en este libro se dedica muy escasa atención a la política y al gobierno; y lo que "experiencia democrática" *realmente* parece significar para Boorstin es el desarrollo de la sociedad de masas: cómo ha llegado el momento en que los estadounidenses se parecen como hermanos, comen lo mismo, piensan igual y se sienten "intercambiables". Boorstin ha ensanchado nuestra comprensión de la democracia acentuando lo social más que lo político, la homogeneización del gusto más bien que la elevación de los valores. Lo que él entiende por democracia parece sinónimo de mediocridad, pasividad y dúctil uniformidad, más bien que ciudadanía, participación y diversidad de pareceres. Así, por ejemplo, al capítulo 22 lo ha titulado "Making Things No Better Than They Need Be" (Las cosas no son mejor de lo necesario).

Desarrollo de la sociedad de masas

En resumen, este audaz esfuerzo interpretativo de la historia, concebido a principios del decenio de 1950, no refleja ni revela las principales corrientes de la historiología norteamericana correspondientes a la década pasada: exámenes del papel de las tendencias ideológicas en los asuntos públicos, análisis de la estructura social, estudios cuantitativos de la conducta de los votantes y del desarrollo económico. Sin embargo, su modernismo, originalidad y valores son notables. En términos generales, lo que se ha escrito acerca de la Norteamérica del siglo XX ha sido de índole episódica, es decir, orientado hacia determinadas guerras, décadas, cuestiones diplomáticas, reformas y biografías. Boorstin muestra amplitud, una visión integral y hasta una cierta especie de grandeza en su idiosincrásica acumulación de revoluciones invisibles. Desde los días de George Bancroft y Francis Parkman, raras veces se ha escrito la historia formal de los Estados Unidos en una escala tan grandiosa y en un estilo tan ameno.

Boorstin lo ha hecho así, y con una constelación de brillantes percepciones, y hasta en una forma moderna.

Desarma el pasado del pueblo norteamericano y lo arma de nuevo en formas inesperadas que destacan sus implicaciones y consecuencias sociales, y además yuxtapone fragmentos de experiencia humana a fin de hacernos ver relaciones que existen de hecho, si bien no de un modo simple, correlativo o topográfico.

JUVENTUD Y PREHISTORIA

Por John E. Pfeiffer

El crítico es profesor de antropología en la Universidad Rutgers, en New Jersey, y ampliamente conocido como intérprete de los adelantos científicos para los lectores no especializados. Es autor de *The Emergence of Man* (El surgimiento del hombre) y otros libros.

Prisoners of Culture. Por George Pettitt. Nueva York: Charles Scribner's Sons. 291 páginas.

Existen buenas razones para creer que la comprensión de los dilemas actuales del hombre depende en gran parte de la comprensión de lo ocurrido en la prehistoria, durante los cientos y miles de milenios anteriores a Egipto, Grecia y Roma. Cualquier otra conclusión sería ciertamente sorprendente, considerando que los miembros de la familia del hombre erraron por las soledades cuando menos durante 15 millones de años y han sido civilizados, o mejor dicho, parcialmente y a intervalos civilizados, por espacio de sólo 5.000 años.

La mayor parte de lo que se ha escrito sobre el significado de la evolución del hombre en nuestro tiempo peca de histrionismo y es ligero de contenido prehistórico importante, tiende a insultar al lector con la volubilidad y lo trillado, no como si fuera simplemente la verdad sino una revelación. En *Prisoners of Culture* (Prisioneros de la Cultura), George Pettitt, antropólogo de la Universidad de California, en Berkeley, nos ofrece algo más positivo. Preocupado principalmente por la posición de los jóvenes en la sociedad norteamericana, presenta un convincente, aunque no siempre bien organizado argumento en favor de una amplia perspectiva evolucionista por parte de los maestros y los padres, entre otros.

Un contexto religioso

La enseñanza, como la mayoría de nuestras profesiones e instituciones, surgió en un contexto estrictamente religioso, toda vez que las primeras ciudades parecen haber estado dominadas siempre por los sacerdotes y los templos. La religión tiene una larga prehistoria. La noción de que algo sobrevive después de la muerte puede haber tomado forma en la mente de los seres de mandíbulas y frentes recogidas que vivieron en China hará medio millón de años y que, en aquel entonces, pueden haberse alimentado de cerebros humanos, creyendo quizá que mediante tal procedimiento adquirirían los poderes de los difuntos. Hace unos 75.000 años, el Hombre de Neandertal enterraba a sus muertos con armas y alimentos, lo que constituye la primera prueba de la creencia en una vida futura.

La religión pasó a ser una manera más y más poderosa de dirigir y dar significado al comportamiento. En algún momento, la divinidad y la autoridad divina empezaron a recaer sobre los seres humanos, generalmente en los varones, probablemente alrededor de 4000 a 3000 años A.C., cuando las primeras ciudades surgieron en la Mesopotamia, y Pettitt indica que la enseñanza quizá haya llegado a ser una profesión durante aquel período. El autor describe la evolución subsecuente: el papel de la iglesia en la educación medieval; los cambios ocurridos en el siglo XIV en Inglaterra, incluso la sugestión de que la enseñanza quizá haya sido un derecho universal; y el espectacular surgimiento de la educación pública en los Estados Unidos.

El papel de la juventud

Por lo que se refiere a la vida contemporánea, su argumento principal comprende el aislamiento de la escuela de los serios asuntos cotidianos de la comunidad. En las tribus primitivas, y presuntamente en las primeras partidas estrechamente unidas de los tiempos prehistóricos, los individuos participaban en la vida comunitaria desde el momento en que alcanzaban la edad suficiente. Los niños ayudaban a recolectar alimentos vegetales y leña, cuidaban a los menores y sus juegos eran predominantemente versiones representadas de la caza y otras actividades que emprenderían cuando fueran mayores.

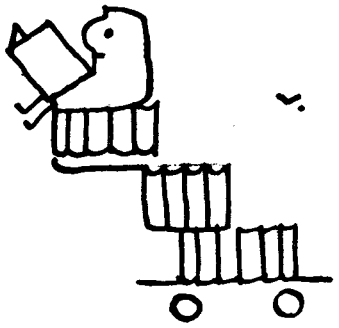
La mayoría de los problemas de la juventud actual surge del hecho de no tener una función significativa en la sociedad. A menudo, las escuelas parecen concebidas deliberadamente para mantener a los jóvenes "fuera de las calles", alejados de los sitios en donde está la

© por The New York Times Company. Reimpreso con autorización.

acción. Más todavía, a medida que el trabajo se hace cada vez más complejo y exige mayor preparación universitaria, hay tendencia a demorar la participación en el mundo del trabajo.

Prisioneros de la cultura sugiere un remedio para esa situación de la que educadores progresistas han estado conscientes desde hace algún tiempo. Ciertas secundarias, lo mismo que algunos colegios, ofrecen empleos y servicios a la comunidad como parte integrante de los planes de estudios y se espera que el libro de Pettitt contribuya a acelerar ese fenómeno, que todavía avanza lentamente. Sin embargo, Pettitt habría logrado resultados más eficaces si, al presentar la información evolucionista, se hubiera concentrado más rigurosamente en su tema central. Por ejemplo, estudia el comportamiento social de los primates no humanos, pero no dice nada acerca de la posición de los machos jóvenes, a menudo los miembros más agresivos del grupo y los más difíciles de reunir en cuadrillas organizadas. Evidentemente, la rebelión de la juventud es un fenómeno antiguo y prehumano.

Pese a sus limitaciones, *Prisioneros de la Cultura* merece cuidadosa atención por ser un primer esfuerzo. Alentará a los eruditos a reconsiderar las implicaciones de su propia labor y estimulará a los legos a pensar más en los antecedentes evolucionistas de las tensiones actuales.



LOS PELIGROS DE LA TECNOLOGIA

Por Chad Walsh

El autor de esta recensión es escritor residente del Beloit College, Wisconsin, donde fue anteriormente director del Departamento de Inglés. Entre sus libros se cuentan *Today's Poets* (Poetas de hoy en día), *From Utopia to Nightmare* (De la utopía a la pesadilla) y, más recientemente, *God at Large* (Dios sin límites), estudio sobre la nueva conciencia que se discute en esta reseña, resumida de *Book World*.

Where the Wasteland Ends: Politics and Transcendence in Postindustrial Society (Donde termina el desierto: política y trascendencia en la sociedad postindustrial). Por Theodore Roszak. Nueva York: Doubleday. 492 páginas.

Las sirenas de alarma han estado lanzando su gemido desde hace bastante tiempo, pero los hombres prácticos se han tapado los oídos. Los alarmistas son por lo general hombres y mujeres que nunca fueron capaces de pagar una nómina ni de resolver una ecuación cuadrática. Frecuentemente están algo más que un poco locos: son filósofos excéntricos, artistas extravagantes, devotos de religiones extrañas. Por lo menos así los ven los atareados planificadores y empresarios que se dedican a explotar la naturaleza, a extender las ciudades hasta convertirlas en megalópolis de 750 kilómetros y a inculcar el método científico como la única vía para obtener un conocimiento "real".

Ha sido visible por generaciones cómo los artistas se han enajenado el efecto del público. La pintura renacentista, con su ilusión de perspectiva creada científicamente, se desploma para convertirse en el cubismo de Picasso, y el mundo de ensueño del surrealismo se degrada en expresionismo abstracto, en *"pop art"*, en *"op art"*, en antiarte. En música, la armonía clásica, fundada firmemente sobre las leyes eternas de la física, cede su lugar a la combinación arbitraria de sonidos o a los decretos aleatorios de un par de dados. La novela se desintegra en antinovela. El tema central de la literatura llega a ser la alienación, el sentimiento kafkiano de no estar en su lugar en ningún lado ni pertenecer a nadie.

Copyright © por The Washington Post Company.

Todo esto se podría dejar de lado en general, y eso pasó. Pero en los sesentas los jóvenes comenzaron a transformarse de una manera que no podía escapar a la atención pública. No se trataba únicamente de un renacimiento del radicalismo político, sino de un desconcertante y alarmante radicalismo de naipes de Tarot, de astrología, de drogas psicodélicas, religiones orientales, alimentos orgánicos, de dejar la universidad, del movimiento hacia la vida comunal.

Era como si el hombre aristotélico, por lo menos en las sociedades más científicas y tecnológicas, estuvieran perdiendo su entereza y recurriendo a magos y chamanes para hallar la salvación. Se vieron tensos dramas familiares cuando padre e hijo descubrían que no tenían un universo común de pensamiento. Inevitablemente, los comentaristas se apresuraron a imprimir sus opiniones. Marshall McLuhan enfocó la atención en el poder de la televisión, el radio y el cine para transformar la conciencia. Charles Reich, en *The Greening of America* (El rejuvenecimiento de Norteamérica) examinó de una manera vívida aunque simplista la transición de la conciencia racional del liberalismo burocrático a un estilo de percepción más intuitivo, más respetuoso de las emociones, del mito, de los sueños.

Armonización de intuición y ciencia

Theodore Roszak, que enseña historia en el California State College, en Hayward, hizo el estudio más redondeado de lo que está perturbando a la juventud: *The Making of a Counter Culture* (La creación de una contracultura). Su nueva y voluminosa obra, *Where the Wasteland Ends* (Donde termina el desierto), es una tentativa de penetrar más hondo: de buscar las raíces últimas del malestar contemporáneo, y de mirar al futuro en un momento en que el hombre occidental se lanza a establecer una armonía mayor entre la intuición y la "realidad física", entre el cuerpo y la mente, la religión y la ciencia. Para los que discrepan, esto va a constituir otra falta más de entereza por parte de la *intelligentsia*. Pero para mí es una de las maneras más perpicaces y esperanzadoras de tratar el futuro de la hu-

manidad, que hemos tenido en mucho tiempo.

"Si tuviera que sintetizar en una frase el propósito de este libro, lo podría llamar un esfuerzo por elucidar cuál es la significación política de los poemas proféticos de William Blake", escribe Roszak en la introducción. En Blake encuentra a un pionero, un cruzado contra la forma de observación desapegada e impersonal que está en el centro de las empresas científicas y tecnológicas. "Visión unilateral" ("single vision") la llama Blake peyorativamente. Habiendo vivido cuando la revolución industrial comenzaba justamente a cobrar fuerza y la mayoría de los principales descubrimientos científicos estaban todavía en el futuro, Blake emprendió una encarnizada guerra poética contra toda filosofía que le negara su justo valor al mundo espiritual. En la mitología de sus largos poemas se enfurecía contra la terna *non sancta* de Newton, Locke y Bacon, que, según él, encarnaban la "visión unilateral".

Blake estaba luchando por salvar lo que Roszak denomina la "Antigua Gnosis", la percepción mágica y sacramental de las cosas que se encuentra por casi todo el mundo, y en virtud de la cual hay un continuo ininterrumpido de hombre, naturaleza y dioses. Hasta un trozo de piedra tiene su propia vida y conciencia apropiada. Al investigar como esta manera mundial de ver las cosas se fue estrechando hasta hacerse unilateral, el autor atribuye una buena parte de la culpa al excesivo intelectualismo de la Iglesia Cristiana. Una fe que en sus comienzos reverberaba con la Antigua Gnosis (un dios que se vuelve hombre, el hombre-dios que sube de la tumba, el pan y el vino que encarnan sacramentalmente al hombre-dios, etc.), creó en su interior una fobia por la idolatría. Temía que el hombre confundiera al Creador con la creación. El resultado fue la negación del valor sagrado de la naturaleza, y esto, a su vez, llevó a las investigaciones científicas llevadas a cabo con una visión unilateral, y a la explotación de la naturaleza y a la presente crisis ecológica.

(Yo sospecho que la "visión unilateral", aunque fomentada vigorosamente por el dogmatismo cristiano, tiene sus raíces en Grecia. No obstante que Sócrates, Platón y el mismo Aristóteles llevan en su sangre una buena porción de la Antigua Gnosis, constituyen los comienzos de ese engrandecimiento de la cabeza a expensas del resto del cuerpo, de ese apoyarse más y más en la razón y en la lógica formal, que el Cristianismo, a su manera, y después la ciencia moderna, habían de desarrollar todavía más.)

Un nuevo estilo de vida

Una buena parte de lo que dice Roszak podría expresarse también con la distinción que hace Martin Buber entre el "yo-tú" (Gnosis) y el "yo-ello" (ciencia). El científico está entrenado para guardar una cierta distancia psicológica con respecto al objetivo, por ejemplo, frente a las ratas blancas en un laberinto. (Si se vuelve muy amigable con ellas, tal vez acabe sacándolas de su cautiverio y guardándolas como animales domésticos.) El peligro de la ciencia, como lo ve el autor, está en que su actitud desapegada e impersonal puede llegar a ser considerada como la *única* manera de percibir las cosas que es intelectualmente respetable.

> Yo vengo arguyendo que la visión unilateral, la sensibilidad que reina en la forma científica mundial de ver las cosas, se ha vuelto condición frontera de la conciencia humana dentro de la cultura urbano-industrial, Principio de la Realidad reinante, significado total de la cordura. Sobre ese Principio de la Realidad y del ambiente artificial que forma su expresión social, se ha encumbrado a la tecnocracia como a un despotismo benévolo de pericia elitista. Prescindiendo de si tenemos que hacer otras cosas para suplantar a la tecnocracia, es indispensable que nos deshagamos del estilo psíquico del que saca sus fuerzas. Esto no sólo es necesario si queremos preservar la democracia, sino también si queremos curarnos de esa muerte en vida que es la enajenación, precio psíquico de la visión unilateral.

Roszak pone sus esperanzas en aquellos (de ordinario jóvenes, aunque no siempre) que experimentan un cambio en su conciencia y se aventuran a un nuevo estilo de vida de relaciones más personales y más humanas. Predice un crecimiento constante del movimiento comunal, y espera que las comunas sirvan de modelo a la sociedad cuando ésta avance hacia la descentralización y hacia formas de tecnología más sencillas.

Yo encuentro que estoy de acuerdo con la tesis principal de Roszak, pero que hubiera querido que desarrollara más ampliamente algunos puntos. Roszak arguye que la desnutrición psicológica y espiritual impulsará al hombre a hallar un estilo de vida más sencillo pero más profundo. Bien hubiera podido hablar más de la poderosa fuerza material que está actuando en la misma dirección: el rápido agotamiento de los recursos naturales. Aun cuando el hombre occidental fuera tan feliz como los rostros de un cartel maoísta, todavía

se vería constreñido a encontrar formas más sencillas y menos derrochadoras de sustentarse sobre la superficie del mundo.

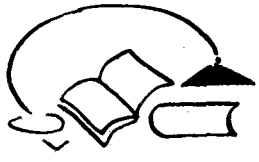
Ojalá el autor hubiera sido más audaz cuando especula sobre un mundo de esperanza cuando la Gnosis Antigua regrese en vestidos modernos y comience a curar el alma fracturada del hombre. Roszak defiende su vaguedad insistiendo en que la nueva sociedad se va a crear gradualmente a través de las decisiones espontáneas de una democracia en que hay participación. Bastante justo. Pero el autor es erudito y sabio, y uno quisiera enterarse más de sus esperanzas y expectaciones concretas. Tal vez eso será en otro libro. En éste surge un cuadro general en el que se hacen las cosas de una forma más sencilla, a una escala más pequeña, más humana, y en el que entre las satisfacciones de la vida está la sensación de estar relacionado con los vecinos, con la naturaleza y con los dioses.

¿Es mala la ciencia?

Ojalá también hubiera hablado más sobre el papel futuro de la ciencia. Después de todo, sigue siendo una de las glorias intelectuales de la larga historia humana, y algunas de sus aplicaciones prácticas son de alto valor. Considerando qué pocos de los dientes naturales conservo todavía en la boca, no me gustaría nada que dejaran de existir la ciencia y la tecnología odontológicas. Uno tiene la impresión de que el autor piensa en una ciencia disciplinada y más modesta: una actividad humana válida entre otras, y dedicada a la contemplación tanto como a la observación, básicamente en la línea de Goethe.

Roszak trata de enfrentarse a los problemas creados por el exceso de población, pero no refuta por completo el argumento de que la "gran" ciencia y la "gran" tecnología son la principal defensa contra el hambre. Tal vez en este caso las opciones de en medio estén entre una pizca de hambre y algo más que una pizca de catástrofe ecológica, y no halla ninguna senda que nos lleve sin dolor al futuro.

Finalmente, una reserva filosófica. El autor de *Donde termina el desierto* se describe a sí mismo como anarquista. Como la mayoría de los de su clase, tiene una opinión brillante de la naturaleza humana, y cuenta con la buena voluntad y cooperación naturales para que la nueva sociedad funcione bien. Tengo la sospecha de que su nueva sociedad va a necesitar más comités, cárceles y manicomios de lo que él supone. Pero esto no quiere decir que se vayan a requerir tantos como en el momento presente, cuando la sociedad de la visión unilateral está en el culmen de su esplendor.



28-MX-74-200-(100.5) 10-74

CREDITOS: página 14 (arriba) foto de Robert H. McNeill; página 31, dibujo de Vahan Shirvanian, © 1968 por Saturday Review, Inc.; página 48, dibujo de K. Sampson, © 1973 por National Review, Inc.; página 50, fotos de Hans Namuth; página 57, cortesía del Museo de Arte Moderno; página 59 (arriba), cortesía de la Galería Marlborough, colección Lee Krasner Pollock; páginas 58-59 (abajo), cortesía de la Galería Nacional de Australia, Canberra; página 60, colección de H. Gates Lloyd y señora; página 62, foto de Irwin Gooen; página 80 (centro), foto de Peter Moore; página 83, foto de Clemens Kalischer; página 97, foto de Leonard Kamsler.